
EL FINAL DEL PROFETISMO

P O R

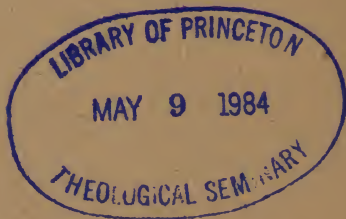
J U L I O
N A V A R R O
M O N Z Ó



BS647
.N32

F E D E R A C I O N S U D A M E R I C A N A
D E A S O C I A C I O N E S C R I S T I A N A S
D E J O V E N E S
M O N T E V I D E O

1 9 2 6



BS647

N32



EL FINAL DEL PROFETISMO

OBRAS DEL AUTOR

LIBROS:

- Catalunha e as nacionalidades ibéricas
(Lisboa, 1908 — Gomes de Carvalho, Editor).
- La Pampa y la Patagonia.
(Publicación del Ministerio del Interior de la Rep. Argentina.
Buenos Aires, 1912).
- El Renacimiento Místico ante la Tragedia Europea.
(Buenos Aires 1916, Balder Moen, Editor).
- Principios Básicos de la Civilización Moderna.
(Montevideo 1923).
- Horas y Siglos: Manual Pan-Cristiano de Meditación
y Oración.
(Montevideo, 1924).

FOLLETOS:

- El Pacto Pacifista del A. B. C.
(Tirada de la Revista Argentina de Ciencias Políticas, Buenos
Aires, 1915).
- El Modelo y el Guía.
(Tirada de "La Reforma", Buenos Aires, 1921).
- La luz de nuestras vidas.
(Montevideo, 1921).
- Aspecto Moral de la Cuestión Social.
(Buenos Aires, 1922, Asociación Cristiana de Jóvenes).
- Santa Teresa de Jesús y la Vida Espiritual Cristiana.
(Montevideo, 1922).
- Al Margen de la Vida.
(Montevideo, 1924).
- La Asociación Cristiana de Jóvenes y la Religión.
(Montevideo, 1924).

N. B. — Las obras que no tienen indicación especial han sido publicadas por la Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes.

EL FINAL DEL PROFETISMO

P O R

JULIO
NAVARRO
MONZÓ



FEDERACIÓN SUDAMERICANA
DE ASOCIACIONES CRISTIANAS
DE JÓVENES
MONTEVIDEO

1926

INDICE

	Págs.
Advertencia	7
a) El profetismo en el cautiverio	9
b) Ezequiel	24
c) Las profecías del retorno	47
d) Los persas y el Deutero-Isaías.	66
e) El retorno del cautiverio	91
f) Nehemías, Esdras: el Levítico	118
g) El final del dominio persa: Job y Jonás	139



A D V E R T E N C I A

El presente libro hace parte de la serie *La Evolución Religiosa en el Mundo Antiguo*, iniciada con el estudio *El Problema Religioso en la Cultura Latinoamericana*. La constituyen, hasta el presente, las siguientes monografías: *La Religión y el Mundo Moderno*; *El Proceso de la Evolución Religiosa*; *Dioses, Mitos y Cultos Helénicos*; *Misterios Eleusinos y Orficos*; *Orígenes del Profetismo Hebreo*; *De 'Amós a Jeremías*; *La Búsqueda Presocrática*; *Las Escuelas de Atenas*.

En ésta, como en sus demás publicaciones, la *Junta Continental de la Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes*, se ha propuesto propagar principios que estima sanos o conocimientos que cree útiles para la juventud de los países de habla española o portuguesa. No se trata, sin embargo, de un cuerpo de doctrinas cerrado, de algo así como una manifestación pública de los principios que profesan las *Asociaciones Cristianas de Jóvenes*, que determinan su conducta o que ellas quisieran imponer a la juventud, como un dogma, como una ortodoxia.

Las personas invitadas a contribuir con sus trabajos para esta colección, aun cuando se hallen ligadas a las Asociaciones por afinidades ideológicas o cierta comunidad de sentimientos, no están obligadas a abdicar de su personalidad, conformando sus doctrinas o su lenguaje con un padrón predeterminado. De esta forma, guardando los autores la mayor libertad respecto a la Junta Continental de la Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes, ésta, a su vez, no se considera necesariamente solidaria con los mismos, sino en las líneas generales de la orientación que preside en sus publicaciones.

LOS EDITORES.

Montevideo, Julio de 1926.

EL FINAL DEL PROFETISMO

a) EL PROFETISMO EN EL CAUTIVERIO

“JUNTO a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y también lloramos, acordándonos de Sión”.

“Sobre los sauces, en medio de ella, colgamos nuestras arpas. Porque allí nos pedían canciones, aquellos que nos habían cautivado”.

“Los que nos despojaron pedían alegría, diciéndonos: cantadnos alguna de las canciones de Sión”.

“¿Cómo cantaremos canción de Yahveh en tierra extraña? ¡Si me olvidaré de tí, oh Jerusalén, olvídense de mí mi diestra!”.

“Péguese mi lengua a mi paladar, si no me acordare de tí, si no prefiriere Jerusalén al mejor de los regocijos”.

“Acuérdate tú, Yahveh de los hijos de Edon, cuando, en el día de Jerusalén, decían: arrasadla, arrasadla hasta los cimientos...”.

“Hija de Babilonia, que serás destruída, bienaventurado aquel que te diere el pago de lo que tú nos hiciste!

“¡Bienaventurado aquel que tomará tus niños y los estrellará contra las peñas!”.

El lector moderno, especialmente aquél que hojea la Biblia con el propósito de hallar notas discordantes, tiende naturalmente a fijarse en la nota cruel, en la

nota amarga, puesta al final de este tremendo himno de odio, que es el salmo CXXXVII.

“¡Hija de Babilonia, que serás destruída, bienaventurado aquel que te diere el pago de lo que tú nos hiciste; bienaventurado aquel que tomará tus niños y los estrellará contra las peñas!”.

No contiene la Biblia y, posiblemente, sería muy difícil de hallar en toda la literatura universal, una composición poética más rebotante de rabia concentrada, de odio sordo. El que esto escribe la ha oído cantar, con una música impresionante, apropiada, en los servicios nocturnos de la Iglesia Rusa, y siempre se ha estremecido de pavor, no sabiendo qué admirar más, si la ira enconada que el salmo revela, si el extraño tradicionalismo de la Iglesia Cristiana, que ha conservado en sus liturgias una composición que tan lejos se encuentra del espíritu de los Evangelios.

Sin embargo, ese salmo, que no solo señala un período de la ética del pueblo hebreo sinó una etapa, y una gran etapa por cierto, en la evolución religiosa de Israel, merece de nosotros algo más que el escalofrío de horror que su lectura produce. Antes de juzgar a los que los hicieron, o inspiraron, tenemos el deber de colocarnos en su estado de espíritu.

Camino del cautiverio, junto a los ríos de Babilonia, en un alto de la penosa marcha, cuando cientos, quizás miles de cautivos se han quedado muertos de agotamiento por el camino, los soldados de Nabucodonosor piden a los prisioneros judíos que les canten canciones de su tierra, para pasar el rato.

Esos soldados vuelven a su patria y están de buen

humor. Han hecho un rico botín en Palestina y ya están a salvo de los peligros de la guerra. No piensan que aquellos a quienes demandan canciones no volverán más a sus hogares, que han perdido a sus mujeres o a sus hijos. No paran mientes, sobre todo, que las canciones que piden a sus prisioneros son todas ellas himnos sagrados — la lírica hebrea casi no produjo otra cosa — y que aquellos a quienes se las piden ¡han visto destruir el Templo de su Dios!

Esos hombres agotados, que ahora descansan junto a los ríos de Babilonia, han visto a Jerusalén ardiendo por los cuatro costados; han visto estrellar a sus hijos contra las esquinas de las calles; han visto a sus mujeres y a sus hijas atropelladas y violadas. ¡Cómo atenderán el pedido de aquellos paganos sin alma que, olvidados ya de todo eso, pensando en Jerusalén como en una de tantas ciudades que han saqueado, exigen de sus cautivos que les canten las canciones sagradas de Sión, la sacrosanta!

Empero la nota más bronca, la más profunda, no está en ese anhelo rencoroso, amargo como la hiel, que el salmista expresa de que los pobres hijos inocentes de los vencedores lleguen a su vez a ser tratados como lo fueron los pobres e inocentes hijos de los vencidos. Si toda la tragedia consistiera en eso, eso, con ser tan cruel, no sería diferente de lo que puede hoy abrigar el pecho de un armenio o de un griego, con relación a los turcos. Sería una nota humana, terriblemente humana, pero no bastaría para explicar la conservación de ese himno de odio en la colección de los salmos.

La nota más grave, más trágica, de toda la composición no está ahí. Está en la dolorosa, en la angustiosa pregunta *¿Cómo cantaremos canción de Yahveh en tierra extraña?* Es ella la que pone en toda la composición la expresión de mayor angustia. Es ella la que hace del salmo CXXXVII una especie de marco milenario en la historia de la evolución religiosa del pueblo hebreo.

A primera vista parece tratarse tan sólo del temor de cometer una irreverencia, como la de entonar un himno religioso en la sala de un festín. Pero, observándolo mejor, se ve que hay algo más. Hay un grito de dolor que el espíritu moderno apenas puede comprender. Junto a él, sin embargo, palidece hasta el mismo horror de la visión sangrienta de los niños con el cráneo destrozado contra las piedras y los sesos desparramados por el suelo. En el cautiverio, el judío no sólo había perdido su hogar, su familia y su patria, sinó que había creído perder a su propio Dios.

Es esto lo que hace que aquella nota sea la más punzante del salmo. Como en *Los dos granaderos*, de Heine, todo palidece ante el horror de la idea de que se hallara cautivo el emperador, así, en el salmo, todo pierde importancia ante la idea de que, en Babilonia, el judío no pudiera adorar a Yahveh.

“¡Si no tienen pan, que lo mendiguen!” dice un granadero, de alma de bronce, a su compañero de cautiverio, cuando éste, a la vuelta de Rusia, piensa en la posible miseria de su mujer y de sus hijos. Para su corazón de soldado, eso no tiene importancia”. ¡Pero cautivo el emperador!”. De igual manera, para los

prisioneros en Babilonia, desterrados lejos de Sión, lo que más les atormenta, lo único que duele a sus almas de creyentes, más aún que de patriotas, es la posibilidad de haber perdido a su Señor. Para ellos, la patria misma poco significaba, porque para ellos la patria era no el suelo sino Dios.

Para comprender la inmensa magnitud del problema que entonces se plantea hay que leer otro poema de la misma época: el salmo XLII, y empaparse de toda la imponderable tristeza que de él rebosa.

“¡Cómo el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así suspira por tí el alma mía, oh Dios!

“Sedienta está mi alma de Dios, del Dios viviente. ¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?

“Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días ¿dónde está tu dios?

“De todo esto me acuerdo, y derramo mi alma sobre mí, de como iba antes con el gentío, caminando hacia la casa de Dios, con voz de alegría y de alabanza, danzando la multitud.

“¿Por qué te abates, oh alma mía, y te conturbas dentro de mí? ¡Confía en Dios, porque aún le tengo de alabar por la salvación que de su presencia viene!

“De día mandará Yahveh su misericordia, de noche su canción estará conmigo y haré oración al Dios de mi vida.

“Diré a Dios: Roca mía ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado bajo la opresión del enemigo?

“Como quien me hiere en los huesos, mis enemigos se mofan de mí, diciéndome todos los días: ¿dónde está tu dios?

¿Por qué te abates, oh alma mía, y te conturbas dentro de mí? Confía en Dios, porque aún le tengo de alabar: salvación de mi presencia y mi Dios!''.

Moisés, en Egipto, había creído necesario sacar su pueblo al desierto para que allí pudiera ofrecer sacrificios a Yahveh (1). En tierra egipcia, sobre la cual reinaban otros dioses, el adalid hebreo pensaba que no lo podía hacer. Naamán, el general siro a quien el profeta Eliseo curó de la lepra, creyóse también obligado a llevar dos mulos cargados con tierra de Israel para poder, en su país, ofrecer sobre ella sacrificios al dios cuya tierra era aquella, al dios de aquel profeta que lo había sanado (2).

Educados en tal tradición, los judíos cautivos en Babilonia creían, a lo menos en los primeros momentos, que saliendo de Judá se alejaban irremisiblemente de Yahveh. Es el mismo sentimiento que impulsaba a David a maldecir a los que, con sus intrigas, le han malquistado con Saul y forzándole a expatriarse, le obligan, en su concepto, a renunciar al privilegio de adorar a Yahveh, forzándole a ir y servir a otros dioses (3).

Los cautivos estarían o no obligados a adorar a los dioses babilónicos; pero era seguro que a su Dios no lo podían adorar allí. *¿Cómo cantaremos canción de Yahveh en tierra extraña?*

Aún hoy, los judíos dispersos por el mundo, desde que los romanos destruyeron el tercer templo de

(1) *Exodo*, cap. V.

(2) II *Reyes*, VI, 17.

(3) I *Samuel*, XXVI, 19, compárese con *Rut*, I, 15 16.

Jerusalén, se abstienen de hacer sacrificios en sus sinagogas. No es que tal práctica, en teoría, haya sido desechada por el judaísmo — los samaritanos siguen sacrificando en el templo del monte Gerizín — es que ningún sacrificio válido puede ser ofrecido a Yahveh sinó sobre su tierra: en Sión.

Bajo esta impresión, el corazón de los desterrados en Babilonia se deslie en una nostalgia que es más amarga que todas las nostalgias producidas por la patria lejana. Es algo más que la patria lo que para ellos se ha perdido. Las profecías se han cumplido. Los vaticinios hechos desde Amós y Oséas hasta Jeremías el adolorido, se han realizado. ¡Se ha roto el viejo pacto hecho entre Yahveh, el dios del Sinaí, y su pueblo infiel, claudicante! La nación hebrea ha perdido el tradicional y divino protector que, por siglos y siglos, había sido el vínculo de unión de las tribus de Israel. Y, como si no fuera bastante la propia amargura, ahí estaban los vencedores para preguntar, día y noche, con sarcástica sonrisa: *¿Dónde está tu dios?*

Fué esta la más tremenda prueba por la cual pasó el pueblo hebreo en su larga y accidentada historia que hoy se remorita, cuando menos, a treinta y dos siglos. Según todos los cálculos que la previsión humana podía hacer, su religión estaba destinada a desaparecer antes aún que su nacionalidad, integradas ambas en el acervo religioso-político de Babilonia. Asimilados por las poblaciones a cuyo seno eran transportados, su supervivencia, como pueblo, parecía ser cuestión de pocos años, de dos generaciones a lo sumo. La supervivencia de su culto, de su adoración de Yahveh, no pa-

recía, empero, ser siquiera cuestión de días. Alejados de Sión, destruído el templo de Jerusalén, cesaba automáticamente. A lo sumo, si los vencedores tuvieran interés en ello, interés de servirse del sentimiento religioso de los hebreos como de un instrumento político, Yahveh podía ser incorporado al panteón imperial babilónico, como uno de los tantos dioses de los pueblos vencidos que formaban el cortejo de las divinidades supremas de los pueblos vencedores ⁽¹⁾.

Babilonia, como antes el Egipto y Roma luego, no tuvo nunca dificultad para incorporar en su panteón los dioses de los pueblos que iba dominando. ¿Porqué el dios de judíos no había de seguir la suerte de los demás?

Los hebreos que se expatriaron a Egipto, arrastrando consigo al viejo Jeremías, así parecen haberlo entendido, a pesar de todas las protestas del profeta. El culto de Isis substituyó o se amalgamó bien pronto con el del antiguo dios nacional. Si los judíos desterrados en Babilonia no sucumbieron de igual forma en la misma crisis, es uno de los hechos más estupendos que registra la historia.

Pero ese hecho, extraño, se produjo y está ahí, patente. Sólo un dios: Yahveh, se mostró irreducible a ser incorporado al acervo religioso de los babilonios y luego al de los griegos y romanos que sucesivamente dominaron al pueblo de Israel. Mientras los persas, vencedores luego de los babilonios y profesando la religión de Zoroastro — una de las más puras que cono-

(1) Véase *El Proceso de la Evolución Religiosa*, letra d), pág. 69.

ció el mundo antiguo — no tuvieron empacho en contemporizar con los cultos de los vencidos y aceptar su cultura sacrificando a sus dioses, sólo los judíos, entre todos los pueblos, no sólo no lo hacen sinó que se muestran más escrupulosos, a este respecto, en el destierro que lo habían sido en su patria.

“Junto a los ríos de Babilonia” los hebreos expatriados, que colgaban sus arpas de los sauces para imponerles perpétuo silencio y lloraban acordándose de Sión, vencieron la prueba más tremenda de la historia de cualquier pueblo.

Ese triunfo les dió una fisionomía moral, única en su género, hasta el día de hoy. Lo que había sido un pueblo, pasó a ser una Iglesia, como dijo Renán, y, como tal, ha sobrevivido veintiseis siglos, en medio de las persecuciones más espantosas, más tremendas, sin poder ni prestigio, sin ninguna de las cosas que suelen servir para garantizar la existencia de una nación.

La explicación más aparente de este hecho extraordinario está, desde luego, en ese odio profundo que el salmo CXXXVII revela y que los primeros judíos desterrados en Babilonia nutrían por sus vencedores. Si los refugiados en Egipto no tenían inconveniente en aceptar las prácticas religiosas de su nueva patria adoptiva, y los cautivos enviados a orillas del Eufrates no seguían idéntico camino, lo más sencillo, evidentemente, es atribuirlo al hecho de que la religión de los babilonios, como todas las instituciones y personas de aquel pueblo cruel, tenían que resultarles aborrecibles. De igual manera, el judío moderno, perseguido y señalado con el dedo en ciertos países euro-

peos, se asimilará más fácilmente en la Argentina que en Austria, odiará la ortodoxia rusa pero se mostrará amistoso para con el protestantismo anglosajón.

Sin embargo, ese odio tan profundo que el salmo CXXXVII exterioriza, no fué sinó uno de los factores, y un factor pasajero, en el extraño proceso que aún hoy prende nuestra atención. No todos los judíos lo profesaban. Algunos, como Jeremías, de entre los mejores, lo repudiaban francamente y, lejos de ahondar el abismo moral entre vencidos y vencedores, trataban de colmarlo, exhortando al mismo tiempo, al pueblo judío, a que siguiera fiel a su dios.

El profetismo, que había servido para dar al culto de Yahveh el carácter único, espiritual, que poco a poco lo fué diferenciando de los cultos sangrientos, crueles y sin elevación moral, de los demás dioses de Canaán, sirvió también, en la gran crisis, para impedir que la religión, así fundada, naufragara irremisiblemente.

Ya dijimos antes, en el estudio dedicado a *Los Orígenes del Profetismo Hebreo*, cuan grande era la importancia concedida a esos fenómenos psicopáticos que suelen acompañar la posesión profética; los tranques, raptos y éxtasis a los cuales, generalmente, estaban sujetos los videntes. El pueblo hebreo, como los demás pueblos de la antigüedad — y del oriente hoy día — veía en ellos la prenda segura de la presencia de Dios. Que ellos se siguieran produciendo en Babilonia, en el seno de los judíos expatriados, fué para éstos prueba indudable de que Yahveh no los había abandonado. El Señor no se había quedado en Sion

o escapado de nuevo al desierto, a sus viejas moradas del Sinaí o del Horeb, al ver destruída la casa que Salomón le había edificado, puesto que seguía manifestándose en los trances de los *nebihim*.

Las manifestaciones proféticas seguían produciéndose, en efecto. Durante los últimos días de Jerusalén, hemos visto cómo Jeremías tuvo que luchar contra los profetas que, desde Babilonia, trataban de contrarrestar con sus oráculos optimistas y patriotes su prédica pesimista pero verdaderamente leal y, por ende, patriótica.

“No dejéis que os engañen vuestros profetas que están en medio de nosotros, ni vuestros adivinos, ni déis oídos a vuestros sueños, que vosotros mismos provocáis, porque os profetizan mentirosamente en mi nombre. Yo no los he enviado, dice Yahveh”.

Así escribía Jeremías a los deportados de Babilonia cuando éstos, muy naturalmente jubilosos, respondían a sus vaticinios de mal agüero y a su prédica pacifista, exclamando: “¡Yahveh ha levantado para nosotros profetas en Babilonia!”.

Estos nuevos profetas, en cambio, desde las márgenes del Eufrates, trataban de “loco que se hace el profeta”, al viejo Jeremías (1), escribiendo a los sacerdotes de Jerusalén que tomaran medidas contra ese hombre que aconsejaba a los desterrados: “edificad casas y habitad en ellas, plantad huertos y comed su fruto, tomad mujeres y engendrad hijos e hijas, y procurad la paz de la ciudad a donde os he hecho lle-

(1) *Jeremías*, cap. XXIX.

var cautivos, rogando por ella a Yahveh, porque en su paz tendréis vosotros paz''.

No fué ésta, por cierto, una de las menores dificultades que tuvieron que vencer los proscritos. Si, por un lado, creían a Jeremías, este les predicaba una política de pacificación, destruyendo uno de los grandes factores: el odio, que servía para mantenerlos separados de los babilonios y de su religión llena de amenazadoras pretensiones imperialistas. Por otra parte, si, haciendo caso omiso de Jeremías, creían en aquellos profetas del destierro que, con sus trances, les estaban indicando que Yahveh les acompañaba en el exilio, el mensaje de éstos tendía nada menos que a sacar valor moral, valor de castigo, a la terrible prueba por la cual Judá pasaba a causa de sus apostasías.

Si aquellos videntes de Babilonia nos parecen hoy malos profetas, no había razón alguna, en aquella época, para que sus compatriotas les consideraran como falsos profetas. Sus oráculos, como los de Jeremías, tenían por origen el sentimiento de la posesión divina y estaban abonados por todos los signos exteriores que solían caracterizar la actividad de los *nebihim* ⁽¹⁾.

Cierto es que, desde los tiempos del rey 'Acab de Israel y Josafat de Judá, se sabía, por boca del profeta Micaya, que, como consecuencia de la maldad de aquellos que le consultan sin pureza de corazón, Yahveh puede poner *un espíritu de mentira en la boca de sus profetas*. Precisamente una de las grandes an-

(1) *Orígenes del profetismo hebreo*, letra c), pág. 55 y siguientes.

gustias de Jeremías, en algunas de las horas más trágicas de su vida trágica, estuvo fundada en el temor de que sus oráculos no fueran la expresión de la verdad, de que, por culpa suya, el Señor le hubiera inducido en mentira.

Los signos exteriores, por lo tanto, no eran prueba de la verdad o mentira de las profecías, cosa que dependía exclusivamente de la pureza o impureza moral, que facilita o empaña la visión de aquellos que pretenden contemplar a Dios. Lo eran, empero, de la sinceridad de los profetas: de Jeremías tanto como de sus contradictores, y, dándola por sentada, el pueblo hebreo tenía que creer en esos videntes, en alguno de los bandos cuando menos, y desentrañar la verdad que podía haber en la divergencia de sus oráculos.

Los designios de Dios, manifestados por medio de su siervo Jeremías, parecían ser que la única religión monoteísta popular que conoció el mundo antiguo, no perdurarán sobre la base del odio, separando a los vencidos de sus vencedores, ni sobre el equívoco que veía en el cautiverio un mero accidente que pronto se remediaría.

Por otra parte, empero, ese odio servía para que los desterrados no se dejaran absorber religiosamente por sus opresores, de la misma manera que los tranques proféticos, produciéndose tan lejos de la ciudad santa y de la tierra prometida, indicaban a los cautivos que Yahveh los acompañaba, que su dios no les había abandonado.

¿A cuál de estos dos términos, del terrible dilema en el cual se veía colocado, daría el pueblo hebreo su preferencia?

Jeremías exigía de sus compatriotas la cosa más difícil que se puede requerir de los hombres: una renovación moral. Ese era el objeto de la prueba por la cual pasaba el pueblo hebreo. Sus contrarios, en cambio, les halagaban en sus pasiones más humanas: su orgullo de nación que se creía especialmente protegida.

Para que la religión de Yahveh perdurara y diera, en Jesús, su irradiación suprema, era necesario que el odio dejara de ser su base; base sectaria que sólo podía servir para hacer perdurar una religión estrecha, nacionalista, xenofoba, pero que no podía servir para constituir una fuerza civilizadora y universal.

Pero, en cambio, para que ella no se aniquilara allí mismo e inmediatamente, parecía hacer falta que sus secuaces confiaran en la autoridad de sus adalides en el destierro y no perdieran el concepto de su misión de pueblo escogido, la conciencia de la superioridad de su religión sobre las demás.

Por una parte, era menester que aquellos que cantaban: "Hija de Babilonia que serás destruída, bienaventurado aquél que tomará tus niños y los estrellará contra las piedras", aprendieran la gran lección de amor que les daba Jeremías. Era forzoso que los hebreos, vencidos, despojados, desterrados y ultrajados, rindieran sus corazones altivos, aprendieran a amar a sus enemigos, a orar por la paz de Babilonia.

Por otra parte, en cambio, hacía falta que no se desmoralizaran, que no perdieran la fe en Dios, y en sus propios destinos; que, si no daban crédito a sus corredores de albricias, por lo menos tuvieran la paciencia para esperar el cumplimiento de los vaticinios del mismo Jeremías:

“Cuando se hayan cumplido setenta años para con Babilonia, yo os visitaré y cumpliré para con vosotros mi buena promesa de haceros volver a esta tierra. Porque yo sé los pensamientos que nutro respecto de vosotros, dice Yahveh; pensamiento de paz y no de mal, para daros una postrimería y una esperanza”.

La solución del dilema, la conciliación de los dos términos antagónicos, sólo podía hallarse si surgiera en Babilonia un profeta que hiciera suya la causa de Jeremías, predicara como él la necesidad de una renovación moral y, por el solo hecho de profetizar en Babilonia, de anunciar en tierra extraña las mismas cosas que el vocero de Yahveh proclamaba en Jerusalén, garantizara a los desterrados la verdad de aquel mensaje que, en nombre de Dios les decía: *“sólo me encontraréis cuando me buscáreis de todo vuestro corazón”*.

Y fué lo que ocurrió. Antes que los pronósticos de Jeremías se hubieran realizado y Jerusalén se convirtiera en un montón de ruínas, ya la Providencia Divina le había dado un discípulo y aliado, en la misma Babilonia, para que, ejerciendo allí el misterio profético, prolongara la voz de aquel que pronto iba a morir en Egipto.

b) EZEQUIEL

EL Primer Libro de Reyes cuenta, en sus dos primeros capítulos, como, con motivo de la maquinación que aseguró para Salomón el trono de David, aquél depuso al sumo sacerdote Abiatar, que había servido al rey su padre, y colocó en su lugar a Sadoc, que le había favorecido en sus pretensiones a la corona y le ungió rey de Israel.

Casi cuatro siglos después, las crónicas hebreas vuelven a consignar el nombre de Sadoc, con motivo de otro sacerdote: Ezequiel, descendiente suyo, uno de los que acompañaban al rey Jeconías, o Jehoiaquin, cuando éste es llevado cautivo a Babilonia, junto con toda la grandeza del reino, el año 597 antes de Cristo.

El libro que contiene las profecías de Ezequiel empieza diciendo que éste contaba treinta años cuando tuvo su primera visión en Babilonia, junto al río Kebar, “en el quinto año de la deportación del rey Jehoiaquin”. El dato, relativo a la edad que tenía Ezequiel cuando se inició su actividad profética, no parece muy seguro. La crítica se inclina a creer que el sacerdote-profeta tuviera esa edad cuando se produjo el destierro. Pero, aún dándolo por cierto, resultaría siempre de él que Ezequiel habría sido deportado en una edad suficientemente madura para haber podido apreciar, en Jerusalén, la importancia de los dos hechos de mayor trascendencia religiosa que ocurrieron allí después de su nacimiento: la reforma deuteronomica,

llevada a cabo del año 620 al 610, y la predicación de Jeremías.

De la influencia de ambos, puede hallarse el eco en los escritos que contiene la Biblia. La reforma deuteronomica, que equiparaba a los levitas de los antiguos santuarios locales con los fieles descendientes de Sadoc, que oficiaban desde los tiempos de Salomón en el templo de Jerusalén, ha sido, evidentemente, recibida con desagrado por estos. Ezequiel no tiene escrúpulos en repudiarla y en manifestar su deseo de que, en el porvenir, la injusticia se remedie, ocupando los hombres de su raza el puesto superior que les corresponde ⁽¹⁾. En cuanto a Jeremías, no sólo lo acata y admira Ezequiel sino que, por veces, lo cita casi textualmente, glosando luego un comentario sobre alguno de los dichos de aquel vidente a quien los hebreos, en tiempos ulteriores, habían de considerar como “el profeta”, por excelencia.

Sin embargo, a causa de la misma posición en la cual respectivamente se hallaban colocados, una cosa hay en la cual Ezequiel tiene que divergir de su maestro e inspirador. Viviendo en Babilonia, al lado de los aristócratas que acompañaron al rey Joconías, Ezequiel no puede compartir la alta opinión que el profeta doliente tenía acerca de los primeros deportados a la tierra de los caldeos.

Jeremías los comparaba a higos muy buenos, mientras que al rey Sedequías y a las gentes de su corte los conceptuaba como higos que no se pueden comer a

(1) *Ezequiel*, XLIV, 10-14.

fuerza de malos. Ezequiel en cambio, mirándoles de cerca, podía decir de ellos lo que Talleyrand afirmaba de los nobles de la Restauración: *ils n'ont rien appris et ils n'ont rien oublié*. Como los aristócratas a quienes la Revolución Francesa pudo hacer sufrir pero a los cuales no pudo corregir; como los emigrados rusos de ahora, que si les fuera dable restaurar el zarismo volverían a incurrir en todos los errores que trajeron la caída del imperio; así eran, ya entonces, aquellos desterrados a quienes Nabucodonosor había arrancado de su situación privilegiada pero no de sus preconceptos y tonterías.

A ellos se dirige la prédica de Ezequiel después que, en el año 592, tuvo su primera visión y escuchó su primer llamado: “Hijo del hombre, te voy a enviar a los hijos de Israel, a esos paganos rebeldes que se han levantado contra mí. Ellos y sus padres han cometido trasgresión en contra mía hasta este día, sus hijos son de rostro duro y corazón obstinado. Pero yo te voy a enviar a ellos y, bien que oyeren o bien que dejen de oír — porque son de una raza rebelde — sin embargo han de saber que un profeta ha estado en medio de ellos”.

Este llamado viene en medio de circunstancias más extraordinarias, si cabe, que aquellas que precedieron el primer llamado de Isaías.

Ezequiel siente sobre sí lo que un comentario o indicación marginal que los copistas hicieron pasar al texto, llama “la mano de Yahveh”. No son aquellas convulsiones epilépticas que caracterizaban la posesión profética en los primitivos *nebihim*. Es más bien

lo contrario: un trance en el cual el profeta entra en éxtasis, quedándose rígido, inmóvil, y durante el cual se produce lo que la mística llama *visión imaginaria* y Santa Teresa describe en el capítulo noveno de las moradas sextas de su *Castillo Interior*.

Esa visión inicial, y las demás visiones subsiguientes que Ezequiel tuvo bajo la mano o “bajo el soplo de Yahveh” — como algunas veces dice — el profeta nos las describe prolijamente en el pequeño poema con el cual se inicia su libro y, luego, en los demás poemitas que se encadenan, por un orden que trata de ser cronológico, a lo largo de todos los escritos suyos que contiene la Biblia.

¿Prolijamente? Pudiéramos decir, antes, con sobrecargada prolijidad. Ezequiel fué, en efecto, el primero de los profetas que prefirió sistemáticamente la forma escrita a la verbal. Usa habitualmente de un procedimiento que sólo accidentalmente fué utilizado por Isaías y al cual Jeremías recurrió únicamente cuando forzado por las circunstancias. Como consecuencia de ello, la forma reacciona sobre el fondo y Ezequiel, además de profetizar, trata de hacer literatura.

Algunas veces, como ocurre en el capítulo XXXVII, en la célebre visión del valle de los huesos calcinados, la forma es sobria y corresponde a la grandeza de la visión misma. Pero, en otros casos, que son mayoría, la prolijidad oriental, la exuberancia de imaginación asiática, la fantasía de las *Mil y una noches* sobrecarga las descripciones de Ezequiel que son como esas decoraciones que Bizancio y luego Rusia tomaron del

arte persa, hijo, a su vez, del asirio-caldéo. Como en las pinturas bizantinas, tan empeñadas en embellecer la naturaleza, hay un exceso, una riqueza de detalles que desorienta y que fatiga:

“Estando yo mirando — dice Ezequiel al describirnos su llamado y su primera visión — he aquí un torbellino que venía del norte: una gran nube y un fuego que se recogía dentro de sí mismo, la cual tenía un resplandor alrededor y, en medio, una refulgencia brillante, como bronce en el centro del fuego.

“En medio de eso, algo como la figura de cuatro seres vivos, semejantes a hombres. Cada uno tenía cuatro caras y cada uno de ellos tenía cuatro alas, y sus pies eran derechos, y la planta de sus piés era como la planta del pie de un becerro, y centelleaban a la manera del resplandor del bronce bruñido.

A sus cuatro costados tenían manos de hombres por debajo de sus alas. Los cuatro tenían sus caras y sus alas. Las alas se tocaban la una con la otra, pero ellos no mudaban de frente al caminar, cada uno caminaba en derechura de su rostro.

“La figura de sus rostros era como la de la cara de un hombre; pero todos cuatro tenían además cara de león, a la derecha, cara de buey, a la izquierda; todos cuatro tenían también cara de águila.

“Su caras y sus alas estaban separadas hacia arriba, dos de las alas de cada cual se juntaban a las del otro, y dos cubrían sus cuerpos...

“Y, en cuanto a la figura de estos seres vivos, se parecían a ascuas de fuego, que ardían como antorchas, la llama andaba de aquí para allá en medio de

ellos; y era resplandeciente el fuego y del fuego salían relámpagos.

“Y los séres vivos iban corriendo y volviendo, como la apariencia del fulgor del relámpago.

“Contemplaba yo a los séres vivos y he aquí a una rueda sobre la tierra, junto a cada uno de ellos y correspondiendo a sus cuatro caras.

“La apariencia de las ruedas y su hechura era como el resplandor del crisólito; una misma apariencia tenían todas cuatro; y su apariencia y su hechura eran como si fuese una rueda atravesada en medio de otra rueda.

“Sobre sus cuatro lados iban al caminar; no mudaban de frente al caminar; y tenían sus circunferencias altas y pavorosas; y las circunferencias de las cuatro estaban llenas de ojos alrededor.

“Al caminar los séres vivos, caminaban las ruedas juntamente con ellos; y al alzarse los seres vivos sobre la tierra, se alzaban las ruedas. . . .

“Y por encima de las cabezas de los séres vivos había algo como una expansión, como el resplandor de un cristal deslumbrador, extendida por encima, sobre sus cabezas.

“Y, por debajo de la expansión, sus alas estaban derechas, tocándose la una con la otra; cada uno tenía, además, otras dos que les cubrían los cuerpos, por este lado y por aquel lado.

“Y oí el ruído de sus alas, como el estruendo de muchas aguas, como la voz del Omnipotente, siempre que ellos caminaban; estruendo tumultuoso, como el ruído de un ejército. Cuando se detenían bajaban las alas. . . .

“Y por encima de la expansión que estaba sobre sus cabezas, había algo como una piedra de záfiro, a semejanza de un trono, y sobre la semejanza del trono, algo como la apariencia de un hombre por encima de él.

“Y ví algo como el resplandor del bronce acicalado, como la apariencia de fuego por adentro y alrededor, desde la apariencia de sus lomos hacia arriba. Y desde la apariencia de sus lomos hacia abajo, vi algo como fuego, y había un resplandor alrededor suyo.

“Cómo la apariencia del arco iris, que hay en las nubes en día de lluvia, así era la apariencia del resplandor alrededor. Tal fué la apariencia de la semejanza de la gloria de Yahveh. Y, cuando la ví, caí sobre mi rostro, y oí una voz que hablaba...”.

La influencia del arte babilonio. con sus genios alados y cabeza de águila, sus dioses con cara de hombre por adelante y de pez por arriba, sus grifones y toros con alas, es evidente en este relato, tan sobrecargado de detalles que hemos tratado de alijerar.

La contemplación de los templos y de las esculturas caldaicas ha influído en la imaginación de Ezequiel, ha penetrado hasta la subconciencia y sube a la superficie cuando cae sobre él “la mano de Yahveh” y entra en alguno de esos trances en los cuales se producen las visiones que tan prolijamente nos describe luego.

Es un hombre que no se ha retemplado nunca en el contacto con la naturaleza. Cuando uno lee los Evangelios siente el frescor de los campos, el aliento de la vida sencilla del trabajador rural en las pará-

bolas de las cuales se sirve Jesús, especialmente durante la primera parte de su ministerio: en Galiléa. Cuando se leen las páginas fulgurantes de 'Amós se percibe el salvaje ciclón que barre los desiertos, la vida nómada y aventurera. En Ezequiel, como en San Pablo, se nota al hombre de la ciudad y en el primero no sólo al ciudadano sinó al morador de una metrópoli inmensa y sobrecargada de monumentales edificios, representativa de una cultura más pesada que refinada, más rica y poderosa que artística.

Para dar relieve a sus enseñanzas y conminaciones, Ezequiel se vale de parábolas, como Isaías había hecho ya con su admirable cantar del Amado y su viña, como Jesús hará luego, hablándonos de aves, de lirios, de perlas, de peces, de semillas, del trigo y la cizaña. El hijo de Sadoc también trae la viña a colación, águilas y leones, pero lo hace con poca gracia usando imágenes imposibles. Sus águilas plantan viñas y cedros; las viñas envían sus ramas hasta las nubes y, a causa de su gran altura, pueden ser vistas de las muchedumbres; sus leonas proceden como las reinas, toman de entre sus cachorros uno para que sea león y, cuando éste ha sido hecho prisionero, designan otro para que lo reemplace.

Es un hombre, evidentemente, que nunca ha visto ni águilas ni leones y jamás se ha fijado seriamente en una viña. Criado en la artificiosa e inútil aparatividad de los ritos, llevando en sus venas cuatro siglos de sacerdotalismo, Ezequiel no ha tenido tiempo, ni en Jerusalén ni en Babilonia, para mirar a la naturaleza, para respirar el aire puro, huyendo del ambiente

nauseante del humo del incienso y del cebo derretido mezclándose con el olor de la sangre de las víctimas de los sacrificios.

Es de notar, sin embargo, la cautela, la reserva con la cual, balbuceando, alude en sus visiones a Yahveh mismo, a quien no describe, del cual se limita a sugerir imágenes. El temor ancestral del judío por su dios, el respeto del sacerdote, es más fuerte que la excitación calenturienta producida en su cerebro por la contemplación de los engendros del arte babilonio. Ezequiel se acuerda del segundo mandamiento del Decálogo: “no harás para tí escultura ni imagen alguna de lo que esté arriba en el cielo, ni de lo que esté abajo en la tierra, ni de lo que esté en las aguas debajo de la tierra, no te inclinarás a ellas ni les darás culto”. Pinta en dos pinceladas el último plano de su cuadro tan sobrecargado en el primero.

Como quiera que sea, después de aquella visión tan espantosa y de aquel llamado tan apremiante, el ministerio profético de Ezequiel, del año 592 al 585, fecha de la toma y caída final de Jerusalén, no se ejerce verbal ni directamente. El profeta tiene sus visiones y las va consignando por escrito para hacerlas circular más tarde pero, mientras tanto, cooperando en la obra que Jeremías iba desarrollando entonces en Jerusalén, procede por acciones simbólicas, como su maestro procedió algunas veces.

Usa de tales métodos más que cualquier otro de los profetas canónicos. Una vez toma una tablilla de barro crudo, de las que servían a los babilonios para escribir, dibuja en ella el plano de la ciudad de Jeru-

salén y le pone cerco levantando alrededor suyo torres y terraplenes. Otra se pasa trescientos noventa días comiendo escasa y pobre comida, bebiendo agua por ración. Otra vez, por fin, para no relatar sinó algunas de las cosas extrañas que hizo mientras Judá vivía sus últimos días de independencia, se afeita la cabeza como los esclavos. Sus compatriotas, tan llenos de esperanzas y optimismo, no se podían equivocar respecto al significado de cualquiera de tales actos. Todos ellos eran profecías mudas — como Yahveh le había ordenado — del destino que esperaba a Jerusalén.

Aquellos aristócratas ilusos sólo eran capaces de ver que estaban desposeídos, pero no de abandonar la esperanza de recuperar lo perdido. Ezequiel quiere desengañarlos y a esa labor corresponde la primera parte de sus profecías, la que, en la Biblia, alcanza hasta el final del capítulo XXVI.

Hemos dicho antes que, al revés de lo que ocurre con los demás profetas, los escritos que componen el libro de Ezequiel están dispuestos por orden de fechas, lo cual facilita su análisis. Al escribir sus visiones, el profeta tiene cuidado en decirnos exactamente el año, el mes y el día en los cuales tal cosa ocurrió. Así, estos veintiséis capítulos que componen la primera parte de su obra, están cronológicamente divididos en cuatro grupos. El primero lo componen siete capítulos, que empiezan con el relato de su primera visión, ocurrida el año 592 antes de Cristo. El segundo grupo empieza en el cap. VIII y concluye con el XIX; es del año siguiente, 591. El capítulo XX está fechado en el año 590 y prolonga este grupo hasta el final

del capítulo XXII. Por fin, los tres capítulos siguientes son del año noveno de la deportación, que corresponde al año 588 antes de nuestra era.

En estos veintiséis capítulos encuéntrase (con una sola excepción: la visión del capítulo XXXVII) las profecías más importantes de Ezequiel. Su lectura basta para darnos un concepto cabal de su carácter personal, de su temperamento, tanto como de su celo por la causa de Yahveh que le puso “como atalaya sobre la casa de Israel” para denunciar los crímenes de ella, anunciar la proximidad del inevitable castigo y darle también esperanzas de un futuro mejor, a base de una renovación religiosa y moral.

Ezequiel no es, desde luego como Amós y especialmente como Jeremías, un temperamento sensitivo que hace suya la tragedia de su pueblo. Cuatro siglos de sacerdotalismo pesaban atávicamente sobre su temperamento; cuatro siglos durante los cuales, en su profesión de degollar víctimas y de ofrecerlas en holocausto, de examinar las entrañas palpitantes y seguir una política de casta, los Sadoc habían tenido tiempo de volverse duros, insensibles y hasta brutales.

Ezequiel tiene de todo esto. Desde luego, como sacerdote, hay o siente entre él y la muchedumbre, a la cual habla en nombre de Yahveh, un abismo infranqueable. Se le dirige con desgano, por salvar su responsabilidad personal, no por amor, no por espíritu apostólico.

“Tuvo revelación de Yahveh que decía: cuando yo dijere al malo ¡de seguro morirás! y tú no le amonestares, ni hablores al malo que se aparte de su ca-

mino inícuo para que viva, el malo morirá por su iniquidad, pero su sangre yo la demandaré de tí.

“Más si tú amonestares al malo y él no se vuelve de su maldad y de su camino inícuo, por su iniquidad morirá, pero tu habrás librado tu alma”.

Discípulo de Jeremías, tiene Ezequiel un concepto de la justicia divina que no es ya el de aquel dios terrible del Sinaí que “visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y hasta la cuarta generación”.

“Si el malo se volviere de todos sus pecados — le dice Yahveh en un oráculo consignado en el capítulo XVIII — y guardare todos mis estatutos, obrare según el derecho y la justicia, ciertamente vivirá, no morirá... ¿Acaso me complazco yo de manera alguna en la muerte del malo? dice Yahveh el Señor ¿no me complazco antes en que se arrepienta y viva?”.

Esta frase de Ezequiel había de ser repetida por Jesús, pero hay muy poco, sin embargo, del espíritu de la parábola del hijo pródigo o del buen pastor que sale en busca de la oveja descarriada, en aquellos conceptos que siguen en los oráculos consignados por el hijo de Sadoe:

“Cuando el justo se vuelve de su justicia y hace la iniquidad, y muere a causa de ello, por la iniquidad que ha cometido muere él. Asimismo, cuando el malo se convierte de la maldad que ha hecho, y obra según el derecho y la justicia... por lo mismo que considera y se vuelve de todas las trasgresiones que ha cometido, ciertamente vivirá, no morirá”.

Ezequiel, es aún, y ante todo, un legalista para

quien las palabras misericordia y amor carecen de sentido. Tiene alma de inquisidor. Pero, al mismo tiempo, como tantos inquisidores, es un alma honesta; dura pero honesta; llena de un celo sincero por una causa teórica, ante la cual desaparecen todos los intereses humanos. Tales espíritus no son capaces de ver sus ideas encarnadas en intereses humanos, pero sí son capaces de servirlos con todo el fervor de su alma de fanáticos.

La causa que Ezequiel servía era la de una futura restauración del pueblo de Israel a condición de que éste aprovechara la lección sufrida y se purificara de los errores en los cuales seguía empantanado. Primero combate estos errores; luego proclama la seguridad de aquella restauración, poniendo en las dos etapas sus eminentes calidades de vidente, de alma embargada por el amor de Yahveh.

Ese amor es tan fuerte en él como pudo serlo en Amós o Isaías, aún cuando no tan comprensivo como en Oséas y Jeremías. Es un amor que lo enajena, lo pone fuera de sí, le arrebatara, le hace ver visiones y proclamar vaticinios.

Algunas de esas visiones tienen un carácter sorprendente y estaríamos completamente equivocados, fuera de todo lo que nos enseñan las vida perfectamente conocidas de místicos contemporáneos, si atribuyéramos sus descripciones a artificios literarios. Puede tratarse, y se trata desde luego, de fenómenos psicológicos aún mal conocidos, poco estudiados, difíciles de estudiar, pero tan reales como la telepatía que ya nadie piensa en poner en duda.

Por ejemplo: así como en los tiempos modernos, a mediados de 1759, Emmanuel Swedenborg, el famoso teósofo sueco, hallándose en Gotenburgo, vé el gran incendio que se producía, en ese momento, en Estocolmo, a trescientas millas de distancia ⁽¹⁾, Ezequiel, sin dejar Babilonia, es llevado en espíritu a Jerusalén y nos describe, en el cap. VIII, las abominaciones que se cometen en el Templo.

En el momento en que, encontrándose en su casa, conversaba con los ancianos de Israel desterrados junto el Eufrates, cae sobre él “la mano de Yahveh”, y Ezequiel vé a otros ancianos, en el santuario edificado por Salomón, quemando incienso en la obscuridad, en una cámara decorada con imágenes, delante de reptiles, bestias e ídolos dibujados por las paredes. Contempla, así mismo, a las mujeres de Jerusalén sentadas a la entrada de la Casa de Yahveh llorando la muerte de Adonis y escucha sus gritos plañideros. ¡ Tamuz! ¡ Tamuz! mientras, en el patio interior del Templo, los hombres rinden culto al sol, postrándose hacia el oriente.

Delante todas esas idolatrías y apostasías, el profeta se horroriza y vé entonces, de nuevo, algo semejante a la visión ignea, inicial; los séres resplandecientes y misteriosos que contempló junto al río Kebar y a los cuales llama *querubines* — espíritus celestiales que, en la angelología hebréa que en esa época empie-

(1) Es interesante leer la carta que Kant escribió al respecto a Carlota von Knobloch y que se halla en la obra del Dr. Tafel: *Documents concerning Swedenborg*. La reproduce George Trobridge en su *Life of Emanuel Swedenborg*.

za a formarse, ocuparán, por su ciencia, el primer lugar en la escala de intermediarios que baja de la Divinidad hasta el hombre.

Los *querubines* — cualquiera que sea el significado que pueda corresponder a tal palabra — se disponen a matar a todos aquellos que no llevan la señal de Yahveh, que no son por éste, en contra de todos aquellos que practican cultos abominables. Ezequiel teme por el futuro de Israel, teme que todo el pueblo sea exterminado y entonces, al implorar por sus compatriotas, recibe de Yahveh un mensaje de esperanza para los desterrados.

“Aunque yo les he arrojado lejos, entre las naciones, y aunque los he esparcido por las tierras, sin embargo, por un breve espacio yo les seré por santuario en medio de las tierras adonde han ido... Yo les daré un mismo corazón y un nuevo espíritu pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne y les daré un corazón de carne, a fin de que caminen en mis estatutos y guarden mis preceptos y los cumplan, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios”.

Esto, junto con las promesas de una futura restauración del reino, de Israel y Judá unidos, será la nota fundamental del mensaje de Ezequiel. Es el “nuevo pacto” que Jeremías predicaba en Jerusalén, en vista de que el antiguo se había roto por las claudicaciones de la nación infiel. El “nuevo pacto”, de una religión espiritual, no ritual; una religión individual, del corazón, que Jesús sellará luego con su propia sangre, enseñando *a cada hombre* a sentirse unido por una relación personal con Dios.

Para llevar adelante este mensaje, Ezequiel enrostra como Jeremías a “los profetas insensatos que andan tras de su mismo espíritu y no han visto nada”, los que hacen errar al pueblo “diciendo ¡paz! cuando no hay paz”. Llama a cuentas a las mujeres descuidadas, tan zaheridas ya por Amós e Isaías, a las hembras lujuriosas “que cosen cojines para todas las coyunturas de los brazos y hacen almohadillas para todas las posturas de la cabeza”. Recuerda a Jerusalén y Judá todas sus abominaciones pasadas y les narra toda la historia de sus supersticiones, de sus infanticidios y de sus crímenes, en páginas de un realismo brutal, de una crueldad insuperable, de un sadismo inequívoco.

Los capítulos XVI y XXIII en donde tales cosas se encuentran son de lo más duro que contiene la Biblia — que desde el Génesis hasta el Apocalipsis tiene muchas cosas duras. Es obvio que Ezequiel toma las imágenes, que emplea, de Oseas su predecesor mediato y, sobre todo, de Jeremías su inmediato antecesor. Pero ¡cómo las desarrolla y amplifica, como las recarga y realza!

Jerusalén es comparada a una niña recién nacida, abandonada en medio del campo, revolcándose en su sangre, a quien Yahveh halla y de la cual se compadece. El Señor la salva y la cría, llegada a la pubertad la hace su esposa, la engalana con los vestidos más bellos y las joyas más costosas, pero ella, la ramera, se prostituye luego a todos los pueblos, comete adulterio hasta con los ídolos y, no satisfecha de ello, mata a sus hijos, haciéndolos pasar por el fuego.

Judea y Samaría son comparadas a dos hermanas que, desde su más tierna mocedad, fueron amancilladas en Egipto y luego siguieron practicando todas las desvergüenzas en la Asiria: supersticiosas, sanguinarias, adúlteras, mentirosas y beodas.

Contra ellas y contra Jerusalén, Ezequiel fulmina, en nombre de Dios, las amenazas más terribles, los insultos más espantosos, las inventivas más feroces — con la procacidad de un celoso, convencido de su desgracia, sin cultura, ni freno. Pero, en medio de ese desborde de lenguaje soez, brilla de pronto un rayo de ternura y esperanza:

“Tu execrable maldad y tus abominaciones tú misma tienes que llevarlas, dice Yahveh el Señor, porque haré yo contigo conforme a lo que tú has hecho, tú que has despreciado el juramento, al despreciar el pacto. Yo, sin embargo, me acordaré de mi pacto contigo en los días de tu mocedad, y estableceré contigo un pacto eterno. Entonces tú te acordarás de tus caminos y te llenarás de confusión, cuando recibieres a tus hermanas, las mayores que tú, y las menores a quienes yo te daré por hijas. Pero no por pacto tuyo, sinó que yo estableceré mi pacto contigo, y tú conocerás que yo soy Yahveh”.

Ahora que la nación, como nación, se ha pulverizado, Ezequiel trata de fundar un nuevo concepto religioso no sobre la tradición nacional sinó sobre la convicción personal. Jeremías había herido la nota subjetiva y Ezequiel declama sobre ella sus mejores oráculos.

“¿Qué queréis decir, vosotros los que usáis de este

refrán en la tierra de Israel, diciendo : los padres comieron el agraz y los hijos sufren la dentera? ¡Vivo yo! dice Yahveh el Señor, que no tendréis más por qué usar de este refrán en Israel... El alma que pecare esa morirá. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre llevará la iniquidad del hijo. La justicia del justo estará sobre él y la maldad del malo sobre él estará'' (1).

En la gran prueba por la cual pasaba el pueblo judío, era menester que no se olvidara del pasado y de sus enseñanzas, pero hacía falta, también, que no se dejara apabullar por él. Ezequiel recuerda el pasado a título de ejemplo, describe en forma tremenda los pecados y en forma espantosa las terribles consecuencias, pero enseña, al mismo tiempo que a cada individuo que nace le abre Dios una cuenta nueva y personal.

El carácter tremendo del pecado y las consecuencias terribles que él produce, nadie lo ha dicho con el vigor que emplea este sacerdote profeta. Los más tremendos conceptos que la imaginación inda ha podido lucubrar acerca de *Karma*, la ley fatal que castiga con inexorable rigor las trasgresiones a la ley moral, no exceden la recia y vigorosa inflexibilidad de Ezequiel al respecto.

¡El castigo del pecado consiste en el pecado mismo, en la tendencia a pecar más! Esta ley fatal que todos los viciosos conocen por experiencia, que lleva

(1) Este principio fué incorporado luego en el cap. XXIV del *Deutenonomio*, en un versículo, el 26, intercalado en el texto y que no guarda relación alguna con el contexto que lo precede o le sigue.

al lujurioso a la muerte, al jugador a la miseria, al bebedor al *delirium tremens* y al ambicioso al suicidio, Ezequiel la expresa por primera vez con rigor inaudito:

“Entonces — refiere el cap. XIV — tuve revelación de Yahveh que decía: Hijo del hombre, *estos hombres han erigido sus ídolos en sus corazones* y han puesto el tropiezo de su iniquidad delante de su rostro ¿acaso he de ser yo consultado en manera alguna por ellos?

“Por tanto háblales y diles que así dice Yahveh el Señor: Cada hombre de la casa de Israel que erigiere ídolos en su corazón y pusiere el tropiezo de su iniquidad delante de su rostro y, así, consultare al profeta, yo Yahveh le responderé conforme a la multitud de sus ídolos, *a fin de prender a Israel en su mismo corazón*, puesto que todos ellos se han separado de mí para seguir sus ídolos”.

Pero más terrible aún es lo que dice en el capítulo XX cuando, después de historiar las trasgresiones de la casa de Israel, atribuye las horrendas prácticas a que se dieron los israelistas en la tierra de Canaan ⁽¹⁾, al propósito de Dios de castigar sus pecados:

“Por lo mismo que no cumplieron con mis preceptos, sino que despreciaron mis estatutos y profanaron mis días de descanso, pues que sus ojos se iban tras los ídolos de sus padres, *yo les dí estatutos que no eran buenos y preceptos en los cuales no podían vivir*. Asi-

(1) Véase lo dicho en *Orígenes del Profetismo Hebreo*, letra b), pág. 43 y siguientes.

mismo los contaminé con sus mismos dones, cuando hacían pasar por el fuego a todos los primogénitos, para que yo los desolase; a fin de que conociesen que yo soy Yahveh”.

En el fondo es la misma doctrina que expresa San Pablo en su Epístola a los Romanos cuando nos dice que todos los vicios nefandos que caracterizaron la decadencia de Roma fueron el castigo que Dios impuso a aquellos que, teniendo conocimiento de El, no le siguieron:

“Por que habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como Dios, ni dieron gracias, antes se desvanecieron en sus razonamientos y entenebrecieron su fátuo corazón, profesando ser sabios se tornaron insensatos y trocaron la gloria de Dios incorruptible en una imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles, también los entregó Dios, en la concupiscencia de sus corazones, a la inmundicia, para que deshonraran sus mismos cuerpos entre sí”.

La inhábil manera de decir de Ezequiel presta a Dios un propósito de venganza que hace parecer cruel la dura doctrina. Ese antropomorfismo, sin embargo, no impide que sea profundamente verdadera, experimentalmente verdadera, esa doctrina cuya contraparte, cuyo aspecto positivo, digamos, está expresada en aquella admirable enseñanza de Jesús, consignada en el capítulo V de San Mateo: “Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios”.

Si un abismo llama a otro abismo, como dice uno de los salmos, también la virtud engendra más virtud. Si puestos en la pendiente del pecado y del cri-

men, no podemos nunca saber a dónde nos detendremos, también, puestos en el camino de la ascensión hacia Dios, resulta imposible fijar límites a las posibilidades de perfección que el alma encierra y que el Sumo Bien vuelve actuales al atraerla a sí.

Si la doctrina que Ezequiel expresa, y Pablo corrobora, tiene forzosamente que infundir espanto, si debe necesariamente producirlo, si conviene saludablemente que lo ocasione, no tiene, sin embargo, el fondo de crueldad con el cual el mismo profeta parece revestirla. No lo tiene, sobre todo, si pensamos que el Dios terrible, que Ezequiel allí nos pinta, solo resulta integralmente retratado cuando lo vemos, en el mismo Ezequiel, actuando no como juez, sinó como pastor, buscando a las ovejas perdidas, vendando a las heridas, reconfortando a las enfermas ⁽¹⁾.

“Porque así dice Yahveh el Señor: he aquí que yo mismo iré en pos de mis ovejas y las buscaré. Al modo que el pastor busca su rebaño, cuando se halla en medio de ovejas descarriadas, así buscaré yo mis ovejas, y las recogeré de todos los lugares por donde fueron dispersadas en el día de neblina y densas tinieblas; pues yo las sacaré de entre los pueblos y las recogeré de entre las tierras y las traeré a su propia tierra. Las pastorearé sobre las serranías de Israel, junto a los arroyos y en todos los lugares habitados del país. En medio de pastos buenos las pastorearé y sobre las elevadas serranías de Israel estará su pasturaje; allí yacerán en medio de buen pasturaje, y en medio

(1) Capítulo XXXIV,

de succulentos pastos pacerán sobre las serranías de Israel''.

Al escribir esto, Ezequiel estaba pensando en la restauración política de su pueblo, como luego diremos. Pero el alma popular tomó esa imagen y la incorporó, en el Salmo XXIII, a su lírica, como una esperanza mesiánica en la cual Jesús se había de inspirar. La *buena nueva* proclamada y, más que todo, vivida, encarnada en el Nazareno, es Dios manifestándose como una voluntad amorosa, anhelante de salvar lo perdido, como un Padre que envía a su Hijo para llamar no a los justos sinó a los pecadores a arrepentimiento.

Es dudoso quizás si, en caso de haber vivido en el tiempo de Jesús, Ezequiel hubiera comprendido el mensaje de éste. Su corazón era poco accesible a la ternura y, sacerdote ante todo, es muy de temer que, frente a la religión espiritual predicada por Jesús, antes se bandeara con Caifás que con Nicodemo. Pero, hipótesis a un lado, de cualquier modo lo indiscutiblemente cierto es que nadie puede comprender el mensaje de Jesús si no acepta primero el de Ezequiel. Sin las tremendas verdades que anuncia el hijo de Sadoc, el llamado hecho por el Nazareno carecería de sentido.

Ezequiel es un corazón duro: el tipo más representativo quizás del espíritu del Antiguo Testamento, pero ese Testamento encierra una verdad y Ezequiel cumplió una misión cuando, rígido, inexorable, fulminando anatemas recordaba a Israel los requerimientos de la ley moral.

Solo una vez parece turbarse aquel corazón de bronce: cuando muere su esposa poco antes de la caída final de Jerusalén, pero luego se vuelve a levantar aquella cabeza altiva, haciendo de su gran dolor un símbolo y de su pena una profecía:

“Y tuve revelación de Yahveh que decía: Hijo del hombre, he aquí que voy a quitarte el deleite de tus ojos de un golpe; pero no te lamentes, ni llores, ni dejes correr tus lágrimas. Gime en silencio; no hagas duelo; átate al turbante, calza tus pies, no cubras tu rostro ni ayunes.

“Hablé pues al pueblo por la mañana y a la tarde murió mi mujer; y a la mañana siguiente hice conforme me había sido mandado. Entonces me decía el pueblo: ¿no nos dirás qué tienen que ver con nosotros estas cosas que haces?

“Yo les contesté: he tenido una revelación de Yahveh que dice... He aquí que voy a profanar mi Santuario, el orgullo de vuestro poder, el deleite de vuestros ojos, del cual tiene lástima vuestra alma, y vuestros hijos y vuestras hijas a quienes dejastéis allá caerán a cuchillo.

“Vosotros, empero, haréis como yo he hecho: no cubriréis el rostro, ni ayunaréis, vuestros turbantes estarán sobre vuestras cabezas y vuestros calzados sobre vuestros pies. No plañiréis, ni lloraréis, sinó que os desfalleceréis por vuestras iniquidades y gemiréis los unos por los otros.

Ezequiel os servirá de modelo. Conforme a todo lo que él ha hecho, haréis vosotros. Y cuando esto sucediere entonces conoceréis que yo soy Yahveh, el Señor”.

c) LAS PROFECÍAS DEL RETORNO

LA segunda parte de las profecías de Ezequiel, escrita después de la caída de Jerusalén, el año 585, o mientras Jerusalén vivía sus últimos días, es una mezcla de invectivas contra los enemigos de Israel: contra Amón, Tiro y Egipto, y de visiones y proyectos, llenos de esperanza, de una futura restauración.

Ezequiel, como todos los profetas, odiaba a Egipto, causa de la ruína de su pueblo, y contra él dirige las peores amenazas. Al cantar sus endechas sobre Tiro, en el capítulo XXVII, escribe una página admirable y memorable, el mejor sinó el único cuadro que nos ha quedado de esa portentosa civilización fenicia, de esas repúblicas de mercaderes, que, como Barcelona, Génova y Venecía durante la Edad Media, tuvieron el dominio de los mares, la soberanía del Mediterráneo y, en sus manos, todo el comercio del mundo civilizado. Pero el tema principal de sus profecías, después de la destrucción definitiva del reino de Judá, es la seguridad de que, sinó el reino, la nación judía volverá a constituir un cuerpo independiente cuya razón de ser será su monoteísmo: el culto de Yahveh.

Varios factores se oponían a ese ideal. Después del desaliento de los desterrados, que se creían bajo el peso irremediable de un pasado fatal, desaliento que Ezequiel había tratado de contrarrestar con su nueva doctrina de la responsabilidad personal, venía el egoísmo e indiferencia de las clases gobernantes, de aque-

llos *ancianos* que, aún en Babilonia, ejercían sobre el pueblo, sobre la gran masa, funciones directivas — de acuerdo, posiblemente, con las autoridades locales.

Contra esos “pastores de Israel que se apacientan a sí mismos” y dejan andar al rebaño disperso, fulmina Ezequiel las peores recriminaciones, seguidas luego de aquella seguridad a la cual aludimos antes, una de las pocas notas tiernas de sus escritos, con la cual el hijo de Sadoc expresa su fé en Yahveh como pastor de Israel:

“Yo mismo pastorearé mis ovejas y las haré yacer, dice Yahveh el Señor, buscaré las perdidas, haré volver las descarriadas, vendaré las quebradas y corroboraré las enfermas. Mas a las gordas y fuertes destruiré: a éstas las apacientaré con castigo”.

La mayor dificultad que Ezequiel tenía que encontrar, en la tarea que se había propuesto de no dejar desmoralizarse totalmente el espíritu de su pueblo después de una catástrofe que parecía irremediable, consistía en la misma amplitud de criterio que el espíritu judío tenía que tomar, *si atendía a las lecciones enunciadas por sus profetas*, después de las pruebas por las cuales había pasado.

Desde Amós que Yahveh venía siendo presentado como un Principio Universal de Justicia, como un Dios que castiga el mal adonde quiera que lo halle, sin compadecerse ni siquiera de su propio pueblo, de aquellos que le adoraban. Si Yahveh era así, si la caída de Jerusalén era el resultado de su ira ¿qué interés podía tener ese Dios en un pueblo que le había fallado tan lamentablemente?

Ezequiel tenía que recalcar mucho la afirmación del carácter excepcional de la cultura judía para que el pueblo se sintiera orgulloso de ella, orgulloso de su misión — única en la historia — que lo volvía indispensable para la realización de los designios de ese Principio Universal de Justicia que rige los destinos de la especie humana. La gloria de Dios, enseña Ezequiel, está en juego. Es Yahveh quien se abochorna con la vergüenza de Israel.

“Tuve revelación de Yahveh que decía: Hijo del hombre, la casa de Israel, mientras habitaba en su tierra, la contaminaron con sus caminos y con malas obras. Como la inmundicia de una mujer en su impureza vino a ser su camino delante de mí. Por lo cual derramé mi indignación sobre ellos, a causa de la sangre que había derramado sobre la tierra, y porque la habían contaminado con sus ídolos, y los dispersé entre las naciones, y los esparcí entre las tierras; conforme a sus caminos y conforme a sus obras los juzgué.

“Pero cuando llegaron a las naciones adonde fueron, profanaron mi santo nombre, cuando de ellos se decía: pueblo de Yahveh son estos, que de la tierra de él han salido. Y tuve piedad de mi santo nombre que la casa de Israel había profanado entre las naciones adonde fué.

“Por tanto, dí a la casa de Israel: así dice Yahveh el Señor, no por vuestra causa voy a hacer esto, oh casa de Israel, sinó por mi santo nombre que vosotros habéis profanado entre las naciones adonde habéis ido. Pero santificaré mi gran nombre que ha sido profanado entre las naciones, aquél que vosotros

habéis profanado en medio de ellas, y conocerán las naciones que yo soy Yahveh, dice Yahveh el Señor, cuando yo fuere santificado en vosotros delante de su vista.

“Pues yo os tomaré de entre las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestra propia tierra. Luego rociaré sobre vosotros agua limpia y seréis limpios; de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré.

“También os daré un nuevo corazón y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Pondré también mi Espíritu dentro de vosotros y haré que andéis en mis estatutos y guardéis mis leyes y las pongáis por obra. Y habitaréis en la tierra que dí a vuestros padres, y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”.

Es siempre la esperanza del nuevo pacto anunciado por Jeremías y del cual Ezequiel se había hecho el apóstol. Para que tal supremo designio se realice, Dios no escatimaré los milagros. En corroboración de ello viene, entonces, la formidable visión del campo de batalla lleno de los restos macabros de los combatientes muertos hace mucho.

“Estaba sobre mí la mano de Yahveh, y él me sacó fuera en Espíritu de Yahveh, y me colocó en medio de un valle, el cual estaba lleno de huesos. Y me hizo pasar junto a ellos, todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la superficie del valle y he aquí que estaban muy secos.

“Yahveh me dijo: Hijo del hombre ¿pondrían vi-

vir estos huesos? Yo le respondí ¡Yahveh, Señor, tú lo sabes! Entonces me dijo: profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos ¡oid la palabra de Yahveh! Así dice Yahveh el Señor a estos huesos, he aquí que haré entrar espíritu en vosotros y viviréis. Pondré sobre vosotros nervios y haré crecer sobre vosotros carnes y os cubriré de piel, y pondré espíritu en vosotros para que viváis, y conoceréis que yo soy Yahveh.

“Profeticé, pues, como me fué mandado, y hubo un ruido mientras yo profetizaba y luego he aquí un temblor y, hueso a hueso, los huesos se acercaban. Y, mirando yo, he aquí que nervios y carnes crecieron sobre ellos, y cubrioles la piel por encima; pero aún no había en ellos espíritu.

“Entonces me dijo: ¡Profetiza el espíritu! profetiza hijo del hombre y dí al espíritu: Así dice Yahveh el Señor! ven de los cuatro vientos, oh Espíritu, y sopla sobre estos muertos para que vivan! Profeticé como me había sido mandado, y entró en ellos espíritu y vivieron, y se levantaron sobre sus pies ¡un ejército sumamente grande!

“Y me dijo Yahveh: Hijo del hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. He aquí que dicen ¡se han secado nuestros huesos y ha perecido nuestra esperanza, somos enteramente cortados! Por tanto profetiza y diles: Así dice Yahveh el Señor, he aquí que voy a abrir vuestras sepulturas, y os haré subir de ellas, oh pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel. Y conoceréis que yo soy Yahveh, cuando haya abierto vuestras sepulturas, y os haya sacado de ellas, oh pueblo mío. Entonces pondré mi Espíritu en vosotros

y viviréis, y os estableceré en vuestra propia tierra, y conoceréis que Yahveh lo ha dicho y lo ha hecho, yo Yahveh”.

A partir del cap. XL, Ezequiel indica los detalles que, según él deben tenerse en cuenta y los planes que se deben llevar a cabo para que se realice la restauración. Hasta tribus como Rubén y Simeón, desaparecidas antes de la constitución de la monarquía, tendrán su parte en la tierra prometida y recuperada, que será dividida en doce lotes: uno para cada tribu de Israel. Todos esos lotes parten de Jerusalén, que queda en el centro del nuevo reino de Judá-Israel, de nuevo reunidos. Jerusalén, la ciudad santa, pertenecerá a los sacerdotes, en medio de ella se levantará el Templo, reconstruido. De él saldrá un río milagroso que, corriendo hacia el sudeste y aumentando de caudal a medida que corre, llegará hasta el Mar Muerto y volverá dulces sus aguas ultrasalinas.

Esta última profecía tiene, evidentemente, el carácter de un símbolo. Lo que Ezequiel pretende establecer bien claramente es que toda la vida de la nueva nación, después que ésta haya aprendido a conocer a Yahveh, brotará del Templo, que será como su corazón. La razón de su existencia estaba en su religión y el baluarte de esa religión sería el Templo, bajo la hegemonía de la casta sacerdotal, de los hijos de Sadoc.

Iniciando entonces un procedimiento que la Iglesia Católica ha continuado después, con relativo éxito del punto de vista disciplinario, con casi siempre desastroso resultado del punto de vista espiritual, Ezequiel creyó que la mejor manera de obtener lo que deseaba,

consistiría en atribuir capital valor a la observancia de los antiguos ritos, insistiendo en la necesidad de restaurar pronto y fielmente el culto de Yahveh en el antiguo Templo de Salomón.

En una de sus visiones iniciales, Ezequiel había visto a Yahveh abandonar ese Templo sobre los alas de los querubines, disgustado de las abominaciones que se cometían en su recinto. Solo porque Yahveh lo había abandonado se explicaba que el Templo hubiese podido ser destruído, en la opinión del hijo de Sadoc. Ahora era necesario que el pueblo, además de renegar de tales abominaciones, reconstruyera de nuevo el Templo y restaurara en él el antiguo culto de Yahveh, puro de toda práctica idolátrica. Solo a ese precio consentía el Señor en volver a habitar en su Santuario, en Jerusalén.

Sacerdote hijo de sacerdotes, Ezequiel tenía que sentirse fuertemente impresionado por el suntuoso aspecto de la clase sacerdotal babilonia. Era una influencia cultural, como ya hemos dicho, que desde remotísima fecha venía incidiendo sobre el espíritu judío y que no podía sinó robustecerse ahora que éste se hallaba en contacto con la fuente original. Deslumbrado por el esplendor de los cultos en Babilonia, Ezequiel quiere establecer, en lugar del antiguo reino, una teocracia. La palabra *rey* no se menciona en sus escritos; lo que el profeta desea no es la restauración del reino (ideal al cual, posiblemente, los babilonios se opondrían) sinó la reconstitución de la nación hebrea bajo la hegemonía sacerdotal.

Siendo profeta, Ezequiel hace traición al profetis-

mo. La segunda parte de su obra inicia una reacción que se va acentuando luego en los profetas ulteriores hasta anular y extinguir el profetismo. El sacerdotalismo, en cambio, que durante la monarquía, y especialmente en la reforma deuteronomica, ocupaba un lugar secundario, pasará a ocupar el primer lugar. Cuando el Templo se restaure y el pueblo hebreo vuelva a congregarse alrededor de él, los sacerdotes constituirán la clase gobernante, como vemos en las páginas de los Evangelios y los primeros capítulos del Libro de los Hechos de los Apóstoles. El Sumo Sacerdote será para los hebreos, bajo el dominio persa, griego o romano, algo semejante a lo que el Patriarca de Constantinopla era para los griegos, hasta hace poco tiempo, bajo el dominio turco: jefe civil y espiritual al mismo tiempo. Ante su tribunal se juzgaban, de acuerdo con la ley judía, los pleitos entre judíos y las acusaciones contra judíos; recorriendo a Poncio Pilatos cuando se trató de crucificar a Jesús pero no cuando lapidaron a Esteban.

En su anhelo de restauración, Ezequiel ve de antemano y describe en todos sus detalles el futuro Templo y, desde el ver. 18 del cap. XLIII hasta el final del cap. XLVI, reglamenta todo el ritual que allí se debe observar.

Quien lea los capítulos XVII a XXVI del libro del Levítico, lo que la crítica moderna llama el Código de Santidad, y los compare con los mencionados capítulos del libro de Ezequiel, no puede esquivar la impresión de la profunda semejanza existente entre aquel Código y la profecía.

Que las prescripciones levíticas no se remontan, evidentemente, al tiempo de Moisés resulta claro para cualquiera que las lea sin prejuicios. Bastará un detalle: el capítulo XXVI termina con la promesa, que hace Yahveh, de hacer volver a los desterrados de su exilio a la tierra de Israel, si confesaren “que por cuanto anduvieron en oposición conmigo, yo también tuve que andar en oposición con ellos y los traje a la tierra de sus enemigos” (1).

Esto ha dado lugar a la suposición de que el original de las disposiciones del Código de Santidad — que evidentemente fué compuesto durante el destierro — haya que buscarlo en Ezequiel. En otros términos, que Ezequiel haya sido el creador de tales ritos y hasta el autor de aquel Código.

A esta teoría se opone la opinión, más verosímil, de que habiendo el profeta servido en el Templo de Jerusalén cuando menos hasta la edad de veinticinco años, se hallara familiarizado con la tradición ritual que sus escritos recuerdan y que el Levítico consigna.

Esto no querría decir nunca que el mencionado Código de Santidad (que introduce una solemnidad nueva: el Día de Expiación, que los judíos sólo empezaron a celebrar después del destierro), fuera de la lejana fecha que sus recopiladores le atribuyen. Pero pudiera muy bien significar que los ritos que allí se prescriben, y a los cuales Ezequiel se refiere, vinieran de fecha muy lejana y fueran realmente la expresión de

(1) Levítico XXVI-40 y siguientes.

una tradición sacerdotal seguida en el Templo de Jerusalén.

En este caso, Ezequiel tanto como el Levítico — que no es sinó un conglomerado de prescripciones de distintas fechas y procedencias, muchas veces repetidas — no harían, ambos, sinó tratar de salvar dicha tradición dándole forma escrita.

Como quiera que sea, sinó directa a lo menos indirectamente, Ezequiel aparece como el padre del legalismo judío — que luego Jesús tuvo que combatir con tanto ahinco en su lucha con los fariseos. En lugar del culto espiritual, preconizado por Amós e Isaías, que abominaban de los sacrificios y los repudiaban como extraños a la verdadera tradición nacional, Ezequiel hace girar la vida religiosa alrededor del rito, proclama el valor del *opus operatum*, convierte lo que debe ser una orientación de la vida en la mera observancia de un conjunto de prácticas exteriores. Bajo su influencia y en el período que va desde la circulación de sus escritos hasta la reconstrucción del Templo (año 515), la reforma de Nehemías (año 444) y el final del imperio persa (año 331) se formaron y afirmaron todas las cosas que caracterizaron el judaísmo ulterior.

Fué esa, para el pueblo judío, una época de intensa y paciente actividad intelectual, pero toda ella dominada por el espíritu sacerdotal. Ezequiel cesa de profetizar el año 572 o, cuando menos, esa es la fecha del último de sus escritos que han llegado hasta nosotros. De esa época en adelante, hasta Nehemías, se forma la primera colección de los Salmos; se reto-

ca el libro del Deuteronomio, añadiendo los capítulos iniciales y finales de su forma actual; se revisan y reconstruyen, bajo el punto de vista deuteronomíco, los libros de Reyes y, en menor grado, los de Samuel; se recopila lo que la crítica moderna llama el Código Sacerdotal, del cual el Levítico es como el núcleo y al cual pertenecen unas tres cuartas partes del libro de Números. Esas mismas manos sacerdotales, por fin, después del destierro y hasta de la reconstrucción del Templo, retocando y juntando las viejas crónicas jehovistas y elohistas ⁽¹⁾, forman, con los libros del llamado Pentateuco, el primer canon bíblico: lo que los judíos llaman hasta hoy: *Torah*, la Ley.

Gracias a estas manos, el Pentateuco ofrecerá un conjunto incongruente. En un mismo libro: el *Exodo*, Yahveh ordena en el cap. XX (v. 24,26) un culto sencillo, en un altar de tierra o de piedras en bruto, sobre las cuales prohíbe que se levante instrumento alguno para no profanar la obra de la Naturaleza, y en los capítulos XXXVII y XXXVIII prescribe un ritualismo complicado, con altares de bronce y de oro cicelados. En el cap. XXVII del Levítico se habla de una moneda especial: *el ciclo*, usada exclusivamente en el Templo de Jerusalén, después de su restauración, establecida por los sacerdotes para no admitir allí las monedas persas, griegas y romanas, y se quiere hacer remontar hasta el desierto, hasta la vida nómada, esta práctica que dió lugar a los pingües negocios que Je-

(1) Recuérdese lo dicho en *Orígenes del Profetismo Hebreo*, letra a), pág. 15 y siguientes, y *De Amós a Jeremías*, letra a), pág. 24.

sús airadamente denunció como sacrílegos (1). Las ideas más obsóletas relativas a Yahveh, paseándose en el jardín del Eden para tomar el fresco (2), o saliendo al encuentro de Moisés, en una posada del camino para matarle u obligar a Zipora a circuncindar a su hijo (3), encuéntrase al lado de altísimas prescripciones morales, ordenadas por ese mismo dios, como son las que se hallan en el cap. XV del Deuteronomio.

Sin embargo, con incongruencias y todo, el sacerdotismo consiguió tener, en la recopilación del Pentateuco, un cuerpo de historia y doctrina, de doctrina expuesta en forma de narraciones históricas, que le sirvió para dar a los judíos una fuerte conciencia nacional, una unidad espiritual que los diferenciara de los demás pueblos. Eso era todo lo que se proponían y eso es indiscutiblemente que ampliamente lo consiguieron.

Todo esto, sin embargo, más que sobre una base ética, fué hecho a base de una disciplina ritual, de una exacerbación de escrúpulos, de observancias de *tabous*, de un recrudescimiento de supersticiones y temores.

A partir de Ezequiel, y empezando por sus mismos escritos, el *sábado* toma un carácter sacrosanto y estricto que el farisaismo había de llevar a los extremos ridículos que Jesús denuncia a cada momento, según los relatos de los Evangelios. Para los babilonios, de los cuales los judíos lo tomaron — no durante el cautiverio sinó por la influencia cultural desde los tiem-

(1) Mateo XXI, 12, 13; Juan II, 13, 16.

(2) Génesis, III, 8.

(3) Exodo, VI, 24, 26.

pos más remotos ejercida por Babilonia sobre la Palestina — el *sábado* había sido sencillamente un día nefasto, un día en el cual era prudente suspender cualquier tarea por temor a que saliera mal. Durante el cautiverio, los judíos aprovechan ese día de descanso para reunirse y leer los antiguos escritos históricos y proféticos que sus escribas conservaban, retocaban y analizaban. De ahí brota la costumbre de dedicarlo a Dios, a las cosas del alma.

En medio de los babilonios, que no practicaban la circuncisión, esta vieja costumbre, no siempre rigurosamente observada, toma también un valor patriótico, distintivo, que servirá — junto con muchos otros ritos y observancias de *tabous* — para diferenciar profundamente al judío de aquél que no lo es.

Hacer la crítica de este recrudescimiento de ritualismo es poner sobre el tapete la cuestión, que tanto se debate en Inglaterra en estos últimos años, del valor, no digamos objetivo, sinó puramente subjetivo, de los ritos en la vida religiosa. ¿Es posible ésta sin aquellos? ¿La ayudan o la anulan?

La reacción ritualista que Ezequiel inicia, comparada con el alto espiritualismo de Isaías o de Jesús, en su conversación con la mujer samaritana, parece tener, indiscutiblemente, el carácter de un retroceso. No falta, sin embargo, quien sostenga que, si no fuera por esos ritos, a los cuales el judío se apegó con toda la lealtad de su alma, y que tan marcadamente lo distinguían, y distinguen, de los demás pueblos, el hebreo se hubiera esfumado, durante el cautiverio, en el seno de las poblaciones babilonias, y, de cualquier

modo, no hubiera resistido a las persecuciones de las cuales fué objeto después.

Si Ezequiel no fué un profeta hasta el fin, es indudable que fué un estadista. Su visión del porvenir, su entusiasmo por la causa de la restauración, hizo sobrevivir a su pueblo y contribuyó para el cumplimiento de la misión que aún le quedaba por realizar. El ritualismo, ha dicho alguien, fué como el caparazón destinado a resguardar y salvar el espíritu profético, formado en el largo proceso que va de Amós a Jeremías. Esto no impidió, sin embargo, que el espíritu profético resultara ahogado por el legalismo — como siempre ocurre — hasta que una reacción mística: el cristianismo pristino, volviera a dar al Espíritu el lugar primordial que le corresponde sobre la forma.

Jeremías había representado la cumbre del profetismo. Después de él viene el descenso, que Ezequiel inicia y que los fariseos terminan, hasta que, retomando el hilo de la tradición profética, desvirtuada por el hijo de Sadoc, el Nazareno venga para recordar que la religión no consiste en lo que el hombre *hace* sinó en lo que el hombre *es*; no en los ritos que practica, en ciertos días o a tales horas, sinó en la actitud que asume, toda la vida, frente a Dios y a sus hermanos.

El retroceso del espíritu profético, que Ezequiel significa, estaba representado, en efecto, por esa muchedumbre de profetas patrioterros, a los cuales aludimos al principio, a cuyas pasiones Jeremías oponía sus consejos de paz, con quienes Ezequiel contrastaba adoptando — como su maestro — una actitud de sim-

patía por Babilonia, a cuyo rey nos presenta como trabajando para Yahveh (1).

Tal simpatía ellos no la profesaban y menos aún cuando, apartándose de la política de tolerancia religiosa seguida por Nabucodonosor, el cuarto rey que le sucede en el breve espacio de seis años: Nabonido, inicia una política sectaria y sistemática de centralización e imperialismo religiosos (2).

Tenían, en cambio, como Ezequiel, una fé ciega en la restauración de Juda, y esa nota, junto con los más furiosos pronósticos de caída para Babilonia, constituye todo el material de su actividad profética, desnuda de las altas preocupaciones éticas de los grandes videntes de los siglos anteriores.

Los nombres de los autores de esas invectivas no han llegado hasta nosotros. El anonimato es la característica de la profecía de la época que va desde la muerte, o silencio, de Ezequiel hasta la invasión persa. Pero algunas de esas producciones han llegado hasta nosotros incorporadas, como final, al libro de Amós, intercaladas en los treinta y nueve primeros capítulos del libro de Isaías, componiendo los capítulos L y LI del de Jeremías.

No por carecer de padre conocido y de una alta preocupación moral, dejan de tener esas producciones,

(1) Ezequiel XXIX - 17, 20.

(2) Nabucodonosor murió el año 561. Fué sucedido por su hijo Amel-Marduk que reina dos años y es despuerto por su cuñado Nugal-Sharezzer. Un hijo de éste: Labasi-Marduk sube al trono el año 556 y es asesinado nueve meses después. Nabonido (555-538) fué el último rey de Babilonia.

algunas veces, verdadera belleza y hasta grandeza literaria.

Los dos capítulos, antes indicados, del libro de Jeremías, carecen de unidad y son antes una colección de oráculos que una producción seguida de un solo autor. Pero las profecías anónimas, de esta época, incorporadas al libro de Isaías, contienen algunos trechos que son páginas escogidas de la literatura universal.

Uno de ellos es aquella profecía conminatoria sobre la próxima caída de Babilonia en la cual se presiente ya el paso rápido de los medas que se aproximan para destruirla y termina con un cántico de triunfo sobre la caída del tirano.

“¿Cómo ha cesado el opresor? ¡El exactor de oro ha cesado! Yahveh he hecho pedazos la vara de los iníquos, el cetro de los que tenían el dominio, el que hería los pueblos con saña, con golpe incesante y hollaba las naciones en ira, con persecución desenfrenada.

“¡Ya descansa y está en quietud toda la tierra; los mortales prorrumpen en cánticos! Aún los cipreses se regocijan a causa de tí, los mismos cedros del Líbano. ¡desde que tú yaciste, ningún cortador sube ya contra nosotros!

“El infierno, allá abajo, se conmueve por tu causa, para recibirte cuando llegues. Despierta por tí a los espectros gigantescos: todo los grandes de la tierra. Hace que se levanten de sus tronos todos los reyes de las naciones.

“Todos ellos responderán para decirte: ¿tú tam-

bién has venido a ser débil como nosotros? ¿tú has sido hecho semejante a nosotros? ¡Ha descendido al infierno tu orgullo, el estruendo de tus salterios! Debajo de tí se mueve el gusano y tus colchas son las lombrices.

“¡Cómo caiste de los cielos, oh Lucero, hijo de la aurora! ¡Has sido cortado por tierra, tú que abatiste a las naciones, tú que dijiste en tu corazón: al cielo subiré, sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono, me sentaré en el monte de la reunión, en los lados del norte, me remontaré sobre las alturas de las nubes, seré semejante al Altísimo!

“Seguramente que hasta el infierno serás abatido. Al borde de la sepultura, los que te vieren clavarán en tí su vista para cerciorarse. ¿Es éste el varón que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos, que convirtió el mundo en un desierto y destruyó sus ciudades, que a sus prisioneros nunca los libertaba?

“Todos los reyes de las naciones, todos, yacen con gloria cada cual en su propia casa ¡más tú arrojado estás fuera de tu sepulcro, como un retoño despreciado! Aún cuando cubierto de muertos traspasados a espada, que descenden los escalones de la sepultura, tú, como un cadáver pisoteado, no serás unido con ellos en sepultura, porque has destruído tu tierra, has hecho perecer a tu pueblo”.

¿A quién se refiere esta profecía tan terrible? A falta de datos seguros, se la ha atribuído a todo el mundo: desde Lucifer, el angel rebelde precipitado en el abismo, de la leyenda judía ulterior, hasta Guillermo II, el último emperador de Alemania. Nada ten-

dría de extraño, sin embargo, que se refiera a Nabucodonosor y hubiese sido escrita, en los primeros años del cautiverio, por alguno de aquellos profetas a quienes Jeremías combatía.

De cualquier modo, por tremenda que sea, su crueldad resulta fría y pálida al lado del odio que se desborda en el cap. XXXIV del libro de Isaías, seguido luego por un cántico de esperanza digno de Ezequiel. Todo lo que la escatología judía ulterior imaginó, en su apocalíptica seguridad de una intervención catastrófica de Yahveh para salvar a su pueblo, hállase ya contenida en las siguientes estrofas rabiosas de un poeta anónimo:

“¡Acercáos, oh naciones, para oír y vosotros, pueblos, escuchad! ¡Oiga la tierra y cuanto está en ella, el mundo y cuanto éste produce!

“Porque Yahveh tiene indignación contra todas las naciones e ira ardiente contra toda la hueste de ellas. Las ha destinado a destrucción, las ha entregado a matanza”.

“Sus muertos serán desechados, el hedor de sus cadáveres subirá, se desleirán las montañas con su sangre, y se consumirá todo el ejército del cielo. Los cielos mismos se arrollarán como un pergamino, toda su hueste caerá como la hoja marchita de la vid, como la hoja mustia de la higuera.

“Porque mi espada está ebria en el cielo; sobre Edom descenderá, sobre el pueblo de mi maldición para hacer juicio. La espada de Yahveh está llena de sangre, está untada de sebo, de la sangre de corderos y de bodes, del sebo de riñones de carneros.

“Porque Yahveh tiene un sacrificio en Bozra y grande matanza en la tierra de Edom, y caerán con ellos los uros, becerros juntamente con toros, la tierra estará empapada de sangre y su polvo será fertilizado con sebo.

“Porque es el día de venganzas para Yahveh, el año de recompensas en el pleito de Sión. Sus ríos serán convertidos en pez, su polvo en azufre, su tierra vendrá a ser como pez ardiente. No se apagará de noche ni de día, para siempre subirá su humo.

“De generación en generación será un yermo, para siempre jamás no habrá quien pase por ella. Sólo la poseerá el pelícano y el erizo, el buho y el cuervo morarán allí, pues Yahveh estenderá sobre ella el cordel de la confusión y la plomada de la vaciedad.

“De sus nobles no habrá allí ninguno a quien se pueda llamar al reino y todos sus príncipes serán nada. Y en sus palacios crecerán espinos, ortigas y cardos en sus fortalezas, y vendrá a ser habitación de chacales, patio de avestruces.

“Las fieras del desierto se encontrarán allí con las bestias aulladoras y la cabra llamará a su compañero; también la zumaya reposará allí y hallará para sí descanso.

“Allí la culebra arrojadora tendrá su nido y pondrá sus huevos, los partirá y abrigará bajo su sombra. También allí se congregarán los milanos, cada uno con su compañera...

“¡Fortaleced las manos que están débiles y corroborad las rodillas que titubean! Decid a los que son de corazón tímido: ¡Sed fuertes! ¡No temáis! ¡He aquí a vuestro Dios!

“¡La venganza viene, la retribución de Dios! ¡Él mismo viene y os salvará!

“Entonces serán abiertos los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos serán destapados. Entonces el cojo saltará como ciervo y cantará la lengua del mudo.

“Porque revientan aguas en el desierto y arroyos en el yermo. El espejismo se convertirá en laguna y la tierra sedienta en manaderos de aguas. En la habitación de los chacales, adonde duermen, habrá criadero de cañas y de juncos.

“Y habrá allí una calzada y un camino, que será llamado Camino de Santidad. No lo transitará el inmundo, sinó aquellos con quienes Dios mismo estuviere.

“El que anduviere por este camino, por inhábil que sea, no se extraviará. Ningún león entrará allí, ni bestia feroz subirá por él, ni será hallada en él. Pero los redimidos irán por allí.

“Y los rescatados de Yahveh volverán y vendrán a Sión con canciones; regocijo perpétuo estará sobre sus cabezas. ¡Regocijo perpétuo y alegría alcanzarán y huirán el dolor y el gemido!”.

d) LOS PERSAS Y EL DEUTERO - ISAÍAS

MIENTRAS estas profecías eran escritas, Nabonido, el último rey de Babilonia, totalmente indiferente a ellas, ocupábase de arqueología.

A fé que tenía buenas razones para ello. A la fecha, la gran ciudad representaba una civilización cu-

yos albores se remontaban, cuando menos, a unos cinco mil años atrás. Nabonido, en sus horas de ensueño, podía pensar en algunos de sus antecesores, en Sargon I, el conquistador, y en Hammurabi, el legislador, como nosotros pensamos hoy en Alejandro el Grande y en Juliano el Apóstata, respectivamente. Si cualquier hidalgo cuyos antepasados se remontan a uno o dos siglos atrás hace mérito de ello ¿cómo Nabonido no se sentiría fascinado por un pasado junto al cual resultan ridículos los recuerdos que para nosotros evocan las más antiguas catedrales románicas de la vieja Europa?

Lo malo, para él, consistió en que sus aficiones arqueológicas influían en su política religiosa. Como esos clérigos ingleses de la llamada Alta Iglesia que, a la zaga de Pusey y del movimiento ritualista iniciado en Oxford, se han enamorado de la Edad Media y quieren hacer resurgir sus pomposas liturgias, Nabonido tenía preferencia por los dioses más arcaicos, que no eran precisamente los más populares.

Los sacerdotes de éstos no se mostraron dispuestos a tolerar tales fantasías y, para librarse del rey arqueólogo y de su religión arcaizante, hicieron un llamado a un poder que entonces surgía: el de los persas que, después de sacudir el yugo de los medas, empezaban, con Ciro, a querer imponerlo al mundo entero.

Al ocuparnos de los orígenes de la filosofía jonia, en el estudio que le dedicamos al dibujar *La Búsqueda Presocrática*, hemos visto cómo los persas, después de tomar Sardes, capital de Lidia, el año 545, establecieron su pesada hegemonía sobre las colonias grie-

gas del Asia Menor, determinando el éxodo de muchos de sus pobladores hacia Sicilia y la Gran Grecia.

Persas y griegos representaban un nuevo elemento étnico que pasaba a ejercer, sobre las ruínas de las culturas semitas, su imperio en la civilización del mundo. Era la raza aria que surgía para imponer, hasta hoy, su sello a la historia.

Después de derrotar a Creso, el último e infortunado rey de Lidia, Ciro, llamado por los sacerdotes babilonios, volvióse contra el aliado de aquél: Nabonido, el último monarca caldeo, ocupado en aquel momento con su política de centralización religiosa, tratando de constituir un panteón nacional en el cual los viejos dioses caldaicos ocuparan el primer puesto entre todos los dioses del imperio.

El único conato de oposición lo llevó a cabo, a orillas del Tigris, el príncipe Belshazzar, o Baltazar, mientras Nabonido, su padre, sólo trataba de salvar las imágenes de sus dioses, huyendo con ellas de Babilonia, cuyas puertas los sacerdotes abrían gustosamente al conquistador.

Baltazar fué fácil y rápidamente derrotado y así, después de seis reinados, se extinguió aquella dinastía caldaica, fundada por Nebopolasar, que, conquistando Nínive, aseguró por setenta años a la antigua Babilonia la hegemonía sobre el imperio asirio-caldeo.

Sin resistencia ni lucha, entró Ciro en la histórica ciudad el año 538 antes de Cristo, aclamado por los sacerdotes de Marduk como libertador de ese dios y de otros a quienes Nabonido había sacado de sus viejos templos; recibido por los desterrados judíos como campeón de la causa de Yahveh.

Por la presión que ejercieron y la emigración que determinaron en las colonias griegas de Jonia, los persas fueron una de las causas influyentes en el incremento que entonces tomó el orfismo en Sicilia y la Gran Grecia, así como en la constitución del pitagorismo como secta religiosa ⁽¹⁾. Por su conquista de Babilonia lo fueron igualmente en la transformación que el pueblo judío sufre por aquella época, de nación que era, “convirtiéndose en Iglesia”, según la gráfica expresión de Renán. Así, directa o indirectamente, los persas hállanse vinculados a todos los grandes movimientos espirituales de aquellos tiempos.

Ellos mismos representaban un grande e importantísimo movimiento espiritual que Zoroastro, o Zaratustra, había inaugurado unos noventa y dos años antes y propagado mediante un apostolado que se extiende del año 630 al 583. Contemporáneo de Jeremías y unos setenta años más joven que Isaías, Zoroastro tuvo, como éste, un vislumbre de la posibilidad de crear una religión que, al contrario del estrecho nacionalismo que caracterizaba hasta entonces las religiones existentes, tuviera, como luego tuvo el budismo, un carácter universal ⁽²⁾.

Las enseñanzas zoroástricas, recopiladas más tarde en el *Avesta*, predicán el culto y la lealtad hacia un principio cósmico lleno de bondad: *Ahura Mazda*, “Señor de la Sabiduría”, Ser Supremo, dador de la vida,

(1) *Misterios eleusinos y órficos*, letra c), pág. 53 y letra d), pág. 78.

(2) Es digna de ser consultada la obra del Profesor Williams Jackson: *Zoroaster, The Prophet of Ancient Iran*.

origen de la luz, padre de la verdad, cuya imagen puede ser el sol, cuyo símbolo es el fuego. Su contrario es *Angra Mainyu*, el Espíritu del Mal, simbolizado por la obscuridad, a quien *Ahura Mazda* combate desde la creación del mundo. Todos los adoradores de éste deben también combatirlo, tratando de limitar más y más el poder de las tinieblas, hasta que, al fin de los siglos, venga el gran cataclismo, el juicio definitivo de los malvados, seguido de la victoria decisiva del Dios Bueno sobre su antiguo enemigo: el Príncipe del Mal.

Que sepamos, Ciro no hizo nada por propagar y menos por imponer su religión, presentándose en Babilonia más bien como un protector tolerante de todas las religiones allí existentes, sin grandes escrúpulos de ofrecer sacrificios a cualquier dios, con tal de congraciarse con los respectivos adoradores. Sin embargo, la influencia que el zoroastrismo tuvo sobre el judaísmo y, por medio de éste, sobre el cristianismo, basta la somera y anterior exposición de los principios de aquél para dejarla indicada.

No es seguramente por un accidente fortuito que el evangelista Mateo introduce, en su relato del nacimiento de Jesucristo, el episodio de la visita que hacen a Betlehem los *magos* de oriente, vale decir: los sacerdotes del zoroastrismo. Entre éste y el ambiente espiritual en cuyo seno se formó el cristianismo había, desde la conquista de Babilonia por Ciro, estrechas afinidades.

Zaratustra que, según el *Avesta*, nació de una virgen, promete, antes del juicio final, el advenimiento de dos salvadores que, como él, nacerán de sendas don-

cellas. 'Ambas ideas: la de un juicio y la de un salvador nacido de una virgen, pasaron al judaísmo, despertando nuevo interés por lo que los viejos profetas habían dicho del "Día de Yahveh", o sirviendo para dar interpretaciones actuales a textos que Isaías había escrito con relación a hechos de su tiempo (1).

Hasta entonces, el problema de la inmortalidad, que por esa época tanto empieza a preocupar a la mentalidad helénica, no había dado mucho que hacer a la judía. El zoroastrismo trae, al parecer, ideas más definidas acerca de ella, el dogma de la resurrección de la carne, que pasó al cristianismo y tiene su lugar en los credos cristianos. Si los judíos creían hasta entonces que sus muertos iban todos indistintamente al *Cheol* — como, antes de los cultos eleusinos, lo creían también los griegos respecto de sus Campos Eliseos — los persas les traen la idea de las recompensas futuras: su concepto del *paridaeza* que, pasando al griego, dió origen a nuestro vocablo *paraíso*.

Igual que el primitivo judaísmo, el zoroastrismo partía de una base animista, sin rechazarla nunca completamente. Como los grandes profetas del siglo VIII exaltaban, en Yahveh, a un principio universal de justicia y bondad, sin negar la existencia de otros dioses — que el mismo decálogo mosaico no niega, antes ratifica (2) — así Zoroastro exalta al dios *Ahura Mazda*, por la misma razón y en la misma forma, dándole el primer puesto entre los séres divinos, sin negar a éstos.

(1) Ver *De Amós a Isaías*, letra d), pág. 81.

(2) "Yo soy Yahveh tu dios... no tendrás otros dioses delante de mí". *Éxodo XX*, 2 y 3.

Como el judaísmo, el zoroastrismo es una religión dominada por una intensa preocupación moral. “*Pensamientos puros, palabras puras, acciones puras*” es una fórmula sacramental del *Avesta*, y otra, que implica un doble precepto ritual y moral es “*conserva el fuego encendido*”. Nada tiene entonces de extraño que, como lo indica la historia, judíos y persas se hayan sentido mutuamente atraídos; que el judaísmo haya sido compenetrado por el zoroastrismo; ni tampoco que, de todas las religiones mencionadas en la Biblia, sean esas dos las únicas que han sobrevivido y tienen representantes en el mundo moderno (1).

Los descendientes espirituales de Moisés, a quien, según la tradición, Yahveh se había revelado como una llama que ardía sin consumirse (2), tenían que sentirse atraídos por una religión que consideraba al fuego como el símbolo más expresivo de la Divinidad. La influencia persa que, posiblemente, no dejó de ejercer una acción profunda sobre Heráclito, tenía también que compenetrar el pensamiento judío. “Yahveh, tu dios, es un fuego devorador”, dice precisamente una sentencia incorporada a uno de los cuatro primeros capítulos que, durante el cautiverio, fueron agregados al Deuteronomio (3).

La mayor diferencia entre ambas religiones consistía en que, mientras el judaísmo, celoso de su dios nacional, aborrecía y desdeñaba a los demás, sin ocupar-

(1) Hay en la India, especialmente en la presidencia de Bombay, unos 100.000 seguidores de Zoroastro: los *parsis*.

(2) *Éxodo* III, 2.

(3) *Deuteronomio* IV, 24.

se de ellos más que para vituperarlos, el zoroastrismo, que brota en el seno de la raza aria y, por ende, en el seno de conceptos religiosos diferentes de los semitas, intenta una jerarquización de los viejos númenes del animismo, del cual paulatinamente se destacó.

De *Ahura Mazda*, el Ser Supremo, hasta el hombre, la mitología persa, igual que la griega, concibe la existencia de un cortejo de espíritus buenos que, escalonadamente, sirven de intermediarios entre el hombre y la Divinidad ⁽¹⁾. Empieza la serie con *Spenta Mainyu*, el Espíritu Santo, que siempre aparece asociado con *Ahura Mazda*, pero al cual, sin embargo, el *Avesta* representa como algo distinto del Ser Supremo. Sigue, luego, con los *Amesha Spentas*, los “Bondadosos Inmortales”, que son, como las *ideas* platónicas, atributos de la Divinidad y, con todo, distintos de ella. Termina, por fin, con los *yazatas* y los *fravarshis*, que son, respectivamente, como los *arcángeles* y los *ángeles* de la complicada angelología judaica que se formó luego, gracias precisamente al contacto con el zoroastrismo.

Hasta el destierro, cuando los viejos cronistas, incorporados en el Pentateuco, nos hablan de algo que los traductores modernos hacen aparecer como visiones de ángeles, la palabra que en realidad los cronistas usan en sus narrativas es la misma con la cual uno de ellos designa a la Divinidad Suprema. Nos hablan de *elohim*, dioses o antes númenes. Así, en la vi-

(1) Verse *Dioses, mitos y cultos helénicos*, letra d), pág. 60.

sión de Jacob en Betel ⁽¹⁾, los *elohim*, son los que suben y bajan por la escalera que va hasta el cielo y en el alto de la cual está Yahveh. El relato representa la mentalidad más primitiva, correspondiente al período de la vida nómada, con su animismo, del cual, poco a poco, se destaca Yahveh como dios tribal.

En otros casos, empero, como los de las apariciones a Agar en el desierto, a Abraham bajo el encinar de Mamré, a Moisés en la zarza ardiente ⁽²⁾, hay una confusión introducida por un retoque hecho en el viejo relato por una mano bastante inhábil. Por las palabras que Agar dirige a la aparición o por el diálogo que se entabla entre ésta y Abraham o Moisés, es harto claro que, en la narración primitiva, es Yahveh mismo quien se presenta a los tres. Pero las ideas que el recopilador tenía acerca de Dios le imponen que en, lugar de éste, sea un enviado suyo: *Malakh Yahveh*, quien se haya presentado a esas tres legendarias figuras. Así, bajo la forma actual, los tres relatos nos dejan en la duda de si el antiguo númen, convertido en dios tribal, en dios de Israel, se ha manifestado personalmente o si ha enviado, en su lugar, a alguno de sus *mensajeros*: *malakim*, como dice el texto hebreo.

Esta palabra: *malakim*, es la que será sistemáticamente empleada en los relatos escritos después del cautiverio y, en la medida que fué posible hacerlo, en aquellos que fueron retocados durante él. Es, empero,

(1) Génesis, cap. XXVIII, compárese también con Génesis XXII, 1.

(2) Génesis XVI, 7, 13; Génesis XVIII y Éxodo III, respectivamente.

un concepto que no es originalmente judío; que los judíos tomaron de los persas y luego, por medio de la Biblia, pasó a los pueblos cristianos. La palabra griega *ággelos*, de la cual salió nuestro vocablo *ángel*, traduce correctamente la idea que el término *malakh* expresa en hebreo.

Cuando ya no pudo seguir dándose a las prácticas sincretistas, a las cuales tan aficionado había sido antes del cautiverio, el viejo atavismo politeísta de los hebreos — que, en el fondo, es un instinto eminentemente humano y universal — halla consuelo y derivativo en la creencia en esas cohortes angélicas, compuestas de millones de espíritus. Algunos de ellos, según fantasías consignadas después en libros canónicos o apócrifos, no habían de poner dificultad en revelar hasta su mismo nombre a los mortales con quienes entran en contacto. Miguel y Gabriel se llaman dos de los principales, aludidos por escritos admitidos en el canón. Rafael, Fanuel, Uriel, 'Ariel, Raguel, Sariel y Remiel son otros, de quienes nos hablan libros que se han quedado al margen del canón judaico de la Biblia.

Nada de ésto, sin embargo, representa la modificación más profunda que el contacto con los persas introdujo en el pensamiento judío. Esta, que va al fondo mismo de dicho pensamiento, sólo se percibe al comparar lo que nos dice el cap. XXIV del Segundo Libro de Samuel con lo que nos narra el cap. XXI del Primer Libro de Crónicas, acerca de las razones que tuvo David para ordenar un censo. El primer relato, que es anterior al destierro, atribuye la inspiración

de esa medida a Yahveh, enojado con su pueblo. El segundo, que es posterior al cautiverio, la atribuye a Satanás: nombre que no figura en cualquiera de los escritos primitivos y que aparece por primera vez en Zacarías y en el libro de Job y luego en este libro de Crónicas, que es mucho más moderno que aquellos dos.

Después de su contacto con el zoroastrismo, el monoteísmo judío encierra en sí un verdadero dualismo y, desde entonces, vé en el mundo la influencia opuesta de dos potencias rivales: Yahveh y Satanás, disputándose el gobierno de la tierra y de las almas. Satanás no es otra cosa sinó el *Angra Mainyu*, del Avesta, que, igual que *Ahura Mazda*, tiene también su séquito de *devas*, o espíritus que le sirven en su obra funesta.

También esta jerarquía de demonios, con Belzebut a la cabeza, había de pasar al judaísmo, y a ella encontramos numerosas referencias en los Evangelios y, sobre todo, en los escritos de San Pablo, que algunas veces parece obsesionado por el temor a la acción de esos espíritus malignos ⁽¹⁾. Dicha jerarquía, sin embargo, ni en el zoroastrismo ni en el judaísmo, está tan perfectamente determinada como la de los espíritus celestiales, con sus *ángeles*, *arcángeles*, *serafines* y *querubines*, a los cuales se habían de agregar luego los *tronos*, *dominios*, *principados* y *poderes* de los cuales también habla San Pablo ⁽²⁾ y que, de él, pasaron a la teología católica que, con Dionisio el Areopagita, los sistematiza.

Además de las razones profundas provenientes de

(1) Efesios VI, 12; I Corintios X, 19, 22.

(2) Colonsenses I, 16.

una afinidad íntima existente entre las dos religiones, a causa de su orientación ética, hubo también otras causas, de orden político, que hicieron inevitable esta influencia dominadora que el zoroastrismo ejerció sobre el judaísmo.

Ciro, que había sido recibido por los judíos como un libertador, supo hacer honor a las esperanzas depositadas en él. Uno de sus primeros actos de gobierno fué dar un edicto autorizando a los hebreos a volver a Jerusalén y a reconstruir su Templo; devolviendo a éste los vasos sagrados que Nabucodonosor había sacado de allí y nombrando gobernador de la colonia, que así se restauraba, a Zorobabel, nieto del rey Jecónías, nacido en Babilonia y a quien la Biblia, sin duda por esta circunstancia, también designa algunas veces con el nombre caldeo de Sesbasar ⁽¹⁾.

La importancia extraordinaria de estos hechos fué comprendida en todo su valor por un profeta anónimo cuyos oráculos, de insuperado vigor y belleza, fueron más tarde incorporados a los escritos de Isaías y que, por esta razón, es conocido por la crítica moderna con el nombre de Segundo Isaías o Deutero-Isaías.

La parte que corresponde a este gran desconocido está comprendida del cap. XL al LV de los escritos antes mencionados y empieza con un cántico de júbilo y de esperanza:

“¡Consolad, consolad a mi pueblo! dice vuestro

(1) Esdras, I, 11; II, 2; II, 8, y V, 14. Debemos agregar que algunos críticos consideran a Sesbasar y a Zorobabel como personajes distintos.

Dios. ¡Hablad cariñosamente a Jerusalén y decidle a voces que se ha terminado su lucha, que ha sido perdonada su iniquidad! ¡Ya ha recibido de Yahveh el doble por todos sus pecados!

“¡Voz del que clama en el desierto: preparad el camino de Yahveh, nivelad en el yermo calzada para nuestro Dios! Todo valle será elevado, y todo monte y cerro abatido, y lo torcido será enderezado, y lo áspero allanado, y será manifestada la gloria de Yahveh, y lo verá toda carne juntamente ¡porque la boca de Yahveh lo ha dicho!

“Una voz dice ¡Clama! Y otra voz le contesta ¿Qué he de clamar? Que toda carne es yerba y toda su hermosura como la flor del campo. Sécase la yerba, se marchita la flor, porque el resuello de Yahveh sopla sobre ella. Verdaderamente los pueblos son como la yerba. ¡Sécase la yerba, se marchita la flor, mas la palabra de nuestro Dios permanece para siempre!

“¡Súbete sobre un monte alto, oh Sión, anunciadora de buenas nuevas! ¡Levanta con fuerza tu voz, oh Jerusalén, anunciadora de buenas nuevas! ¡Levántala, no temas! ¡Dí a las ciudades de Judá: he ahí a vuestro Dios!

“¡He aquí que Yahveh, el Señor, viene con poder y su mismo brazo dominará para sí! ¡He aquí que su premio está con él y su recompensa delante de su faz! Como pastor apacentará su grey, en su brazo recogerá los corderitos y sobre su seno los llevará, conducirá suavemente a las recién paridas”.

Así sigue, durante páginas llenas de suprema belleza, este verdadero cántico triunfal, esta explosión de

alegría. Toda persona que pretenda conocer lo mejor que la literatura universal ha producido tiene que leer esas páginas que, por su extensión, no nos es posible citar aquí integralmente.

En una serie de oráculos que, por lo menos hasta el cap. XLVIII, siguen un encadenamiento histórico, el gran profeta anónimo nos traza el cuadro de los últimos días del imperio babilónico, anuncia la aproximación del libertador, nos revela quién es: Ciro el Mesías, Ciro el Ungido de Dios, describe la huída de Nabonido, la entrada del ejército vencedor y termina con un llamado a los cautivos y desterrados para que acepten la libertad que les es ofrecida y regresen a su patria. Después, hasta el final del cap. LV, nos describe la alegría de Jerusalén recobrando a sus hijos.

La causa del tono triunfalmente jubiloso que prima en estas profecías, principalmente en las cánticos iniciales, es algo que estaba implícito ya en todos los profetas anteriores, desde Amós, pero que el espíritu humano, siempre reacio a sacar las consecuencias extremas de ciertos principios que muellemente acepta, nunca había concluído de anunciar en toda su pureza y plenitud.

Yahveh había empezado por ser un dios tribal, uno de los tantos númenes de la mitología semita con quienes una tribu o grupo de tribus establecían un pacto de mútua conveniencia: protección a cambio de un culto, un culto a cambio de protección ⁽¹⁾. Luego pasó a ser, en la mente de sus adoradores, el mayor de to-

(1) *Orígenes del Profetismo Hebreo*, letra b), pág. 32 y 33.

dos los dioses, el único digno de tenerse en cuenta. Ahora el Deutero-Isaías acaba de dar el último paso y de descubrir la verdad suprema: “Así dice Yahveh, el rey de Israel y su redentor, Yahveh de los Ejércitos: Yo soy el primero y yo el último, y fuera de mí no hay otro Dios”.

Es el principio que después del cautiverio se incorpora al Deuteronomio en el último de los cuatro primeros capítulos que entonces se le agregan: “Yahveh solo es Dios, ningún otro hay fuera de él”. En cuanto a los dioses de los gentiles no son sinó figuras, ídolos, cosas hechas por la mano del hombre y adoradas por su estupidez.

Esta última nota es repetida a cada momento por el Deutero-Isaías, escarneciendo, o lamentando, aquellos que veneran y besan la obra de sus propias manos, que hacen un dios de la madera que les ha sobrado después que han cocinado y calentado su habitación. El espectáculo ridículo que ofreció Nabonido, al huir de Babilonia, tratando de salvar a sus ídolos predilectos, no ha podido borrarse del espíritu del profeta. Su pluma iconoclasta se complace en describir, con sarcasmo contenido, esa escena inolvidable de los dioses que “van en cautiverio”, cargados sobre pobres bestias cansadas que, al alejarse de la vieja capital con “esas cosas” sobre sus lomos, se llevan todo lo que quedaba de una religión inmemorial.

El profeta no halla, en cambio, palabras suficientes para describirnos a “aquél que está sentado sobre el círculo de la tierra” y para quien “los habitantes de ella son como las langostas”. Creador y soberano

de la naturaleza y fuerza suprema de la historia, él es aquel “que extiende como cendal los cielos y los despliega como pabellón que se tiende para habitación” y, así mismo, “el que reduce los príncipes a la nada y a los jueces de la tierra los ha hecho como la vacuidad”.

Algunos de los conceptos de mayor grandeza del libro de Job, y algunas de las notas más solemnes del Salterio, son heridos, por primera vez por el Deutero-Isaías. Yahveh es “el creador de los cielos y de la tierra”, es este el título que el profeta se complace en repetir. Pero, ante todo, es el Dios de Israel que dirige la marcha de los pueblos en forma tal que la nación hebrea cumpla plenamente la misión que él le ha confiado.

Cuando ella se muestra infiel, la castiga; la exalta cuando se arrepiente, pero, en cualquier caso; cómo ama Dios a ese pueblo en el cual ha puesto lo mejor de sus esperanzas! Hiriendo una nota profundamente hebrea y a la cual el cristianismo había de dar su pleno significado, el Deutero-Isaías no teme decir que las trasgresiones de sus compatriotas han hecho sufrir al mismo Dios. “Tú me has *esclavizado* con tus pecados y me has cansado con tus iniquidades”, dice el profeta, hablando en nombre de Yahveh. Este no es el dios aristotélico, prohijado por la escolástica medioeval, gozando de imperturbada e imperturbable felicidad en el más alto cielo, indiferente a los dolores y a los pecados humanos. Es, antes, algo semejante al dios de Platón que sufre pasión eterna en el devenir de las cosas, saliendo de su unidad absoluta para manifestarse en la multiplicidad.

Precisamente por esta época la filosofía griega daba sus primeros pasos, en Jonia, bosquejando un concepto immanentista de la Divinidad que, a la larga, podía muy bien aunarse con éste que el profeta enunciaba. Pero al Deutero-Isaías, buen hebreo, no había llegado a él, como los griegos, por el camino de la especulación intelectual sinó por el de la experiencia religiosa. De consiguiente su Dios es personal. No es una fuerza inteligente envuelta en el flujo universal, tratando de determinar sus transformaciones. *Es una persona*: una voluntad amorosa, que quiere, lucha y sufre, pero que no siempre puede realizar todo lo que desea. No es omnipotente: el hombre pone trabas a su poder.

Sin embargo, no hay nada que ese Dios no se halle dispuesto a hacer a favor de esa nación que, con sus rebeldías, *le ha esclavizado*. Le llama “mi pueblo, mi escogido, este pueblo que he formado para mí mismo, para que sus hijos cuenten mis alabanzas” y, en el cap. XLIX el profeta hace sonar una nota única en la Biblia y poco frecuente en todas las religiones. Como en el shintoísmo que atribuye el sexo femenino a la divinidad suprema: Ama-terasu; como en el indio moderno con su culto en la Divina Madre del Universo, predicado por Ramakrishna, el Deutero-Isaías compara el amor de Yahveh por su pueblo con el amor de una madre por su hijo:

“¡Cantad, oh cielos, y alégrate tierra, romped en alabanzas, oh montañas, porque Yahveh ha consolado a su pueblo y tendrá compasión de sus afligidos!

“Aún cuando Sion diga ¡me ha abandonado Yah-

veh y el Señor se ha olvidado de mí ¿se olvidará acaso la mujer del niño a quien amamanta, no tendrá compasión del hijo de sus entrañas?!

“Aún alguna le pudiera olvidar, pero yo no me olvidaré de tí, porque sobre las palmas de mis manos te traigo esculpida; tus muros, oh Sión, están perpetuamente delante de mí”.

Después de las pruebas tremendas por las cuales había pasado, el pueblo judío tenía que sentirse desalentado. El profeta trata de combatir todo temor y todo pesimismo invocando la Providencia Divina. Para que no teman la travesía del desierto, al volver a la tierra prometida, Dios les asegura que cuando “los pobres y los menesterosos buscan agua y no la hay, cuando la lengua se les seca de sed, yo, Yahveh, los escucharé, yo, el Dios de Israel no los abandonaré”. La naturaleza será transformada para que se cumplan los designios del Señor. “Abriré ríos en los cerros pedrados y fuentes en medio de los valles, convertiré el desierto en lagunas y la tierra seca en manaderos de aguas, plantaré en el desierto cedros y acacias, el arrayan y el oleastro, pondré en el yermo abetos y encinas juntamente con cipreses, a fin de que vean y sepan, y consideren y entiendan todos que la mano de Yahveh ha hecho esto y que el Santo de Israel lo ha creado”.

Por fin, si la fatiga inherente al largo viaje es lo que les arredra, recordando las penosas jornadas de antaño, no teman por eso los hijos de Israel. “El Dios eterno, Yahveh, creador de los confines de la tierra, no desfallece ni se cansa”. “Él da esfuerzo al desfallecido, a los que carecen de fuerzas les aumenta el

poder... los que esperan en Yahveh adquirirán nuevas fuerzas, se remontarán con alas, como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no desfallecerán''.

Si la naturaleza obedece a Yahveh, los imperios también se tambalean bajo la fuerza de su poder. Según el profeta, Ciro, el conquistador de Babilonia, no es un guerrero movido por la ambición para renovar las mismas brutales hazañas que, desde Sargón I y Amenotés, tantos otros conquistadores habían llevado a cabo. Es el *Mesías de Yahveh* — la palabra aparece por primera vez en la Biblia — es el *Cristo*, como dirá luego la versión griega de los setenta, traduciendo aquella palabra griega que significa “ungido”. Es aquél a quien Yahveh lleva “asido de su mano derecha, para sujetar delante de él naciones”. Es aquél de quien Yahveh dice: “pastor mío es, que cumplirá toda mi voluntad, diciendo a Jerusalén: serás reedificada y, al Templo, serán echados tus cimientos”. Es aquél a quien Yahveh promete: “Yo iré delante de tí y pondré lisos los lugares ásperos y haré pedazos las puertas de bronce y cortaré en dos las barras de hierro; yo te entregaré los tesoros de las tinieblas y las escondidas riquezas de lugares secretos, para que sepas que yo, Yahveh, el que te llama por tu nombre, soy el dios de Israel... yo soy Yahveh y no hay otro; fuera de mí no hay dios”.

Al lado de estos extraños oráculos, hay otros oráculos, más extraños todavía y, sobre todo, más misteriosos, que posiblemente no son de ese anónimo que escribió los capítulos XL a LV del libro de Isaías pero

que, de cualquier modo, están — puede decirse — incrustados en él.

Son cuatro pequeños poemas que corresponden, respectivamente a los cuatro primeros versículos del cap. XLII, a los seis primeros del XLIX, a los versículos 4 a 6 del cap. L y, por fin, el último, que es el más extenso, va desde el v. 13 del cap. LII al v. 12 del LIII.

1.º “He aquí a mi siervo, a quien yo sustento, mi escogido, en quien se complace mi alma. He puesto mi Espíritu sobre él y sacará justicia a las naciones. No voceará, ni alzará su voz, ni la hará oír por las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea. Por medio de la verdad sacará la justicia. No desfallecerá ni se desalentará hasta que establezca justicia en la tierra y las costas del mar esperarán su ley”.

2.º “Escuchadme, oh costas del mar, y atended, oh pueblos lejanos. Yahveh me ha llamado desde el vientre, desde las entrañas de mi madre ha hecho mención de mi nombre. Ha hecho mi boca como una espada aguda, en la sombra de su mano me ha encubierto. Me ha hecho como una saeta reluciente, dentro de su aljaba me ha escondido. Me ha dicho ¡tú eres mi siervo, oh Israel, en quien me glorificaré!

“Más yo dije: en balde me he fatigado, para nada y en vano he gastado mis fuerzas. Pero ciertamente mi causa está con Yahveh y mi obra con mi Dios, puesto que ahora Yahveh me dice que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que yo conduzca a Jacob nuevamente a él y para que Israel le sea restaurado.

“Porque soy honorable a los ojos de Yahveh y mi Dios es mi fuerza. Sí, él me ha dicho: es cosa muy liviana que seas tú mi siervo, a fin de que vuelvas a levantar las tribus de Jacob y hagas volver los preservados de Israel, pues yo te pondré por luz de las naciones, para que alcance mi salvación hasta los fines de la tierra”.

3.º “Yahveh, el Señor, me ha dado la lengua de los instruídos, para que sepa sustentar con palabras al cansado. ¡Despierta mañana tras mañana, despierta mi oído para oír, como los sabios! Yahveh, el Señor, abrió mi oído, y yo no fuí rebelde ni me retraje. Dí mi espalda a los que me herían y mis mejillas a los que me arrancaban las barbas. No escondí mi rostro de la afrenta ni del esputo”.

4.º “He aquí que mi siervo se portará sabiamente, será elevado, y puesto en alto, y muy ensalzado. De la manera que muchos quedaban asombrados de tí ¡tan desfigurado era su aspecto más que cualquier hombre y su forma más que los hijos de los hombres! así hará que se regocien muchas naciones. Delante de él, reyes cerrarán la boca: porque verán lo que nunca les había sido contado y lo que nunca habían oído entenderán.

“¿Quién ha creído nuestro mensaje y a quién ha sido revelado el brazo de Yahveh? Pues creció delante de él como una planta tierna y como una raíz de tierra seca. No tiene forma ni hermosura, para que le miremos, ni tiene parecer para que le deseemos. ¡Despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y que sabe de padecimientos! Como quien esconde de

nosotros el rostro, despreciado fué y no hicimos aprecio de él.

“Ciertamente él ha llevado nuestros padecimientos y con nuestros dolores él se cargó; mas nosotros le reputamos como herido, castigado de Dios y afligido. Pero fué traspasado por nuestras trasgresiones, quebrantado fué por nuestras iniquidades, el castigo de nuestra paz cayó sobre él y por sus llagas nosotros sanamos.

“Nosotros todos, como ovejas, nos hemos descarriado, nos hemos apartado cada cual por su camino y Yahveh cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Fué oprimido, pero él mismo se humilló y no abre su boca. Como cordero, es conducido al matadero, y como es muda la oveja delante de los que la esquilan así él no abre su boca.

“Por medio de la opresión y del juicio fué quitado. En cuanto a su generación ¿quién pensaba que fué cortado de la tierra de los vivientes, por la trasgresión de mi pueblo, hecho maldición por ellos? Y dispúsose con los inícuos su sepultura, más con los ricos fué en su muerte, pues no había hecho violencia ni hubo engaño en su boca.

“Esto no obstante, Yahveh quiso quebrantarle, le ha afligido. Pero cuando diere su vida en expiación por el pecado, verá línea, prolongará los días, y la voluntad de Yahveh será en su mano prosperada. Verá el trabajo de su vida y quedará satisfecho.

“Con su ciencia mi justo siervo justificará a muchos, pues que él mismo cargará con sus iniquidades. Por ello yo le daré porción con los grandes y con los

poderosos repartirá despojos, por cuanto derramó su vida hasta la muerte y con los trasgresores fué contado, habiendo llevado el pecado de muchos y porque por los trasgresores intercedió”.

Suponiendo que estas cuatro partes constituyan una sola composición, el poema que ellas forman concluye como empieza: es Yahveh quien habla, después que en la segunda y tercera parte el siervo tomó la palabra y, en la cuarta, el poeta, hablando en nombre del pueblo, ha reconocido la gran culpa colectiva en la muerte del enigmático personaje al cual toda la composición se refiere. Éste, empero ¿quién puede ser?

En los escritos del Deutero-Isaías el título de Siervo de Yahveh es dado a dos personas: a Ciro y, colectivamente, al pueblo de Israel. En la segunda parte de este poema también se dice: “tú eres mi siervo, oh Israel, en quien me glorificaré”. Sin embargo, por todo el contexto se vé que esta invocación: “*Oh Israel*”, debe de haber sido intercalada después; la figura que se dibuja en el poema es perfectamente individual y mal puede ser un pueblo entero cuando ese mismo pueblo declara que ese siervo del Señor fué sacrificado a causa de las culpas colectivas.

En cuanto a la hipótesis de que pueda referirse al soberano persa, tenemos que rechazarla por más absurda todavía. El poema describe una figura diametralmente opuesta a la de un conquistador: la de un mártir, la de un apóstol cuya vocación le lleva al sufrimiento, al sacrificio, a la muerte misma.

Recordando la figura doliente y la historia trágica

ca de Jeremías, nada tiene de inadmisibile la hipótesis de que el poema se pueda referir a él ⁽¹⁾. Puede referirse quizás a ese mismo anónimo a quien llamamos Deutero-Isaías y cuya vida nos es totalmente desconocida. Puede referirse, por fin, al gobernador Zorobabel nombrado por Ciro y comisionado por el monarca para reconstruir el Templo de Jerusalén.

Dos profetas, de quien nos ocuparemos en seguida: Aggéo y Zacarías, parecen haber contribuído mucho para enaltecer la figura de aquel príncipe, nieto de reyes, hasta el punto de presentarle como un posible restaurador de Judá. Por otra parte, inaugurado el Templo en el año 515, Zorobabel desaparece misteriosamente del escenario histórico en una forma que da lugar a la sospecha de una muerte violenta. El pueblo judío que, por aquella época, empieza a estar dominado por la idea mesiánica, hasta el punto de haber visto en Ciro al *Mesías* prometido, puede muy bien haber atribuído a Zorobabel el carácter de “Ungido del Señor”. Y, si así fué ¿quién sabe las consecuencias que esto tuvo para el infortunado descendiente de los antiguos monarcas de Judá?

De cualquier modo, a quien quiera que se refiera, el retrato del Siervo de Yahveh, dibujado por mano anónima en páginas igualmente anónimas, perfila por primera vez en la historia un tipo de hombre y un género de acción que había de tener, tiene y, estamos convencidos, tendrá cada vez mayor influencia en los destinos del género humano.

(1) Ver *De Amós a Jeremías*, letra f.

Al revés de los Nabucodonosores, Ciro, Alejandro y congéneres, señores de la espada que se imponen por la audacia y la violencia, que se enaltecen sobre montañas de cadáveres y ruínas de imperios, el Siervo de Dios es el apóstol inerme que levanta un edificio espiritual imperecedero a base de su sacrificio personal, exclusivo, sellando su obra con su sangre... no con la de los demás.

En la lucha multiseccular trabada entre la cultura inerme y la barbarie armada, aquella ha encontrado su tipo más altamente representativo en la figura misteriosa dibujada en las páginas del Deutero-Isaías. El pueblo de Israel, que fué el primero en hacer de la creencia en la unidad divina una fé nacional, el primero en tener fé y esperanza en el advenimiento de un mundo mejor: de paz y fraternidad ⁽¹⁾, fué también el primero en vislumbrar la posibilidad de una acción, fundada en la abnegación y en la mansedumbre, más eficaz y duradera que aquella que se funda en la ambición y el orgullo, en la violencia y el crimen.

Inspirándose en las páginas del viejo libro de Isaías, que contiene la flor del Antiguo Testamento, Jesús de Nazaret, la culminación de la misión histórica de Israel, había de hacer suyo ese ideal del siervo de Yahveh, encarnarlo en su persona, ejemplificarlo con su vida, enaltecerlo con su muerte.

La Cruz es su símbolo. Símbolo de paz y, al mismo tiempo, de un valor superior a todo otro valor; de un valor que vuelve mezquina toda la bravura que se

(1) *De Amós a Jeremías*, letra d), pág. 57 y 78.

despliega en las más intrépidas hazañas guerreras. Un valor que, fiel al deber, no se arredra ni delante de los más espantosos sacrificios. Un valor que es un ideal que el mundo todavía no ha comprendido. Un valor que el cristianismo oficializado niega, desconoce u olvida y que la civilización — si ha de salvarse — tendrá que aprender hoy en las páginas de León Tolstoy, en la vida de Mahatma Gandhi.

e) EL RETORNO DEL CAUTIVERIO

“**E**L regreso de Babilonia — dice Renán — fué la esperanza llevada hasta la locura y una vez más, aún, ocurrió que la locura fué buena consejera, a lo menos del punto de vista de los intereses generales del mundo. Se puede decir que aquella hora fué, en la historia del judaísmo, la hora solemne que decidiría su vida o su muerte. De no haberse dado este regreso a Jerusalén, Judá hubiera seguido la suerte de Israel. Se habría diluído en el oriente. Se habrían perdido los escritos hebreos. Nada sabríamos de esas historias extrañas que nos encantan y nos consuelan. La pequeña caravana que cruzaba el desierto llevaba con ella el futuro. Se estaba fundando definitivamente la religión de la humanidad” (1).

(1) *Histoire du Peuple d'Israel*, tomo III, pág. 523.

Al regresar del cautiverio, los judíos traían a la Palestina algo que no habían llevado a Babilonia, algo que las circunstancias mismas — ministros de Dios — les habían hecho hallar allí, sin que parezca haber mediado en ello ningún propósito, ninguna iniciativa humana.

No era el profetismo, que antes del cautiverio había producido ya sus figuras más excelsas: Amós y Oséas, Isaías y Jeremías. Con Ezequiel, que no hace sinó poner énfasis en la nota de la religión personal, herida antes por Jeremías, el profetismo más bien declina. Aún cuando sólo en el Deutero-Isaías suene por primera vez perfectamente pura la nota monoteísta, hallábase ya, como hemos dicho, implícita en los profetas anteriores al destierro.

No es el profetismo. Pero es algo que emana de él, que es su consecuencia lógica, que es la forma racional en la cual necesariamente tenía que cristalizarse aquella corriente, que es la expresión acabada del culto espiritual que los profetas habían predicado desde Amós; del *culto en espíritu*, del cual Jesús habla a la mujer samaritana.

Se trata de la *sinagoga*. Las circunstancias, repetimos, fueron las que hicieron que los judíos crearan esa forma, única entonces en el mundo, de un culto que, prescindiendo del sacrificio y, por ende, del sacerdote y de todo rito, consistía, y consiste, en la reunión de un grupo de personas, en la presencia de Dios, para leer las viejas escrituras sagradas, para comentarlas y cambiar impresiones acerca de ellas, para cantar algunos de los antiguos salmos que se habían com-

puesto antes del cautiverio, u otros que éste produjo, para orar.

Sin Templo y lejos de la patria, creyendo imposible ofrecer sacrificios a Yahveh en tierra extraña, los desterrados en Babilonia fueron tomando, poco a poco, la costumbre de reunirse, para leer sus antiguos escritos: legales o proféticos, las viejas crónicas de su historia, en esos días considerados nefastos por los babilonios y en los cuales éstos, desde fecha inmemorial, tenían la costumbre de cesar todo trabajo.

Fué así — ya lo hemos indicado — como el *sábado* se consagró para las cosas de Dios, para los intereses supremos de la vida interior, y fué así, también como se constituyó la *sinagoga*, palabra griega formada más tarde y que indica bien la índole de la cosa a la cual alude, pues significa *reunión, asamblea*.

Congregación esencialmente laica, presidida por laicos y en la cual cualquiera podía tomar las escrituras, leerlas y comentarlas ⁽¹⁾, la *sinagoga* representaba un nuevo tipo de religión en el cual la CONVICCIÓN NO LA TRADICCIÓN desempeñaba el papel principal.

Era algo absolutamente inédito en la vida religiosa del mundo. Algo que tenía que asombrar a los paganos y ganar para los hebreos la fama de *pueblo de filósofos* que los romanos les dieron. Algo que tenía que parecer la más pura expresión de la impiedad y del ateísmo a los que, estando acostumbrados a asociar la idea de religión con la de rito, veían con extra-

(1) Véase la escena narrada en el Evangelio de San Lucas, cap. IV v. 16 a 30.

ñeza a esos hombres que celebraban sus cultos sin templos, sin ídolos, sin sacerdotes ni sacrificios.

Era algo, sin embargo, qué llevaba invívito el porvenir, como Renán dice; el porvenir de la humanidad, incluyendo las corrientes más características de la edad moderna: *el laicismo*, cuya más alta expresión, en materia religiosa, se halla en el cristianismo primitivo.

El cristianismo, en efecto, no salió del Templo sino de su *antítesis*. Salió de la *sinagoga*, se formó en el ambiente de las *sinagogas*, propagóse en ellas y por medio de ellas — como lo puede constatar cualquier lector del Nuevo Testamento. Los primeros círculos cristianos, las primeras *Ekklesias*, eran *sinagogas* y llevaban un nombre que, aún cuando después se haya desfigurado, no significaba otra cosa sino reunión, asamblea, como *sinagoga* significa.

Fué necesaria su propagación en un ambiente saturado de ideas órficas, determinado religiosamente por la preponderancia de los Misterios, para que el cristianismo, transformando en un rito mágico la rememoración de la última cena de los discípulos con Jesús, retrocediera a la etapa obsoleta de una religión sacerdotal y teúrgica, restaurando en forma incruenta los viejos sacrificios del antiguo Templo, restableciendo la *teofagia*, las antiguas prácticas ancestrales de los ritos de comunión, con todas las bárbaras reminiscencias de canibalismo que ellas evocan.

Sin embargo, por su mismo origen circunstancial, y dada la lentitud del espíritu humano para sacar las conclusiones más claras que una premisa contiene, la *sinagoga* no se presentó como rival del Templo, nunca

lo fué mientras los hebreos habitaron en la Palestina, no lo es hoy mismo para aquellos judíos ortodoxos que reuniéndose todos los sábados en sus *beth-ha-kene-seth* ⁽¹⁾, sueñan aún con la restauración del Templo de Jerusalén.

La *sinagoga* fué creada, en el destierro, como sucedáneo del Templo, no como su rival. Aún cuando representaban, en religión, dos principios opuestos, no chocaron. A la vuelta a la Palestina, la misma concentración del culto sacerdotal en Jerusalén sirvió para que la *sinagoga* se difundiera en las provincias, pero, al último, la misma capital tuvo numerosas *sinagogas* en su seno, sin que el Templo ni sus sacerdotes parecieran resentirse por ello.

Ello no obstante, fué la *sinagoga*, y no el Templo, quien sirvió de instrumento para que el judaísmo, a base de La Ley, estudiada y comentada por los escribas que la *sinagoga* formó, tomara el carácter que revistió desde entonces y que el cristianismo heredó y conserva en sus formas más puras. Cada vez que, en el seno de éste, se ha producido algún movimiento de reacción contra el sacerdotalismo y el ritualismo paganos que el ambiente griego impuso a la Iglesia Cristiana, alguna corriente de regresión hacia la espiritualidad primitiva, ese movimiento y esa corriente han partido siempre de pequeños grupos congregados, como en las viejas *sinagogas*, para el estudio de las Escrituras y la práctica de la oración. Tales fueron, entre otros, esos "Pobres de Lión" que Pedro

(1) Es este el nombre hebreo de las sinagogas.

Valdo reunió en el siglo XIII, alrededor del estudio del Evangelio, para la práctica de las virtudes evangélicas; Francisco de Asís, con sus primeros compañeros, marchando a la zaga de aquél mientras no se lo estorbó Roma; los "Amigos de Dios" en Alemania, el siglo XIV; Gerardo Groote con sus "Hermanos de la Vida Común", de los cuales salió el Kempis; los "loldos" de Wicief, en Inglaterra.

Sin embargo, quien lea, con la Biblia en la mano, la historia oficial del regreso del cautiverio, contenida en los libros de Esdras y Nehemias, quien estudie los últimos profetas: Aggeo, Zacarías y Malaquías, puede muy bien no darse cuenta del papel extraordinario que la *sinagoga* representó en la vida religiosa del pueblo judío en aquella hora crítica. Aquella historia y aquellos profetas parecen dominados por una sola preocupación: el Templo, su reconstrucción y su culto.

Las dificultades que tuvieron que vencer los adalides del movimiento en pró del retorno pueden conjeturarse por aquellas que tienen que vencer hoy los jefes del movimiento sionista. Muchos de los emigrados y, sobre todo, sus hijos, nacidos en Babilonia, habían seguido, y hasta sobreseguido, los consejos de Jeremías, fijándose en la tierra del cautiverio con inquebrantable *animus manendi*. Habían edificado casas, plantado huertas, establecido negocios ¿cómo iban a abandonar todo eso para regresar a Sión?

La travesía del desierto era difícil: todo lo que el Deutero-Isaías dice acerca de las maravillas que hará Yahveh para facilitarla nos prueba cuan grande era el temor que ella inspiraba. Pero, por otra parte, a

medida que se magnificaba el concepto que Israel tenía, no ya de *su dios*, como en los tiempos antiguos, sino *de Dios* — del “Creador de los cielos y de la tierra” — tenía igualmente, y fatalmente, que plantearse la angustiada pregunta ¿qué le puede interesar a un Dios así, al Altísimo, que un puñado de hombres le levante un templo en tal o cual lugar o deje de levantárselo?

Siempre que nuevos y mayores conceptos de la grandeza y carácter divinos han sido alcanzados por la mente humana, se han producido crisis de esta índole, crisis religiosas, crisis de crecimiento. En la Edad Moderna, a medida que el telescopio alejaba para nosotros más y más las fronteras del universo ¿no hemos visto, desde Giordano Bruno a Rousseau, de éste a Herbert Spencer, resurgir una y otra vez esa misma actitud que, engrandeciendo a Dios, empequeñece al hombre hasta suponerlo indigno de que la Divinidad se ocupe de él?

Así, intereses materiales por una parte y, por otra, una actitud moral paralizante, dificultaban el regreso a Jerusalén. Sin embargo, gracias a los esfuerzos realizados por hombres como el Deutero-Isaías para contrarrestar esos dos factores negativos, el regreso se produjo.

No falta hoy quien pretenda negarlo; quien diga que la vida nacional fué reconstruída en Jerusalén, junto con el Templo, gracias a los elementos que habían quedado en Judea después de la invasión del año 585. Los desterrados, en aquella época, en tres remesas sucesivas, no pasaron de unos veinte mil y, en cam-

bio, todos los judíos que quedaron en las aldeas y en las ciudades de menor importancia eran suficientes — dicen los historiadores que así opinan — para rehacer la nación, una vez que el santuario, que le servía de núcleo central, hubiese sido reconstruído y algunos elementos de las clases gobernantes — las únicas que habían sido desterradas — volvieran de Babilonia y tomaran la dirección.

La verdad, sin embargo, está entre esta tésis extrema y la tradición, extrema también, consignada en la Biblia tal como ella llegó hasta nosotros, que nos dice, en el libro de Esdras, que el número de hebreos que regresaron de Babilonia a la Palestina ascendía a *cuarenta y dos mil trescientos sesenta*, más siete mil trescientos treinta y siete esclavos de aquéllos y doscientos cantores y cantoras que, no sabemos por qué, figuran a parte, como transición entre los siervos y los caballos, mulos, camellos y asnos que se enumeran después.

Estas cifras son repetidas en el cap. VII del libro de Nehemías y esta doble afirmación, reiterada luego en el tercer libro de Esdras (que figura en el canón católico de la Biblia, pero no en el protestante) parece dar un carácter de autenticidad inequívoca al número tres veces mencionado. Entrando, empero, a detallar, por familias, quienes regresaron, Esdras nos dá un total de 29.818 personas, Nehemias 31.089 y el Tercer Esdras 30.143. Esta divergencia basta para sacarnos toda confianza en la cifra total que todos ellos mencionan, así como su repetición indica un propósito sistemático en inculcarla como verdadera. Por otra

parte, como luego veremos, *Esdra*s es uno de los libros más sospechosos de la Biblia.

De cualquier manera, con un grande o un pequeño número de componentes, el regreso se produjo y la restauración del Templo fué un hecho. Iniciada el año 520 se concluyó el 515, vale decir a los veintidós de haberse dado el edicto de Ciro autorizando a los desterrados a volver a la patria.

Este largo lapso es ya, por sí solo, suficiente indicación de las enormes dificultades que los patriotas judíos tuvieron que vencer para lograr la realización de su más caro ideal. Viniendo de las vegas ubérrimas de la Caldea, regadas por caudalosos ríos, la tierra de la Palestina, ocupada sólo en parte por los restos de los antiguos señores de la Judea, no se les mostró tan hospitalaria como parecían indicar las viejas crónicas. “Sembráis mucho pero recogéis poco, coméis pero no os hartáis, bebéis pero no os saciáis, os arropáis pero no entráis en calor y el que gana salario lo guarda en saeo roto”, dice el profeta Aggeo describiendo aquellos días de desengaño y amargura. Los ricos, los Rothschild de aquel entonces, habían quedado en Babilonia ocupados con sus negocios y acompañando, sin duda, con sus votos — y posiblemente con algunos recursos — a los que habían partido. Los pobres eran, como hoy, los que intentaban la aventura sionista.

Al llegar a Jerusalén, los que retornaban se sintieron tan desalentados delante del triste espectáculo de sus ruínas, en las cuales algunos trataron de alojarse como pudieron, que dejaron trascurrir siete meses antes de limpiar los escombros del antiguo Templo, lo

suficiente para elevar allí un altar y reanudar los sacrificios.

Al sur de Jerusalén hubo que disputar el terreno a los edomitas, tradicionales y odiados enemigos a quienes Nabucodonosor había dado el Hebrón, Judá y todo el territorio que se extiende entre Jericó y Samaría. Luego, la revolución de Gaumata (el falso Smerdis) contra Cambises y su lucha con Darío, lanzando al imperio persa en la confusión, concluyó de desmoralizar a los inmigrados. La fuerza de éstos estaba en la autoridad central que les había mandado allí precisamente para asegurarse un grupo leal en medio de poblaciones hostiles. Faltando el apoyo de aquella autoridad ¿qué podían los judíos hacer?

Durante la sublevación del Seudo-Smerdis, los patriotas suspenden todo trabajo de restauración, para reanudarlo tan sólo cuando Darío venció al impostor que, valiéndose de un parecido extraordinario, pretendió hacerse pasar por el hijo mayor de Ciro, el hermano a quien el sanguinario Cambises había mandado asesinar. Pero, desaparecida aquella dificultad, sobrevino otra: la colaboración ofrecida por las poblaciones judías, o judaizantes, que los desterrados hallaron establecidas en el suelo judaico, al regresar a la Palestina, colaboración que ellos intransigentemente, creyeron deber rechazar.

Algunos de esos pobladores eran descendientes de aquellos desterrados a quienes Ninive, después de la caída de Israel, había instalado en Samaría, trayéndolos de lejanas tierras, según la política tradicional de aquellos bárbaros imperios. Su parcial conversión

al judaísmo está descripta en una interesante narración del cap. XVII del Segundo Libro de Reyes a la cual ya aludimos anteriormente ⁽¹⁾. Fué producida por el temor a la gran abundancia de leones que hallaron en aquellos parajes y que les hizo concebir la idea de ofrecer sacrificios a Yahveh el “dios del país”, sin dejar por eso de “servir a sus propios dioses conforme a la costumbre de las naciones de donde ellos habían sido trasportados”.

Los otros eran judíos de buena cepa, de los muchos que habían quedado después de la ruina política de Judá, pero se habían entremezclado con las razas extranjeras y chocaban, así, al espíritu castizo de los descendientes de la crema judía desterrada a Babilonia setenta años antes.

Unos y otros solicitaron cooperar en la reconstrucción y a todos les fué negado hacerlo. Zorobabel quería que el nuevo templo fuera levantado por manos puras y esas gentes que adoraban a Yahveh a la par de Adramelec y Anamelec, de Nergal, Asima, Nibcaz, Tartac y Succot-benot, no las tenían.

El resultado, como es de suponerse, fué la hostilidad violenta de los rechazados que denunciaron a los judíos como perturbadores de la paz del imperio. Darío, sin embargo, dió razón a éstos y el Templo, concluído cuatro años después, fué inaugurado con gran matanza de carneros y gran despliegue de ritos.

A este período que acabamos de reseñar pertenecen dos de los últimos profetas, a los cuales hemos aludi-

(1) *Orígenes del Profetismo Hebreo*, letra b), pág. 33.

do ya: Aggeo y Zacarías, que empiezan su ministerio en el segundo año del reinado de Darío, vale decir: el 520 antes de la era cristiana.

Los oráculos del primero son cuatro, dirigidos al gobernador Zorobabel, al gran sacerdote Josué hijo de Josadae y uno de ellos, el tercero, a los sacerdotes. Todos ellos se refieren al mismo asunto: la necesidad de reconstruir el Templo. Yahveh está enojado con su pueblo porque su Casa está aún desolada mientras los antiguos desterrados viven ya en las suyas y el profeta atribuye todas las calamidades, toda la carestía, a esta circunstancia y a aquella ira.

De las antiguas preocupaciones de orden moral de los profetas anteriores al cautiverio ya no queda nada. Aggeo sólo piensa en la parte material de la religión, y, como siempre ocurre, cuando una religión se confunde con los intereses de la casta sacerdotal, en intereses de orden político. “Yo voy a sacudir los cielos y la tierra y trastornaré el trono de los reinos — dice el profeta al gobernador, hablándole en nombre de Yahveh — y destruiré la potencia de los reinos y de las naciones. Volcaré los carros de guerra y los que van en ellos, y caerán los caballos y sus jinetes, cada cual bajo la espada de su hermano. Y en aquel día, dice Yahveh de los Ejércitos, tomaré a tí, oh Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío, dice Yahveh, y te pondré como un anillo de sellar, porque a tí te he escogido, dice Yahveh Sabaoth”.

El otro profeta: Zacarías, está dominado por las mismas preocupaciones sólo que las expresa en un lenguaje imaginativo, en visiones simbólicas, de un corte

perfectamente ezequielino y en medio de un aparato de ideas de origen perfectamente persa en las cuales los ángeles representan principal papel y en las que interviene Satanás representando el papel de fiscal acusador ante el tribunal de Yahveh.

Este, que hablaba antes a los profetas directamente, ya no se entiende con Zacarías sinó por medio de intermediarios angélicos, o, antes, las ideas que el profeta tenía acerca de Dios, entidad remota que sólo se comunica con los hombres mediante las jerarquías celestiales detalladas en el *Avesta*, le hacen revestir con el ropaje teológico de su tiempo las intuiciones que tiene acerca de la voluntad divina.

Estas intuiciones las tiene el profeta en visiones de carácter extático que luego nos describe, algunas veces en forma confusa, otras con un arte delicado, en cada uno de los ocho primeros capítulos del libro que lleva su nombre. La más hermosa y la más clara, al mismo tiempo, es sin duda aquella, del cap. I, en la cual Yahveh está entre los mirtos, en una hondonada, recibiendo los informes de los ángeles que recorren la tierra montados en caballos rojos, alazanes y blancos. A la pregunta de uno de ellos: “¡Oh Yahveh Sabaoth ¿hasta cuándo no te compadecerás de Jerusalén?!”, el Señor responde con palabras buenas, palabras consoladoras, asegurando que su Casa será aún edificada y sus ciudades rebosarán aún de prosperidad’.

Igual que 'Aggéo, Zacarías está sobre todo preocupado con este asunto. “Las manos de Zorobabel echaron los cimientos de esta Casa y sus manos la acabarán’”. Esto, sin embargo, enseña el profeta, será he-

cho: “no por esfuerzo ni con poder, sino por mi Espíritu, dice Yahveh de los Ejércitos”. No es obra de los hombres sino de la voluntad divina aquella en que el gobernador puesto por los persas, y el sumo sacerdote que lo acompaña, están empeñados en llevar a cabo en la Palestina.

Confiado en esa protección de Dios, Zacarías, igual que Aggéo, espera una restauración política. Yahveh va a traer a *un vástago* de David para que reine y “éste edificará el Templo de Yahveh y llevará sobre sí la gloria, se sentará y reinará sobre su trono”. Entregando al sumo sacerdote Josué dos coronas — una de plata y otra de oro, según parece — Zacarías comunicale aquel oráculo y le dice que dicho *vástago* será también “sacerdote sobre su trono y que el consejo de la paz estará entre los dos”.

La lectura de este oráculo, que se halla en el cap. VI, así como la de aquel otro, del cap. III, en el cual Josué aparece acusado por Satanás ante el trono de Yahveh y resulta absuelto, dan la impresión de que entre el sumo sacerdote y el gobernador, entre Josué y Zorobabel hubo divergencias que Zacarías trata de allanar. “Si anduvieres en mis caminos y guardares mis preceptos — dice el profeta al sacerdote, hablándole en nombre del Señor — entonces tú también gobernarás mi Casa y también serás guarda de mis atrios”. En otros términos: Zacarías propone un equilibrio de poderes entre lo que hoy llamaríamos la Iglesia y el Estado, entre el poder temporal y el espiritual, a base de la supremacía de Zorobabel que, siendo un descendiente de los antiguos reyes, encarna una suprema esperanza de independencia.

¿Lo aceptó Josué? Sólo sabemos que, inaugurado el Templo, Zorobabel desaparece misteriosamente y, en su lugar, jefe supremo en lo espiritual y en lo temporal — bajo la hegemonía persa y griega — queda el primer sacerdote que pronto se llamará Sumo Sacerdote y será considerado como la cabeza visible del pueblo judío (1).

Las palabras que Aggéo escribió acerca de Zorobabel y la insinuación que hace Zacarías de una coronación del gobernador por el sacerdote (2), eran suficientes, se había alguien interesado en explotarlas, para malquistar a Zorobabel con los persas. Parece que ese alguien no faltó y, dado el silencio de la historia subsiguiente, escrita por manos sacerdotales, tampoco parece muy difícil adivinar quien fué ese alguien, interesado en la pérdida de un hombre cuyo paso por el mundo, como antes dijimos, quizás haya dejado una estela luminosa en el poema del Siervo de Yahveh, incorporado entre los escritos del Deutero-Isaías.

Desaparecido Zorobabel, Josué ocupaba automáticamente el primer lugar. “La dignidad pontifical — dice Reuss — hallóse así constituida de hecho, como una consecuencia casi necesaria de la situación: y si, más tarde, este hecho fué erigido en teoría, y formó una parte capital de la legislación, eso debe sorprendernos tanto menos cuanto que la historia del papado cristiano nos ofrece un ejemplo absolutamente parecido. El obispo de una ciudad colocada en las condi-

(1) Véase el libro de *Los hechos de los Apóstoles*, cap. XXIII, 1, 5.

(2) VI, 9, 13.

ciones de Jerusalén y de Roma, y que no tiene a su lado un soberano laico, tiene probabilidades, siempre, de llegar él mismo a ser soberano'' (1).

No deja, sin embargo, de ser honroso para el profetismo de que, decadente como se hallaba, le tocara aún, a uno de sus últimos representantes, desempeñar el simpático papel que Zacarías parece tener en este drama; mejor dicho: en este episodio del drama milenario de la ambición clerical.

Cierto es que, al contrario de lo que ocurre con Aggéo, algunas de las antiguas notas del profetismo clásico vibran todavía en los escritos de Zacarías para probarnos que, aún cuando se hallara empeñado, como todos sus compatriotas en aquella época, en la restauración del Templo, ese asunto no agotaba para él los intereses supremos de la vida religiosa. "Estas son las cosas que habéis de hacer: hablad cada cual verdad con su prójimo, juzgad según la verdad y lo conducente a la paz dentro de vuestras puertas. No maquinéis el mal uno contra otro en vuestros corazones, ni améis el juramento falso. Porque todas estas cosas aborrezco, dice Yahveh".

Después de los ocho primeros capítulos, que corresponden realmente a este profeta, el libro de Zacarías sigue con una serie de oráculos que empiezan con las palabras: *Massa de bar Yahveh* — "la carga de la palabra de Yahveh". Dos de ellos fueron incorporados a dicho libro y habemos de analizarlos más tarde. El tercero figura en la Biblia como libro aparte bajo el tí-

(1) *Bible: l'histoire sainte et la Loi*, tomo I, pág. 229.

tulo de Malaquías, nombre sacado del primer versículo que dice “carga de la palabra de Yahveh para Israel por medio de mi mensajero”. Como estas dos palabras: “mi mensajero” o “mi ángel” — *malakhi* — pueden constituir un nombre propio, los recopiladores se lo atribuyen al autor desconocido de aquella profecía.

Este oráculo, así como otro grupo de profecías anónimas que fueron agregadas al hospitalario libro de Isaías, y que ocupan en él los últimos diez capítulos, son de los sesenta años oscuros y miserables que vivió Judá desde la desaparición de Zorobabel hasta la restauración emprendida en el año 446 por el noble Nehemías.

Críticos hay que pretenden colocar estos diez capítulos bajo el patrocinio de un solo autor al cual llamarían el Tercer-Isaías. Esta designación, sin embargo, no parece llamada a prosperar desde que, a los oráculos que componen este grupo, parece faltarles la unidad de estilo y de asunto necesarias para ser obra de una sola mano.

En cambio, sí parecen tener el tinte de una cierta unidad cronológica, refiriéndose a circunstancias comunes de una sola y misma época: la que antes indicamos. El pueblo judío está de nuevo en su patria y goza de una cierta independencia, por más que nunca se mencione la palabra *rey*; el Templo ha sido reconstruído y hállase funcionando normalmente; por fin, los autores de estos oráculos, igual que el presunto Malaquías, están preocupados precisamente con los mis-

mos problemas que llevarán a Nehemías y a Esdras a Jerusalén para intentar una reforma ⁽¹⁾.

Estas circunstancias bastarían para deslindar perfectamente esta colección de diez capítulos de la obra del Deutero-Isaías y, desde luego, de la del Isaías auténtico, el de la mitad del siglo VIII antes de Cristo. Pero no son únicamente las circunstancias exteriores; es el lenguaje mismo, la ideología, la que ha cambiado.

La nota nueva choca luego desde el cap. LVI en donde se da a la observancia del *sábado* una importancia que nunca antes tuvo y que sólo reviste igual valor en un trozo intercalado en el cap. XVII del libro de Jeremías pero que difícilmente puede ser suyo. En esta colección, del final de Isaías, el valor que se atribuye a dicha práctica es tal que si el extranjero la observa ya ninguna diferencia hay entre él y el hijo de Israel; si el eunuco la cumple, el Señor le dará en su Casa un recuerdo que valdrá más que hijos e hijas. El viejo día nefasto, de los babilonios, ha venido a ser un día destinado en Israel para que cada judío *goce* de su Dios, un día que debe ser consagrado a las cosas del espíritu, a la vida interior. “Si no pisoteares el *sábado*, si te apartares de hacer tu gusto en mi día santo y llames al *sábado* una delicia, día dedicado a Yahveh y digno de respeto, si le honreres no andan-do en tus propios caminos, ni hablando palabras inúti-les, entonces te deleitarás en Yahveh”.

Si todo el contenido de esta colección se mantuvie-

(1) Una antigua tradición rabínica atribuye a Esdras la paternidad de los oráculos llamados de Malaquías.

ra en este tono nada habría en ella que no la recomendará eficazmente a la consideración del espíritu moderno, tan extravertido, tan necesitado de separar un día en cada semana, una hora en cada día, para entrar en sí, para ocuparse de sí mismo, para hacer su examen de conciencia, para comulgar con Dios, gozándose con el sentido de su presencia en el alma.

El *sábado* así comprendido, espiritualmente comprendido, fué una de las grandes herencias que el judaísmo legó a la civilización occidental. Junto con el estudio de la Biblia, que en cierto modo es su contraparte y complemento, a ella deben los países anglosajones, especialmente, la riqueza de vida interior que se revela en su poesía, que un Browning, un Coleridge, un Longfellow, un Lowell, una Christina Rosetti, un Stevenson, un Tennyson, un Francis Thompson, un Wordsworth o un Whittier ejemplifican.

Pero, al lado de esta nota espiritual, y de otras que luego indicaremos, viene también aquella nota feroz, de odio, que ya hemos encontrado en otros anónimos del final del cautiverio. El cap. LXIII contiene una de las páginas más grandiosamente terribles de la Biblia, en una explosión de odio contra los vecinos inmediatos de Jerusalén, que entorpecían la obra de su restauración. El profeta los desea ver aplastados como uvas en un lagar y vé a Yahveh en funciones de viñatero cumpliendo esa obra sangrienta.

“¿Quién es éste que viene de Edón, con las ropas teñidas desde Bozra? ¿Quién es este, magnífico en su traje, caminando majestuosamente en la grandeza de su poder? Yo, que pronuncio justicia, poderoso para

salvar. ¿Por qué está rojo tu traje, y tus ropas, como las del que pisa el lagar? Pisado he yo el lagar y de las naciones no había ninguna de mi parte; yo pues las seguí pisando en mi ira y las he hollado en mi indignación, de modo que su sangre fué salpicada sobre mis ropas y tengo teñido todo mi traje. El día de venganza estaba en mi corazón y el año de mis redimidos había llegado. Miré en derredor y no hubo quien ayudase y quedé asombrado por no haber quien sostuviese. Por eso mi propio brazo me salvó y mi indignación misma me sostuvo. Por eso pisoteaba los pueblos en mi ira, embriaguélos en mi indignación y derramé por tierra su sangre”.

Felizmente tampoco toda la colección sigue en este tono. Al lado de este cuadro terrible, hay otro en el cual uno de esos videntes anónimos se presenta para dar ánimo a sus compatriotas y se describe a sí propio con palabras dignas de un Jeremías o del *Siervo de Yahveh* incorporado al Deutero-Isaías.

Es, otra vez, una nota de intensa espiritualidad, a lo menos hasta la mitad del oráculo; de una espiritualidad tan grande que impresionó al mismo Jesús y que éste no duda hacer suya, para describir su propia misión, al presentarse por primera vez a sus compatriotas en la sinagoga de Nazaret (1).

“El Espíritu de Yahveh, el Señor, está sobre mí, por cuanto me ha ungido Yahveh para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar liber-

(1) Lucas IV, 16, 21.

tad a los cautivos y a los aprisionados abertura de la cárcel; para proclamar el año de la buena voluntad de Yahveh...”.

Hasta aquí son las palabras que Jesús adopta, pero después el profeta sigue: “Para proclamar el año de la buena voluntad de Yahveh y el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar a los que lloran; para comunicar alegría a los que lloran en Sión, dándoles hermosura en lugar de ceniza, el aceite de gozo en vez de lamentos... Y edificarán las ruínas antiguas y volverán a levantar las desolaciones anteriores. Y restaurarán las ciudades arruinadas, las desolaciones de muchos siglos”.

Después de ésto el profeta reitera una nota imperialista que ya viene del capítulo anterior y que es también enteramente nueva en el pensamiento judío: “Se presentarán también los extranjeros y apacentarán nuestros rebaños; los hijos de tierra extraña serán vuestros gañanes y vuestros viñateros. Mas en cuanto a vosotros, seréis llamados sacerdotes de Yahveh, se os apellidará ministros de nuestro Dios. Comeréis las riquezas de las naciones y entraréis en posesión de su gloria”.

Esta ambición sacerdotal, de comerse las riquezas del mundo y ser servida por todos los pueblos, da lugar en el cap. LX a un cuadro magnífico en el cual se describe la futura opulencia de Sión restaurada. En esos años de desaliento, de pobreza y de tristeza, la imaginación judía se exalta hasta rayar en la locura y ve en sueños a un diluvio de camellos, a todos los dromedarios de Madian, de Efa y de Sabá trayendo

oro e incienso para el Templo; a todos los rebaños de Cedar y a todos los carneros de Nabayot caminando hacia Jerusalén para ser sacrificados en los altares de Yahveh; las naves de Tarsis traerán a todos los judíos dispersos y con ellos su plata y su oro; los hijos de tierra extraña edificarán los muros de Jerusalén... “porque la nación o el reino que no te sirviere, perecerá”.

Las visiones apocalípticas que tanta importancia habían de tener en seguida en la mentalidad judaica y en el advenimiento del cristianismo, revélanse ya aquí con carácter inequívoco. “Te alimentarás con la leche de las naciones, mamarás el pecho de los reyes... El sol no será más tu luz de día, ni para resplandor te dará la luna su luz. porque Yahveh mismo será tu luz eterna y tu gloria tu Dios”.

Al mismo tiempo, la antigua idea, ya insinuada en el auténtico Isaías, de que el judaísmo pueda llegar a ser una religión universal repítese ahora en tono muy fuerte: “Mi Casa será llamada Casa de Oración por todos los pueblos, dice Yahveh, el Señor, el que recoge a los dispersos de Israel. Juntaré a él otros todavía — ¡todas las fieras del campo venid, comed todas las fieras del bosque!”.

La realidad, empero, la triste realidad obliga a estos visionarios a volver en sí y mirar alrededor suyo, para darse cuenta del desaliento en que yacen los que han de restaurar al antiguo reino, de la desidia de sus jefes, del odio de los vecinos. Es entonces cuando sueñan de nuevo algunas de las notas castizas del antiguo profetismo.

En primer término, la nota jeremíaca del perdón: “Así dice el Alto y Excelso, que habita la eternidad y cuyo nombre es El Santo: yo habito las alturas excelsas pero también con aquél que es de espíritu contrito y humilde, para revivificar el espíritu de los humildes y para revivificar el corazón de los contritos, pues no contendere para siempre, ni guardaré perpetuamente la ira”.

Luego, uno de esos profetas anónimos denuncia, como los antiguos, a los sacerdotes, a los pastores de Israel: atalayas ciegos, perros mudos, amantes del sueño, comilones y borrachos, para quienes los días se suceden pero no se diferencian, entregados como se hallan a la más sórdida sensualidad.

Otro oráculo se vuelve contra las poblaciones mixtas, que los que regresaron del cautiverio hallaron en la Palestina, y les echa en cara las viejas supersticiones y crímenes de los cuales nunca se han apartado: “¡Llegaos acá, hijos de la hechicera, prole de la adúltera y de la ramera! ¿Con quién os habéis chanceado? ¿Contra quién habéis ensanchado la boca y soltado la lengua? ¿No sois todos vosotros hijos de trasgresión, linaje espúrea, los que os inflamáis con ídolos debajo de todo árbol frondoso, los que degolláis los niños en las cañadas, debajo de las hendeduras de las peñas?”.

Pero la nota más pura la da, quizás, uno de esos oráculos que se ocupa de una de las prácticas rituales que entonces empezaban a revestir toda la importancia que luego le dieron los fariseos y que tanto combate Jesús. Se trata de la observancia del ayuno; el mismo desconocido a quien vimos antes ocupándose de

la observancia del sábado escribe acerca de aquella práctica cosas que no desdirían en la pluma de un Amós o del verdadero Isaías, cosas que son ya como la aurora del Evangelio:

“¡Clama a voz en cuello, no te detengas! ¡Eleva tu voz como trompeta! ¡Declara a mi pueblo su trasgresión, a la casa de Jacob sus pecados!

“¡Me buscan de día en día y tienen deleite en la ciencia de mis caminos, como si fuera nación que obra justicia y que no abandona la ley de Dios!

“Me piden las ordenanzas de justicia y se complacen en acercarse a Dios, diciendo ¿por qué hemos ayunado y tú no ves? ¡Hemos afligido nuestra alma y tú nos desatiendes!

“¡He aquí que en vuestro día de ayuno halláis gusto y exigís pago por todos vuestros trabajos! ¡He aquí que ayunáis para riña y contención y para herir con el puño de maldad!

“No habéis de ayunar como el día de hoy, para hacer que en lo alto se oiga vuestra voz. ¿Acaso como éste ha de ser el ayuno que yo escojo, día en que aflija el hombre su alma?

“¿Es por ventura traer baja su cabeza como junco y que extienda saco y ceniza debajo de sí? ¿a esto llamáis ayuno, día acepto a Yahveh?

¿No es este, más bien, el ayuno que yo escojo: soltar las ligaduras de maldad, desatar las coyundas del yugo, enviar libres a los oprimidos y que rompas toda cadena?

“¿No es repartir al hambriento tu pan y que a los pobres que tienen hogar los acojas en tu casa? ¿Que

cuando veas al desnudo le cubras y no que tú te escondas de tu propia carne?

“Entonces, sí, amanecerá como el alba tu luz y brotará repentinamente el remedio de tu mal. Tu justicia irá delante de tí y la gloria de Yahveh será tu retaguardia.

“Entonces llamarás y Yahveh te responderá. Clamarás por auxilio y él dirá ¡heme aquí! con tal de que apartes de tí la opresión, el apuntar a los demás con el dedo y el hablar vanidad”.

Después de escuchar estas nobles palabras, eco purísimo de las más puras tradiciones proféticas, constituye una brusca transición pasar al último profeta que contiene el canon judaico de la Biblia, el Seudo-Malaquías, y ocuparse de Abdías su contemporáneo.

Para no perder la ya vieja costumbre de maldecir a Edón, Abdías lo hace en un oráculo que no tiene por qué ocuparnos espacio ni tiempo. Las profecías del presunto Malaquías empiezan haciendo lo mismo y concluyen con una nota apocalíptica: “he aquí que os voy a enviar a Elías profeta, antes de que venga el día grande y tremendo de Yahveh”.

Entre estas dos notas amenazadoras, apenas una exhortación de contenido ético y una profecía que denota una preocupación moral:

“¿No tenemos todos un mismo padre? ¿no nos ha creado un mismo Dios? ¿por qué, pues, nos portamos deslealmente el uno contra el otro, profanando así el pacto de nuestros padres?”.

“Yo me acercaré a vosotros para juicio y seré veloz testigo contra los hechiceros y contra los adúlte-

ros, contra los que juran en falso, contra los que defraudan al jornalero de su salario, a la viuda y al huérfano, contra los que apartan al extranjero y no me temen a mí, dice Yahveh Sabaoth''.

Al lado de esto, sólo dos preocupaciones absorbentes: que los mejores animales sean presentados en el altar de Yahveh, no los rengos y enfermos como parece que ocurría, y que los judíos no se casaran con mujeres extranjeras. Agréguese la recomendación reiterada de que no se dejen de traer los diezmos y ofrendas al Templo y ya se tiene una idea del contenido del libro de Malaquías — el profetismo termina con preocupaciones y conminaciones de sacristán.

Desviemos nuestra vista para volverla de nuevo hacia el final de Isaías, hacia el último capítulo de esa serie de diez que hemos estudiado antes. Hay allí un oráculo, de fecha imprecisa, que levanta el espíritu en esta época de decadencia, quizás como una reacción contra ella, quizás como una voz varonil de una época anterior que sigue resonando y haciéndose oír en medio del monótono canturreo eclesiástico:

“Así dice Yahveh: el cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies ¿qué clase de Casa edificareis para mí y cuál será el lugar de mi descanso?

“Mi mano hizo todas las cosas y así todas las cosas fueron, dice Yahveh, más a aquél miraré que es humilde y contrito de espíritu y que tiembla ante mi palabra.

“El que degüella un toro, es como el que mata a un hombre; el que sacrifica una oveja, es como si cortase la cabeza a un perro; el que hace ofrenda ve-

getal, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo.

“Si pues ellos han escogido sus propios caminos y en sus abominaciones se han complacido sus almas, yo también escogeré sus calamidades y traeré sobre ellos las cosas que temen”.

Algunos críticos, consideran estas terribles condenaciones del culto que el Seudo-Malaquías tanto preconizaba como la explosión de indignación de un judío ortodoxo ante la construcción del Templo del Monte Gerizin, que los samaritanos emprendieron al final del dominio persa, como pronto veremos. Otros piensan en otro templo judío que, según cierto papiro descubierto en 1907, existía en Elefantina cuando Cambises llegó allí el año 520 y fué luego destruído el año 410 antes de Cristo. Otros, por fin, creen que se refieren al Templo que el sumo sacerdote Onías IV construyó también en Egipto, en Leontopolis, por los años 170 a 160 antes de la era cristiana.

No hay nada, a nuestro modesto juicio, que autorice cualquiera de estas suposiciones. El oráculo tiene un carácter general que, aún cuando su autor conociera los templos de Gerizin y Elefantina (dejando de lado el de Leontopolis, que viene después), tanto los condena a ellos como a ese Templo de Jerusalén que Zorobabel había tenido tanta dificultad en reconstruir.

En lugar de ser el grito de rabia de un exclusivista, antes es este el último clamor de la religión espiritual predicada por los grandes profetas clásicos, cuando sus degenerados descendientes se habían entregado al sacerdotalismo.

El instinto no engañó al anónimo recopilador del libro de Isaías, tal como llegó a nuestras manos, cuando agregó estos oráculos a los del magno profeta del siglo VIII. Es el mismo espíritu que sigue vibrando en el fondo del alma hebrea y este cap. LXVI constituye para nosotros un precioso hilo que nos indica la existencia de una tradición ininterrumpida que cinco siglos más tarde hará irrupción con la prédica de Jesús.

f) NEHEMÍAS, ESDRAS: EL LEVÍTICO

EL mundo asistía a hechos estupendos mientras se escribían las últimas profecías. Bajo el mando de Cambises, el imperio persa se había extendido hasta el Egipto, sujetando bajo un solo cetro, a fines del siglo VI, a Babilonia y a Menfis, las dos grandes metrópolis rivales del Asia y del Africa. Ahora, a principios del siglo V, se estrella contra la indomable resistencia griega.

Darío fué derrotado en Maratona el año 490. Las fuerzas de Jerjes sufren en las Termópilas, Salamina y Platéa los memorables reveses que les cierran definitivamente las puertas de Europa. Jerjes muere el año 464 y cuatro años después, Artajerjes I, su sucesor, ve al Egipto levantarse de nuevo, con la ayuda griega, poniendo en peligro la integridad del gran imperio fundado por Ciro y encumbrado por Cambises.

Mientras tanto Jerusalén, bajo los pontificados de Josué, Joaquín su hijo, y Eliasib su nieto ⁽¹⁾, vivía

(1) *Nehemías* XII, 10 y III, 1.

días de pobreza, sin gloria ni honor; entretenida la casta sacerdotal con la práctica de un ritual que ni siquiera era perfecto, a juzgar por las quejas que formula al respecto el presunto Malaquías; agobiado el pueblo con los impuestos persas y las onerosas cargas que, para mantener el culto, le exigían los sacerdotes.

De esta situación desesperada viene a salvar a Sión la iniciativa de aquellos judíos que habían quedado en Babilonia y que allí gozaban de influencia y de recursos. Nehemías, noble hebreo, copero del rey Atajerjes, obtiene de éste el título de gobernador y viene a Jerusalén para reconstruir sus murallas, a pesar de la oposición de los enemigos de Judá, y reorganizar, durante doce años de gobierno ejemplar y desinteresado, la desmoralizada colectividad.

Los dos libros de la Biblia en los cuales se narra esta empresa y se pinta la gallarda figura del que la llevó a cabo llevan, respectivamente, los nombres de *Esdras* y *Nehemías*. Los dos parecen constituir primitivamente un solo libro que muy bien pudiera titularse *Historia eclesiástica de Jerusalén* y que, según probabilidades bien fundadas, salió de la misma pluma que escribió esos otros dos libros de historia tendenciosa llamados de *Crónicas* o *Paralipómenos*.

Las últimas palabras del segundo de estos libros se repiten textualmente en el principio del libro de Esdras, refiriendo por duplicado el pregón que, según el autor, Ciro habría mandado hacer por todo su imperio, ordenando la reconstrucción del Templo de Jerusalén “porque todos los reinos de la tierra me los ha dado Yahveh, el Dios del cielo”.

Este libro primitivo, después de narrar la reconstrucción del Templo por Zorobabel, continuaba con la historia de la obra llevada a cabo, del año 446 en adelante por Nehemías, levantando las murallas y baluartes de Jerusalén, destruídos desde el año 586, reforzando el cumplimiento de las disposiciones deuteronomicas en el Templo, haciendo hincapié en la observancia del sábadó, oponiéndose al casamiento de los hebreos con las mujeres extranjeras.

Para escribir esta historia, el cronista tuvo a la vista las memorias personales del mismo Nehemías y las cita con proligidad, sin alterar el uso de la primera persona con el cual Nehemías se expresa.

Luego, empero, en una época difícil de precisar, que quizás coincida con el término de la obra de Nehemías, quizás como quieren otros críticos y es más probable, sea de bastantes años ulterior, se produce la intervención de Esdras, escriba y sacerdote, que trae a Jerusalén las disposiciones del Código Sacerdotal que los escribas judíos habían ido componiendo en Babilonia y del cual ya nos hemos ocupado.

Las memorias de éste son aprovechadas por otro cronista e intercaladas en el libro primitivo que, para dar mayor importancia a la obra del sacerdote que a la del reformador laico, resulta dividido en dos libros, el primero de los cuales se ocupa exclusivamente, en su última parte, de la obra de Esdras.

Esdras era sacerdote e hijo de sacerdotes, por los cuatro costados. Si habemos de creer lo que de él se nos dice en el libro que lleva su nombre, no solo era descendiente de Sadoc, como Ezequiel, sinó del mismo

Aarón, el hermano de Moisés a quien, según el *Éxodo*, éste consagró como el primer sacerdote que tuvo Israel. Cuando ésta llegó a ser una teocracia perfecta, como Ezequiel había soñado, el clero no podía sinó tratar de dar prelación a uno de los suyos sobre cualquier figura, por grande que fuera, que no estuviera revestida del carácter sacerdotal.

Sin embargo, este encumbramiento de Esdras parece haber sido hecho bastante tarde. Aún tradición tan tardía como la que se recoge en los capítulos iniciales del Segundo Libro de los Macabeos atribuye a Nehemías y no a Esdras el papel de restaurador de la vida judía que la obra antes citada reivindica para el presunto descendiente de Aarón.

Que la historia de Esdras está calcada sobre la de Nehemías es fácil de constatar. Nehemías había pedido permiso al rey Atajerjes para ir a Jerusalén y obtiene de éste el nombramiento de gobernador. Esdras aparece haciendo el mismo pedido y obteniendo el mismo nombramiento y, para mayor seguridad, el segundo cronista no tiene inconveniente en forjar un documento que sería fehaciente... si no tuviera el sello de la época en la cual fué inventado: la del dominio griego en la Palestina (1).

Puesto a fantasear, este segundo cronista no tiene tampoco escrúpulos en atribuir a Atajerjes una donación, a Esdras, equivalente a unos tres millones de pesos oro, junto con muchos otros detalles que hacen del

(1) Sobre esta cuestión Esdras-Nehemías, consúltese el estudio del Prof. Torrey: *Composition of Ezra-Nehemiah* y Kent: *Makers and teachers of Judaism*.

libro de Esdras uno de los más sospechosos de la Biblia; tan sospechoso como verosímil y fidedigno es todo lo que lleva el sello personal de Nehemías en el libro siguiente.

De haber trabajado juntos — lo cual, repetimos, está muy lejos de ser probable — tendríamos que admitir la hipótesis de que no hayan sido muy cordiales las relaciones entre el reorganizador de la vida civil y el reformador de la vida religiosa de la comunidad restaurada. A lo menos es ésta la menor sospecha que puede surgir en el espíritu, al comparar lo poco que de Esdras se nos dice en el libro de Nehemías — aún después de haber sido retocado por el segundo cronista — y aquello que, en la primera persona, refiere Esdras de su propia actividad, en el libro que se titula con su nombre y al cual se incorporó, del cap. VII en adelante, el relato de su empresa.

De cualquier modo, aún cuando no se sepa positivamente cuándo, es seguro que una doble reforma, civil y religiosa, fué llevada a cabo. En una época imposible de precisar: quizás en los últimos años de Nehemías, quizás después, el sacerdote Esdras que, según se nos dice “era hábil escriba en la ley de Moisés”, se constituye en organizador y jefe de una caravana de judíos babilonios y viene a Jerusalén para reformar su vida religiosa y reorganizar su culto.

Esa caravana, si la cifra no es tan falsa como la de los tres millones de pesos oro, estaba compuesta de mil setecientas cincuenta y cuatro personas — de las cuales treinta y dos levitas — y sale para Jerusalén después de oraciones, ayunos y grandes lecturas en la

sinagoga, atraviesa el desierto y llega a Sión con un espíritu de conquista espiritual que no podía dejar y que no dejó de tener profundos y duraderos resultados. Si la reforma religiosa llevada a cabo por Esdras no indica un progreso, antes al revés, no se puede negar que tuvo extraordinaria importancia en los sucesos ulteriores, de los cuales salió el cristianismo como reacción.

La reforma de Esdras fué hecha de acuerdo con lo que la crítica moderna llama el Código Sacerdotal del cual, como ya dijimos, el *Levítico* es como la yema. Los sacerdotes lo habían estado recopilando hasta ese momento, habían tratado de permear todo el Pentateuco con su espíritu. Esdras lo trae ahora para substituir con él las prescripciones del viejo Deuteronomío, ya entonces dos veces secular, dándole sobre éste la prelación que hay hoy conserva en el arreglo de los libros de la Biblia.

El Deuteronomío se presentaba como la última voluntad de Moisés, como su testamento promulgado “desde este lado del Jordán, en la tierra de Moab”. El *Levítico* preséntase como habiendo sido ordenado por Moisés junto al mismo Monte Sinaí, en el mismo sitio sagrado en el cual, según el Éxodo, recibió de Yahveh los diez mandamientos.

En el primer momento de su llegada, Esdras provoca una intensa emoción entre las gentes principales de la ciudad, emocionándose él mismo, sinceramente, al ver que la raza santa de los hebreos se había mezclado con las gentes de la tierra, y, dirigiendo a Yahveh una hermosa plegaria, suplica perdón por este crimen.

Alguien le pregunta si no habrá posibilidad de salvación para Judá, si no es posible hacer con Yahveh un nuevo pacto, como antaño en el desierto. Esdras dice que sí y, después de haber ganado a su causa a la gente principal, convoca para de allí a tres días una asamblea solemne de todo el pueblo en la cual, como primera medida, consigue que todos los hebreos casados con mujeres extranjeras las repudien, junto con los hijos que de ellas tuvieron.

Al año siguiente, en el séptimo mes, Esdras creyó llegado el momento de hacer conocer al pueblo las prescripciones del Código sacerdotal y contrastar con ellas el estado de abandono en el cual se hallaba el Templo y toda la población de Jerusalén, del punto de vista del cumplimiento de las tradiciones rituales, de las normas éticas, de las leyes civiles que aquel código recopilaba y reforzaba.

Día de lágrimas fué aquél, que da origen a una nueva festividad que, desde entonces, queda incorporada al calendario judío: el Día de Expiación, llamado también el Día del Gran Perdón (1).

Al oír la lectura, que le hizo Esdras, y los comentarios que los levitas les hacían, la emoción del pueblo fué tan grande que los mismos que la provocaban tuvieron que calmarla. Los que hayan asistido alguna vez, en el campo, a una *misión* dirigida por padres expertos en el arte de mover el alma de las masas, pueden imaginarse lo que aquello fué.

Pronto, sin embargo, la tristeza se volvió alegría.

(1) *Levítico*, XVI, 29, 34.

“Hoy es día santo (consagrado) a Yahveh, vuestro Dios, no estéis tristes ni lloréis”, dijeronle los levitas. “Id, comed carnes gordas y bebed vinos sabrosos, y enviad porciones a aquellos para quienes nadie ha hecho provisión, porque este día es santo a nuestro Señor”.

Durante siete días, recordando la vida nómada del desierto, el pueblo vivió en cabañas, al aire libre, sobre las azoteas, constituyendo también así una nueva fiesta: la de las Enramadas, que perdura hasta hoy.

En cada uno de esos días se hizo lectura del libro que Esdras había compuesto, o ayudado a componer, y, por fin, en el día veinticuatro de aquel mes memorable, terminó la cosa como solían terminar los Misterios griegos. “Congregáronse los hijos de Israel en ayuno, con celicio y ceniza sobre sí”, pasaron la cuarta parte del día oyendo las cosas que les leía Esdras, la otra cuarta parte haciendo confesión pública de sus pecados y adorando a Yahveh y, al último, para coronar todo, Esdras les tomó solemne juramento de obedecer integralmente al nuevo Código que les había sido promulgado, poniendo por escrito, sellado y firmado, el nuevo pacto que hacían con Dios.

En ese documento, Nehemías y los nobles, Esdras y los sacerdotes, y todos aquellos “que se habían separado de los demás pueblos de las tierras”, comprometieronse a andar “en la ley de Dios, que fué dada por conducto de Moisés, siervo de Dios, y que guardarían todos los mandamientos de Yahveh nuestro Señor, y sus leyes, y sus estatutos”.

“Y que no daríamos — agrega el libro de Nehe-

mías ⁽¹⁾ — nuestras hijas a los pueblos de la tierra y que no tomaríamos las hijas de ellos para nuestros hijos. Asimismo que si los pueblos de la tierra trajesen mercaderías o cualquier suerte de comestibles a vender en día de sábado, no compraríamos de ellos en el sábado, ni en otro día santo; y que dejaríamos descansar la tierra en el año séptimo, y que remitiríamos en él toda deuda”.

“Además nos impusimos mandamiento de contribuir con la tercera parte de un siclo cada año para el servicio de la Casa de nuestro Dios; para el pan de la propiciación y para la ofrenda continua, y para el holocausto continuo; para los sábados y los novilunios, y para las fiestas solemnes, y para las cosas santas; y para las ofrendas por el pecado para hacer expiación por Israel; en fin, para toda obra de la Casa de nuestro Dios”.

“Y así los sacerdotes, como los levitas y el pueblo echamos suertes acerca de la ofrenda de la leña, quien la hubiese de traer a la Casa de nuestro Dios, según nuestras casas paternas, en los tiempos determinados, de año en año, para quemar sobre el altar de Yahveh nuestro Dios, conforme a lo escrito en la ley”.

“Juramos también que traeríamos las primicias de nuestras tierras, y las primicias de todos los frutos de toda suerte de árboles, de año en año, a la Casa de Yahveh; y que traeríamos a la Casa de nuestro Dios, el rescate de los primogénitos de nuestros hijos y de nuestras bestias conforme a lo escrito en la ley, así co-

(1) *Nehemías* X.

mo los primerizos de nuestras vacadas y de nuestros rebaños.

“Y que traeríamos las primicias de nuestras harinas y de nuestras ofrendas alzadas, y del fruto de todo árbol, y del vino, y del aceite, a los sacerdotes, a las cámaras de la Casa de nuestro Dios; así como el diezmo de nuestras tierras a los levitas, y que ellos, los levitas, cobrasen los diezmos en todas las ciudades de nuestras tierras de labor”.

Se cuenta que cuando Napoleón I restableció el culto católico en Francia, después de la Revolución Francesa, preguntó a uno de sus generales cuál era su opinión de una gran solemnidad a la que ambos habían asistido aquella mañana en Notre-Dame. “No estuvo mal, respondió el otro, sólo faltaba allí el millón de hombres que se hicieron matar para destruir lo que habéis restablecido esta mañana”.

De igual manera, en el siglo V antes de Cristo, sólo faltaba en Jerusalén, en aquel día solemnísimo, al viejo Isaías para clamar una vez más:

“¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios, dice Yahveh. Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebos de animales engordados. No tengo complacencia en la sangre de toros, ni de corderos, ni de machos cabríos. Cuando venís a presentaros delante de mí ¿quien ha demandado esto de vuestras manos para que holléis mis atrios? No traigáis más ofrendas vegetales inútiles, el incienso me es ya una abominación; el novilunio también, y el sábado, y la convocación de asambleas; no puedo aguantar iniquidad y día solemne! Vuestros novilunios y vuestras fiestas solem-

nes los tiene aborrecidos mi alma; son para mí una carga, cansado estoy de llevarla”.

Las manos sacerdotales que cosieron, más mal que bien, los viejos relatos elohista y jehovista; que retocaron el primero para dar una consagración, no ya histórica sinó cósmica, al día de *sábado*; que cargan al pueblo de Israel, errante por el desierto, con todos los parafernales del culto pomposo del Templo de Jerusalén, van ahora a gozar de los resultados de su obra. ¡La hora del triunfo ha llegado para ellos!

“La misericordia quiero y no los sacrificios, el conocimiento de Dios más bien que los holocaustos”, había enseñado Oseas. Y el más antiguo de los profetas canónicos: Amós, delante de las prácticas sangrientas que los judíos tomaban de los pueblos de Canaán, había preguntado: “¿Acaso me presentásteis a mí sacrificios y ofrendas vegetales en el desierto, oh casa de Israel?”.

Ahora, el libro del Levítico, implantado por Esdras, empieza, muy gravemente, con las siguientes prescripciones:

“Y llamando Yahveh a Moisés, le habló desde el Tabernáculo de Reunión, diciendo:

“Habla a los hijos de Israel y diles: cuando alguno de vosotros quisiere presentar oblación a Yahveh, si fuere ésta de ganado, traerá su ofrenda de la vaca o del rebaño.

“Si fuere su oblación una víctima de la vacada, presentará a tal efecto un macho sin tacha. A la entrada del Tabernáculo de Reunión lo presentará, para que sea acepto en favor suyo delante de Yahveh.

“Luego pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima y será acepta en favor suyo, para hacer expiación por él.

“En seguida será degollado el novillo delante de Yahveh, y los hijos de Aarón, los sacerdotes, presentarán la sangre, y rociarán la sangre en derredor sobre el altar que está a la entrada del Tabernáculo de Reunión.

“Luego será desollada la víctima y se la cortará en sus piezas correspondientes.

“Entonces los hijos de Aarón, los sacerdotes, dispondrán el fuego sobre el altar, y arreglarán la leña sobre el fuego.

“Luego los hijos de Aarón, los sacerdotes, pondrán en orden las piezas, juntamente con la cabeza y el sebo, sobre la leña que habrá sobre el fuego que está encima del altar.

“Después de lavados en agua los intestinos y las piernas, el sacerdote hará consumir eso todo sobre el altar. Holocausto es, ofrenda encendida, de olor grato a Yahveh”.

Siguen luego las reglas que se han de observar cuando la víctima fuere un carnero o un macho cabrío, cuando fuere ave, o cuando se trate de ofrendas vegetales, ya sean éstas cocidas al horno, fritas en sartén o cocinadas en cazuela. Concienzudamente se dispone como los sacerdotes deben proceder en cada caso y la parte que les toca a ellos comer de cada ofrenda. Los detalles del cap. III son tan minuciosos y de tal índole que quien no tenga la costumbre de asistir a operaciones de cocina y fuere de estómago delicado hará bien en no leerlos.

Todas estas ofrendas, según el Levítico, no son voluntarias. El hombre puede faltar a los mandamientos de Yahveh, con conocimiento o por ignorancia, y en cada caso debe de hacer expiación trayendo, en algunos casos un novillo, en otros casos un carnero, o una cordera o una cabrita, o tórtolas, o palomitas, o harina. Todo está minuciosamente arreglado: a cada falta corresponde su penitencia.

El Levítico es una especie de código penal, de carácter eclesiástico y ritual. Para establecer sus sanciones, reedita todas las viejas prescripciones morales de la ética tradicional del pueblo judío, conservando, al lado de ellas, todos los *tabous* que se habían ido acumulando durante siglos.

“Cuándo segaréis las mieses de vuestra tierra, no concluirás de segar los rincones de tu campo, ni espigarás la tierra segada. Ni tampoco rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña. Para el pobre y el extranjero lo dejarás.

“No hurtaréis, ni tampoco engañaréis, ni mentiréis los unos a los otros. No jurarás en falso por mi nombre, no profanarás el nombre de tu Dios.

“No usarás de extorsión para con tu prójimo, ni le robarás. El salario del jornalero no ha de quedar en tu poder toda la noche hasta la mañana. No maldecirás al sordo ni pondrás tropiezo delante del ciego, sino que temerás a tu Dios.

“No harás injusticia en el juicio, ni aceptarás la persona del pobre, ni honrarás la cara del grande: con justicia juzgarás a tu prójimo. No andarás como chismoso entre tu pueblo; no conspirarás contra la vida de tu prójimo.

“No odiarás a tu hermano en tu corazón; ciertamente reprenderás a tu prójimo, para que no lleves pecado por su causa, pero no te vengarás, ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo, sinó que amarás a tu prójimo como a tí mismo”.

Al lado de estos grandes principios, prescripciones tales como la de no sembrar el campo con dos clases de semilla, la de no vestirse con una tela que lleve mezclados dos materiales distintos, la de no comer cosa que contenga sangre, la de no cortarse la barba, la de no dar forma redonda al cabello.

“Santificaos pues y sed santos — dice el *Levítico* — porque yo soy Yahveh, vuestro Dios”. Pero la santidad de la cual se habla aquí es algo en lo cual lo ritual y la moral andan aún demasiado entremezclados y confundidos. Es una cosa que se puede perder fácil e involuntariamente — tocando algo de lo mucho que es considerado ritualmente impuro — pero que también se puede readquirir con idéntica facilidad, mediante una ofrenda hecha a Yahveh, vale decir: a los sacerdotes.

Según el *Levítico* la mujer es considerada impura en ciertos momentos fisiológicos y todo aquello que ella tocara en esos días, los vestidos con los cuales se cubriera, los muebles que usara, las personas que se le acercaran, se vuelven impuros. Cuando ha dado a luz también es impura por treinta y tres días si el hijo es varón, por dos semanas si es mujer, y, al fin de ese tiempo, debe hacer expiación por su impureza.

Impuros son, igualmente, el camello, la liebre, el cerdo, el águila, el milano, el halcón, el cuervo, el aves-

truz, la lechuza, la gaviota, el cisne, el pelícano, el buitre, la cigüeña, la garza, el murciélago, la comadreja, el ratón, la tortuga, el erizo, el cocodrilo, el lagarto, la lagartija, el camaleón, todo reptil y todo insecto alado que anda sobre cuatro pies. Todo aquel que comiere o tocara el cuerpo muerto de alguno de estos animales, y otros que por brevedad omitimos, quedará inmundo hasta que ritualmente se purifique.

La santidad levítica implica, ante todo, el viejo concepto de separación. “Vosotros pues habéis de serme santos porque yo, Yahveh, soy santo y *os he separado de las naciones para que seáis míos*”. Es, después, un conjunto de escrúpulos que puede llegar a volverse una pesadilla para todos los que, tomándolo a pecho, vivan preocupados con el temor de “volverse abominables”, como el *Levítico* dice a cada rato. Es, por fin, un sistema patentado e ingenioso de calmar esos mismos escrúpulos y satisfacer las conciencias delicadas mediante el recurso fácil y cómodo — aún cuando no siempre barato — de acudir al sacerdote, definitivamente asegurado en sus funciones de intermediario único e imprescindible entre el alma y Dios.

Un nacionalismo estrecho, sectario y altanero fué la primera consecuencia que trajo el *Levítico* y que sus fabricantes buscaban. Un temor supersticioso, abyecto, fué su segundo resultado. La tiranía sacerdotal sobre las conciencias esclavizadas fué el tercero. Mediante los tres, el pueblo judío se constituyó en una teocracia; temerosos sus miembros de tratarse con las gentes; miedosos frente a lo desconocido, asustados de cometer cualquier acto que pudiera volverlos impuros.

Adónde puede conducir un estado de conciencia así podemos apreciarlo por lo que ocurre, en los pueblos católicos, con las gentes que se han dejado prender en el engranaje sacerdotal y viven bajo el temor del infierno, el odio a los liberales y a los heréticos, la dependencia absoluta del confesor. Lo que ello fué para el judío piadoso podemos colegirlo de la lectura de las epístolas de San Pablo, del grito de alegría y liberación que brota del pecho de un hombre que, después de sujetarse durante toda la juventud a esa dura servidumbre de la ley levítica, se siente llamado, por el Cristo, a la libertad de una relación filial con Dios (1).

La implantación de esa legislación, que rodea al hombre de una pesadilla continua de volverse abominable a Yahveh y que parece partir de la base de que el hombre fué creado para subvenir a los gastos de un culto pomposo y sangriento, fastuoso y sin sentido, no podía hacerse, ni se hizo sin dificultad.

Desgraciadamente la oposición no se planteó en el terreno de los principios o, cuando menos, muy pocos vestigios tenemos de que así fuera. A parte del cap. LXVI del libro de Isaías, al cual nos referimos ya, que parece ser de esta época, la Biblia sólo contiene otro documento — preciosísimo por cierto — que, siendo de este período, implica una protesta contra aquella medida que, de todas las medidas tomadas por Nehemías y Esdras, más protestas causó: la prohibición de casarse con mujeres extranjeras, la dura imposición de repu-

(1) Consúltese la *Epístola a los Gálatas*, las dos a los *Corintios* y, por último, la dirigida a los *Romanos*.

diar aquellas con quienes ya se estaba casado y de quienes hasta se tenían hijos.

Ese documento es la delicadísima novela, titulada *Rut*, incorporada a la Biblia como un libro histórico y que, como tal, figura entre *Jueces* y el *Primero de Samuel*. Es una corta pero sabrosísima historia, fundada muy posiblemente en una vieja tradición oral, en la cual se cuenta la abnegación de una joven moabita, nuera de una hebrea, que acompaña a ésta en su pobreza, cuando ambas perdieron sus maridos, y viene a casarse con un hebreo, justo y rico, que, por ese casamiento, fué un antepasado del rey David.

La finalidad del escrito es obvia: la virtud, la nobleza de alma no es patrimonio de ningún pueblo, los paganos las poseen tanto como los hebreos y, por otra parte, estos no son una raza pura, venida de los cielos sin contaminación de ninguna especie: por sus venas corre la misma sangre que late en el corazón de los demás pueblos de la tierra de Canaán.

Desde su llegada a Jerusalén, Nehemías había chocado con la oposición de tres potentados de la comarca adyacente: Sanbalat, horonita, Tobias, amonita, y Gesem, árabe. No pocos de los nobles judíos estaban coludidos con ellos y aún el mismo sumo sacerdote Eliasib — nieto de aquel Josué que quedó pontificando en Jerusalén cuando desapareció Zorobabel — estaba aparentado con el segundo de ellos. Ahora, cuando se tomó la medida radical de obligar a los judíos casados con mujeres extranjeras a repudiarlas, esos mismos nobles y sacerdotes estrecharon más sus relaciones con aquellos potentados para preparar una reacción que hiciera frente a los reformadores.

La ausencia de Nehemías, que había vuelto por algún tiempo a la corte de Babilonia, facilitó la tarea. El sumo sacerdote Eleasib no tenía duda en alojar en su casa, en el Templo, a Tobías el amonita, los diezmos no se pagaban, el sábado no era respetado ni por los judíos ni extranjeros que venían a vender víveres a Jerusalén en ese día, los hebreos seguían casándose con mujeres fenicias, amonitas y moabitas y sus hijos ya no hablaban el hebreo.

Cuando Nehemías volvió tomó las medidas más radicales: purificó las dependencias del Templo contaminadas por la presencia de Tobías, hizo cerrar las puertas de Jerusalén en el día de sábado para que no entraran en ella los mercaderes en ese día, y a los casados con extranjeras, dicen sus memorias incrustadas en la Biblia, "los injurié, herí algunos de ellos, les arranqué el cabello y los exconjuré en nombre de Dios", para que conservaran pura su raza y no la contaminaran con los extraños.

Del punto de vista nacionalista, el peligro era grave, en efecto. El hebreo se estaba volviendo rápidamente una lengua muerta; su uso era ya puramente literario y pronto se iba a volver exclusivamente litúrgico. El riesgo del retorno a las viejas prácticas politeístas estaba siempre en acecho. Si Nehemías y Esdras no se daban cuenta de que la esencia misma de las antiguas supersticiones las habían entronizado ellos en el culto reformado, eran, en cambio, lo suficientemente clarividentes para temer la acción deletérea de las tradiciones locales, agarradas, como musgo, a todos los árboles, a todas las piedras, en todas las montañas.

Su gran ceguera consistió en desconocer el valor de la cultura que el pueblo hebreo ya representaba y que había bastado para mantenerle incólume en Babilonia, que pronto le haría hacer prosélitos en el mundo pagano, tan sólo por la virtud de sus escritos sagrados.

Su gran error se fundaba en la creencia de que el baluarte supremo de su nacionalidad no era el espíritu inmortal de sus profetas sinó el culto sacerdotal, asquerosamente sangriento, agotadoramente costoso.

El Templo en el cual ese culto se desarrollaba pronto iba a hallar un rival en ese otro que los samaritanos, los descendientes del antiguo pueblo de Israel o de los extranjeros que ocuparon su lugar pero que adoptaron el culto de Yahveh, iban a construir en uno de sus santuarios tradicionales y famosos: el Monte Gerizín.

Como todo lo que gira alrededor de los libros Esdras-Nehemías, es éste también uno de los puntos oscuros de la historia bíblica. Un versículo, al final del segundo de esos libros, posiblemente intercalado, nos dice que un nieto del sumo sacerdote Eliasib estaba casado con una hija de Sambalat, el cacique horonita, o samaritano, que tanto molestara a Nehemías. Como ese hombre no quisiera repudiar a su esposa, Nehemías le obligó a salir de Jerusalén y a buscar refugio junto a Sambalat, su suegro.

Como la Biblia no nos dice el nombre del nieto de Eliasib, se ha supuesto que este fuera Manasés el sacerdote a quien, más adelante, otro cacique samaritano, también llamado Sambalat, dió una de sus hijas: Nicaso, y que, expulsado de Jerusalén por haberse ca-

sado con una mujer extranjera, halló refugio junto a su suegro y fundó allí el Templo del Monte Gerizín, rival del de Jerusalén.

El relato de este cisma lo tenemos en las *Antigüedades Judaicas* de Josefo ⁽¹⁾. El cacique a quien se refiere es Sambalat II, nieto del enemigo de Nehemías, y Manases era hermano de Jadua el sumo sacerdote que murió poco antes del derrumbe del imperio persa, vale decir: del año 332 antes de Cristo. No es posible, de consiguiente, que fuera el mismo que, según la Biblia, Nehemías expulsó. O se trata de dos personas distintas, de estirpe sacerdotal, casadas, respectivamente, con las hijas de Sambalat I y de Sambalat II o, lo que es más probable, el escriba que retocó y dividió el libro de Esdras-Nehemías, desconocía los hechos históricos y, en su odio contra los samaritanos, aprovechando las referencias que el libro contenía respecto a Sambalat I, quiso hacer más odioso a los judíos el fundador del Templo de Monte Gerizín, haciéndolo aparecer expulsado por personaje de tanta autoridad tradicional como era Nehemías. — De cualquier modo, tenemos aquí una prueba más de que estos retoques fueron hechos en una época bastante tardía, no sólo lejana de Nehemías sino del mismo cisma que se produjo en la segunda mitad del siglo IV.

Lo que los descendientes de los antiguos israelitas, más o menos mezclados con las poblaciones extranjeras que Sargon había deportado para allí después de la toma de Samaria, habían hecho en el Monte Geri-

(1) XI-VII-2; VIII-2-4.

zín, era, ni más ni menos, lo que los judíos deportados en Egipto habían hecho en Elefantina y luego hicieron en Leontópolis. Los samaritanos tenían, además, en su favor, la circunstancia de que los viejos santuarios de Siquen y Monte Gerizín eran lugares venerados desde la más alta antigüedad ⁽¹⁾. El Deuteronomio, en la versión samaritana, dice que el Monte Gerizin fué el lugar en el cual, después de entrar en Canaán, los israelitas levantaron su primer altar a Yahveh y, aún en la versión judía que llegó hasta nosotros en el cánón bíblico, dicho monte es nombrado como un lugar de bendición ⁽²⁾.

¡Pero había la vieja rivalidad nunca apagada! La destrucción de Samaría en el año 722 y luego las medidas drásticas llevadas a cabo por Josías para implantar la reforma deuteronomica, habían podido hacer de Jerusalén el santuario común de todos los adoradores de Yahveh en la Palestina, pero — como ocurrió después, en el cristianismo, entre Roma y Constantinopla — había factores de desinteligencia más fuertes, más hondos, que las circunstancias históricas. A la primera oportunidad que se presentó para separarse, los samaritanos la aprovecharon y los judíos nunca se lo perdonaron hasta el día de hoy.

Junto con su carácter sacerdotal y un buen número de levitas que le acompañaron. Manasés llevó consigo un ejemplar del primer canon bíblico que los judíos tuvieron y el único que, hasta la fecha, los sama-

(1) Véase *De Amós a Jeremías*, letra a) pág. 14.

(2) *Deuteronomio*, XI, 29-XXVII, 12.

ritanos reconocen: el *Pentateuco*, el *Torah*, o “La Ley”, que luego copiaron y conservaron en su bella escritura y que, junto con la traducción griega, llamada de los LXX, empezada años después, constituye una de las grandes fuentes para la crítica del Viejo Testamento.

“La letra mata, el espíritu vivifica”, había de escribir más tarde San Pablo. Cuatro siglos antes, el cisma samaritano lo había comprobado. Aquellos que quisieron edificar la unidad del pueblo judío sobre la letra muerta de las prescripciones sacerdotales sólo consiguieron dividirlo. En el Monte Gerizín tanto como en Jerusalén se las acataba, ciegamente, pero esa misma fidelidad a idénticos ritos sólo servía para crear abismos de odio entre los que la practicaban.

g) EL FINAL DEL DOMINIO PERSA: JOB Y JONÁS

DE Nehemías al cisma samaritano hay un siglo de distancia, durante el cual muy poco es lo que sabemos de la historia del pueblo judío y ese poco ha llegado hasta nosotros, principalmente, por medio de autores extraños a la Biblia, tales como Josefo y los historiadores griegos.

Después que Nehemías reconstruyó las murallas de Jerusalén en el año 444, los judíos parecen haber gozado de una cierta prosperidad o, cuando menos, seguridad. En este sentido, los pontificados de Eliasib,

Judas, Johanan y Jadaa pueden llamarse prósperos si los comparamos con aquellos años miserables y oscuros que van desde Zorobabel a Nehemías.

Durante este período fué predominando más y más el espíritu que el libro de Esdras representa, que el Levítico codifica. Jerusalén era una ciudad clerical, gobernada por sus pontífices. El Templo era su centro y todo giraba alrededor de sus sacrificios, como esas ciudades muertas que aún existen en el interior de España y de la América Latina, cuyo pesado sueño está reglamentado por la campana mayor de la catedral llamando los canónigos al coro.

No estaba exenta de escándalos, sin embargo, y, como ocurre en esas ciudades, éstos solían venir del Templo ante todo. El mayor de todos ellos fué aquél, que nos relata Josefo, ocurrido en tiempo de Artajerjes II, cuando el sumo sacerdote Johanan mató a su propio hermano Josué en el interior del santuario y la autoridad persa castigó ese crimen imponiendo por siete años un tributo especial a toda la nación judía. En esa ocasión, el sátrapa penetró en el Templo contra la oposición de todo el pueblo, horrorizado de que un gentil profanara la Casa de Yahveh con su presencia. Bago-sés, que así se llamaba el gobernador, preguntoles entonces: “¿No soy más puro, acaso, que el asesino?”.

En el reinado siguiente, de Artajerjes III, cuando, por el año 362, el Egipto no sólo se levantó contra la autoridad persa sinó que las fuerzas egipcias invadieron la Siria, el pueblo judío — como en los viejos tiempos — hizo una vez más causa común con los egipcios en contra de la potencia dominadora en Babilonia. Las

ciudades fenicias, con Sidón a la cabeza, levantáronse contra los persas y Jerusalén con ellas. Artajerjes III, que había empezado su reinado matando a todos sus hermanos y a todos los príncipes de sangre real, no era hombre para dejar impune tal atentado. Cuarenta mil fenicios, incluyendo el rey de Sidón, murieron en la feroz represión que se siguió y los principales de Jerusalén fueron desterrados a Hircanía. Si un castigo más severo no vino a punir la reiteración de un viejo error fué, sencillamente, porque el imperio persa tocaba sus postrimerías. Darío III, que sube al trono el mismo año que Alejandro de Macedonia, es vencido por éste en tres batallas consecutivas y es asesinado por uno de sus sátrapas el año 330.

Estos dos hechos: el crimen cometido por el sumo pontífice Johanan y la confabulación con los egipcios y fenicios, junto con el cisma samaritano, que ocurre bajo el pontificado de Jadaa, hijo de Johanan, es todo lo que sabemos de un siglo de la historia exterior del pueblo hebreo. La Biblia, en cambio, preserva algunos escritos que pueden proyectar mucha luz sobre su vida interior y sobre su pensamiento.

En primer lugar uno de los libros más bellos que contiene la Biblia y una de las composiciones más hermosas de la literatura universal: el Libro de Job, que Goethe admiraba tan profundamente que imita su preámbulo en el preámbulo de su *Fausto*.

En esta obra hay de que distinguir, por lo menos, tres partes que son de distintas épocas. Pero pertenece seguramente a la segunda mitad del dominio persa y, por lo tanto, al período que ahora nos ocupa, el poema

central que empieza en el cap. III y sigue sin interrupción hasta el final del XXVII, se reanuda en el cap. XXIX hasta el fin del XXXI, prosigue en el capítulo XXXVIII hasta el vers. 14 del cap. XL y, por último, termina con los seis primeros versos del capítulo XLII.

El preámbulo, contenido en los dos primeros capítulos, así como el final de la obra, del vers. 7 al 27 del cap. XLII, constituyen dos secciones en prosa que primitivamente formaban un solo libro. Por su forma clásica, escrito en el más puro hebreo sin mezcla alguna de aramaismos, se vé que este libro es más antiguo que el poema que más tarde se le intercaló. Su ideología, sin embargo, que guarda singular parecido con la del cap. II de Zacarías nos demuestra que no puede ser anterior al dominio persa y que, probablemente, el libro es contemporáneo de los oráculos de aquel profeta.

La parte más moderna la componen, por último, tres secciones: los discursos de los capítulos XXXII a XXXVII; el poema en honor de la Sabiduría, del cap. XXVIII; y la descripción de dos monstruos: el Behemot y el Leviatan — quizás el hipopótamo y el cocodrilo — que se encuentra desde el vers. 15 del cap. XL al 34 del XLI. Todas estas tres intercalaciones parecen haber sido hechas durante el dominio griego en la Palestina.

La parte más antigua del libro: la sección en prosa y el poema central, refiérese a un personaje legendario al cual hay una alusión en Ezequiel ⁽¹⁾. Es, jun-

(1) Cap. XIV, vers. 14 al 20.

to con Noé y Daniel, a quien habemos de volver a encontrar, una persona tradicionalmente considerada como un dechado de piedad. Es un héroe popular, de proverbial paciencia, que, expuesto a las pruebas más terribles, no pierde su fe en Dios. No es, sin embargo y de forma alguna, un personaje real sinó una creación de la imaginación asiática como lo demuestra una historia babilonia de un cierto Tabi-utul-Bel, rey de Nipur, cuya vida y cuyo carácter guarda con el de Job estrecho paralelismo.

La sección en prosa consigna la tradición: Job, gran potentado de la tierra de Uz, es un hombre tan piadoso como rico. Satanás pone en duda la sinceridad de su devoción a Dios y entonces Yahveh permite que Job pierda todos sus hijos, toda su fortuna, se vea atacado de lepra y que hasta su misma esposa le aconseje que blasfeme y se mate. Job, sin embargo, resiste a todas estas pruebas y tentaciones. “¿Aceptaremos, dice, el bien, de parte de Dios y el mal no lo hemos de aceptar?”. Entonces Yahveh lo premia dándole “el doble de lo que había tenido antes”, curándole de su enfermedad y permitiendo que, después de sus desgracias, viviera aún ciento cuarenta años, tuviera, siete hijos y tres hijas y viera hasta la tercera generación de sus nietos.

El poema es una protesta contra esta forma tradicional y pueríl de encarar las desgracias humanas, contra este ingénuo optimismo que espera que la virtud siempre será recompensada por Dios aquí sobre la tierra con la prosperidad asegurada para los que le sir-

ven. Igual que Habacuc y Jeremías ⁽¹⁾, el autor de esas estrofas tremendas sabe que el hombre puede padecer injustamente y que ninguna compensación terrena lo resarcirá de sus dolores. Su lenguaje es francamente pesimista: “El hombre, el de mujer nacido, corto es de días y harto de desventuras” y cuando los amigos de Job le vienen con esas tonterías que las gentes piadosas de cortos alcances siempre tienen a mano para explicar la desgracia de alguno o darle aliento, el poeta pone en labios de su personaje las críticas más ásperas, conceptos que parecen blasfemos, en los cuales habla de Dios como de un monstruo que se complace en jugar con el hombre, su presa indefensa, y gozar con el dolor de sus víctimas.

Con un tacto psicológico admirable, el poeta lleva a Job desde la nota más alta de la desesperación hasta el tono más profundo del desaliento, pero aquella nota es tan extraña en la literatura hebrea, y sonó tan fuerte, que las generaciones ulteriores, no atreviéndose a expurgar el poema, se creyeron obligadas a agregarle los discursos ñoños de Elihu, en los caps. XXXII a XXXVII, y a reforzar las pruebas del carácter indecifrible de los juicios de Dios con la descripción de esos monstruos absurdos a los cuales aludimos antes ⁽²⁾.

Lo que más le aflige a Job no son sus desgracias

(1) *De Amós a Jeremías*, letra f), págs. 112 y 118.

(2) Rodolfo Otto, con la característica mentalidad de las gentes acostumbradas a ser tratadas a golpes y a quienes les gusta la disciplina así impuesta, admira mucho estos dos medios capítulos del libro de *Job* precisamente por su irracionalidad. Véase su interesante libro *Das Heilig (Lo Santo)*, cap. XI, pág. 107 de la traducción española de Fernando Vela.

materiales sinó la conciencia de su inocencia. Lo que más le irrita es la estupidez de sus amigos, encastillados en las ideas tradicionales de que el sufrimiento es siempre la expiación de un crimen. Lo que le atormenta sobre todo, como ha atormentado a los espíritus más nobles de todos los tiempos, desde el Buda hasta Stuart Mill, es el tremendo problema del mal, del sufrimiento de los inocentes, del dolor de millones de criaturas, racionales o irracionales, que no tienen culpa de haber nacido y que nada han hecho que justifique la crueldad con la cual les trata el destino.

Luchando a brazo partido con este enigma terrible, en medio de sus gritos de angustia que resuenan a través de las edades, Job, a veces, tiene vislumbres de esa creencia en las recompensas de ultratumba que los Misterios Eleusinos predicaban, que los órficos habían hecho suya, que los hebreos habían de aceptar plenamente durante la persecución de los Seleucidas, casi tres siglos más tarde.

Hasta entonces, los hebreos, como los primitivos helenos, creían en un destino igual para todos en el reino de las sombras, más allá de la muerte, destino nada envidiable, muy parecido al aniquilamiento. Los babilonios, sin embargo, como en cierto modo los griegos, parecen haber creído que algunos héroes, en razón de sus esfuerzos sobrehumanos, podían ascender a la categoría de los dioses y gozar con éstos de una bienaventuranza eterna. Esta creencia, que pasó a los hebreos durante el cautiverio y que la influencia persa fortaleció, es la que parece salir a luz en las páginas del libro de Job, como en los espasmos de un parto.

Aquella creencia de los babilonios había dado lugar a las leyendas del patriarca Enoe y del profeta Elías, arrebatados al cielo en vida, que los escribas por aquella época incorporaron a la Biblia ⁽¹⁾. En Job ella va tomando el carácter de una esperanza universal, de la seguridad de una compensación para aquellos justos que sufren inocentemente calamidades que la razón y la justicia humanas no pueden explicar.

El canon judío del Antiguo Testamento contiene muy pocas referencias claras a la inmortalidad personal. En realidad creo que sólo cuatro y todas ellas antes se refieren a la resurrección que a lo que llamamos inmortalidad. Aquí en Job, en el cap. XIX, v. 26 y 27: luego en el salmo XVI; en el cap. XII de Daniel y, por último, en un fragmento apocalíptico incorporado al libro de Isaías ⁽²⁾, el cual, por sus alusiones al Leviatan y otras evidencias internas, tiene todo el carácter de ser de la misma época: el dominio griego en la Palestina, que produjo el libro de Daniel y retocó el de Job.

De todas ellas, la de Job quizás sea la más antigua: “Yo sé que mi Redentor vive y que en lo venidero ha de levantarse sobre el polvo y después que hayan despedazado esta piel mía, aún desde mi carne he de ver a Dios”. Sin embargo, tan nueva era todavía esta idea para el espíritu hebreo, tan poco madura se hallaba aún en la ideología de aquel pueblo, que no hace sinó pasar y repasar, como un relámpago, como una suges-

(1) Génesis-V, 24-II Reyes II, 1, 12.

(2) Isaías XXVI, 19 a XXVII, 1 — Hay quien halle también referencias a la inmortalidad en los salmos LXXIII y CXXXIX.

tión más que una afirmación, por las páginas del admirable poema, sin ocupar el puesto central que un órfico, o un cristiano, pudiera esperar que le correspondería como solución del obscuro y angustioso problema que atormenta a Job.

La solución que el poeta halla sigue la misma línea del pensamiento, ya tradicional, de Habacuc, el primero que abordó este mismo problema en el curso de la evolución religiosa del pueblo hebreo. “El justo por su fé vivirá”, había dicho Habacuc. Ahora, en el tremendo capítulo XXXVIII del libro de Job, el poeta hace hablar a Yahveh para confundir al hombre, apabullando su osadía de querer constituirse en juez de Dios, de querer juzgar la estructura del universo ¡él, pobre gusano, finito e insignificante, perecedero y frágil como un insecto! ¿Qué camino le queda sinó curvar la cabeza y confiar en la Suprema Voluntad que rige el cosmos?

El dolor es un ingrediente necesario, más que necesario: indispensable, en la evolución del mundo, en el progreso de las especies. Si el individuo se rebela ante ese dolor que le fustiga, que le obliga a luchar y a caminar, es su individualismo, es un sentimiento antisocial quien le dicta esa actitud de rebeldía. Es necesario que la deponga. Es necesario que se humille y se entregue. Es necesario que asuma frente al cosmos, frente a la vida universal, de la cual hace parte, de la cual su propia vida no es sinó una partícula, una actitud de altruismo, *una actitud religiosa*. Es necesario que cese de pensar en sí para considerar el todo; que mire al universo, y a la vida que en él se desarrolla, no del

punto de vista de sus intereses mezquinos, baladíes, sinó del punto de vista divino, de propósitos eternos y universales.

Naturalmente una actitud así no se adopta como resultado de un mero raciocinio; no es porque el hombre se dá cuenta de que, más allá de los límites de su razón, queda la esfera inmensa de lo incognoscible ⁽¹⁾, que se resigna, como Job, a su dolor renunciando a querer saber el porqué de su destino.

Para esto hace falta algo que la razón no da y que los puros racionalistas no conocen; *hace falta una intensa experiencia religiosa*, un estado de ánimo de comunión con Dios, lo que los teólogos llaman *estado de gracia*. El gran poema central del libro de Job cierra precisamente con esa nota: “Yo sé que tú lo puedes todo y que no puede estorbarse ningún propósito tuyo... de oídas había yo sabido de tí, más ahora te ven mis ojos”. Es por esta razón que Job curva su cabeza no solo vencido sinó reconfortado. “La Paz de Dios que excede toda comprensión”, como había de escribir San Pablo, ha bajado a su alma, no tan sólo con el sentido de la magnitud infinita del Creador sinó, sobre todo, con el sentido de su presencia.

El libro de Job es de inapreciable valor en la historia religiosa de la humanidad porque apunta hacia un ideal que Jesús de Nazaret había de encarnar: un estado de conciencia, despojada de todo individualismo, de rendición absoluta ante los propósitos divinos y universales.

(1) Ver lo dicho en *Las Escuelas de Atenas*, letra a).

“Por primera vez en la historia — dice el Profesor D. S. Cairns, hablando del Nazareno — apareció sobre la tierra uno que confiaba absolutamente en lo invisible, que tenía una confianza total en que el amor constituye la esencia de todas las cosas, una confianza absoluta también en el poder absoluto de ese amor absoluto y en la libertad de ese amor para ayudarle”.

La palabra *amor* no figura en el libro de Job. El autor del poema es un hebreo castizo. Lo que se magnifica allí, ante todo, es el carácter infinitamente trascendente y supra cognoscible de la Divinidad. Es, como muy bien dice Otto, la nota bronca del *mysterium tremendum* que subyuga y aplasta, que hace pasar escalofríos y caer de rodillas al hombre, aturdido frente a la inmensidad. Es la sensación de sobrecogimiento, de pavor, que lo infinito causa en todos los espíritus profundos; que, en nuestros días, hace vibrar las notas más graves en las almas de un Kant o de un Herbert Spencer. Pero la revelación del *amor* viene después. Es el secreto de la experiencia religiosa. El Dios infinito y lejano es también el Dios inmanente e íntimo. El Yahveh terrible, del Horeb, que fulgura en la Ley, se revela al alma como el Padre, divino y amoroso, predicado por Jesucristo.

En este período de la vida hebrea dominada por el sacerdotalismo y en el cual la religión parece haberse cristalizado definitivamente en ritos, es consolador hallar, en un poema como el de Job, la evidencia de aún quedaban espíritus fuertes, varoniles, incapaces de conformarse con explicaciones obsoletas, con fórmulas piadosas, con lugares comunes teológicos.

No es, sin embargo, el único ejemplo. Dejando por ahora de lado las profecías de Joel, que son de esta época, pero que serán estudiadas mejor con otros escritos de la misma índole que corresponden al período siguiente, éste contiene todavía, entre sus notables producciones, la primera colección de los salmos — a la cual ya aludimos antes.

Tal como llegó a nosotros, el Salterio está dividido en cinco libros — igual que el Pentateuco — con una especie de introducción constituida por los dos primeros salmos y un epílogo: el salmo CL, que es una especie de doxología. Al fin de cada uno de estos cinco libros, el recopilador, por otra parte, hizo siempre lo mismo: puso algún salmo o algunas palabras de alabanza que pudieran servir de remate condigno.

Entresacar de este conjunto los salmos más antiguos es, obviamente, tarea difícil que sólo muy avezados hebraístas han podido intentar. Igual que el Código Sacerdotal, hoy disperso por Éxodo, Levítico y Números, el Salterio se fué componiendo de a poco y a base de pequeñas colecciones que hoy se hallan integradas en los cinco libros. De ahí que muchos salmos de la primera parte del Salterio se hallen repetidos enteramente o en parte en la otra mitad ⁽¹⁾.

En la primera hay, sin duda, algunos salmos que son de los tiempos anteriores al cautiverio, remontándose los más antiguos hasta el siglo VIII, hasta la época de Jeroboan II de Israel, que asistió a las activida-

(1) Así, el salmo XIV está repetido en el salmo LXXIII, usando el primero la designación: Yahveh, el segundo la de Elohim, Consúltese Kent: *Makers and teachers of Judaism*, pág. 140.

des de los primeros profetas canónicos: Amós y Oseas. Otros, en buen número, son de la época del cautiverio, como ya vimos. La mayor parte, sin embargo; fué escrita a la sombra del Templo reconstruído por Zorobabel y, aún más concretamente, tan sólo bajo la influencia vigorizadora de la reforma de Nehemías.

Esto no quiere decir, sin embargo, que los salmos sean, ante todo y menos aún exclusivamente, composiciones litúrgicas. Llegaron todos ellos a serlo y así pasaron luego a la Iglesia Cristiana, pero no fué esa, de un modo absoluto, su inspiración inicial. Hay algunos, fuera de toda discusión, compuestos por sacerdotes y levitas para ser cantados en el Templo. La gran mayoría, empero, reflejan las modalidades de la lírica popular y son como una prolongación poética y anónima de las enseñanzas y del espíritu de los grandes profetas de antaño.

Cuando el actual Salterio fué editado, sus recopiladores atribuyeron con rara uniformidad la paternidad de los más antiguos al fundador de la monarquía: el rey David que, en esta época, había tomado ya contornos legendarios, bien distintos de la cruel realidad del retrato que de él nos han dejado los libros de Samuel y Reyes, de la idea que de él tenía el profeta Amós (1).

Esta atribución, aún cuando equivocada, nos sirve para determinar, cuando menos, el primer núcleo del Salterio. Las dos colecciones, colocadas bajo la advoca-

(1) Véase: Amós VI-3, 6 y compárese con I Samuel XXVII, 8, 12; II Samuel XI-2, 17; XVI 5, 12, y I Reyes II, 5, 9.

ción de David, que van del salmo III al XLI y del LI al LXXII, son consideradas por las grandes autoridades en estas materias como constituyendo el primer Salterio de Judá, recopilado más o menos por la época de Nehemías, vale decir: en la segunda mitad del siglo V.

Estas canciones, que el pueblo cantaba subiendo al Templo en los grandes festivos o que los cantores del Santuario entonaban en el curso del año, llevan el sello del alma popular. El mismo espíritu que dictó los últimos capítulos del libro de Isaías ha inspirado estos salmos, libres aún del eclesiasticismo absorbente que después dominó a la nación judía.

Algunos de ellos, como el famoso *Miserere* (Salmo LI) son más bien una protesta contra ese espíritu. La religión que él expresa es la gran fe interior predicada por los profetas clásicos; es una convicción personal no una tradición nacional; es un anhelo íntimo, no una práctica ritual:

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me arrojes de tu presencia y no me quites tu santo espíritu... Yahveh abre mis labios para que mi boca publique tu alabanza. Porque tú no quieres sacrificios, de otro modo te los daría; en holocausto no te complaces. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado ¡El corazón quebrantado y contrito, oh Dios, tú no lo desprecias!”.

En vano una mano clerical — la del recopilador, probablemente — agregó luego estas palabras que llevan el sello inequívoco de la época de Nehemías:

“¡Haz bien en tu voluntad a Sión, edifica los muros de Jerusalén! Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto y la ofrenda entera. Entonces ofrecerán novillos sobre tu altar”.

El salmo, que tal mano pretende completar con este contrasentido, quedará para siempre — junto con tantos otros — como una de las expresiones más puras de los anhelos misteriosos del alma humana. Ahora, que los profetas callan, las multitudes han empezado a cantar y su cántico de fe y de esperanza, expresión conmovedora del alma hebrea, guardado en el Libro de los Salmos cual en preciosísimo escriño, pasará a la Iglesia Cristiana como uno de los legados más ricos del Antiguo Testamento.

Siempre sucede así. Cuando todo parece perdido, siempre queda el pueblo. Las fuerzas oscuras de las muchedumbres anónimas encierran siempre en su seno mil promesas cuando toda esperanza pareciera desvanecida. En este período en el cual entraba la nación judía, cuando todo parecía estar de antemano reglamentado, todos los gestos ritualizados, todas las emociones codificadas o encauzadas, el alma popular es más fuerte que la pedantería de los escribas y teólogos, más vigorosa que la hegemonía de los sacerdotes, y se desborda o se consuela con sus cantares y con sus consejos.

Igual que Job, Enoc, Elías, Noé y Daniel, el profeta Jonas es un héroe popular de la tradición judía que, por esta época, da lugar a una leyenda consignada por escrito en uno de los libros de la Biblia que más burlas han provocado y más ridículo han revertido sobre ella.

De acuerdo con el Segundo Libro de Reyes, Jonás hijo de Amitai, habría sido un profeta, contemporáneo de Amós, que habría vivido en tiempo de Jeroboan II y predicho todas las conquistas que este soberano llevó a cabo ⁽¹⁾. De sus dichos, empero, no había quedado más que un recuerdo y una tradición, deformada por la imaginación popular, que, en el período que nos ocupa, es aprovechada literariamente para contrarrestar las tendencias que Esdras personifica y simboliza.

Según la referida tradición, que el libro de *Jonás* consigna, el viejo profeta recibió encargo de Yahveh de ir a Ninive, la mayor capital del mundo en aquel entonces, para predicarle arrepentimiento. Asustado ante la magnitud de la misión que Dios le impuso, Jonás prefiere huir a los confines del mundo conocido y se embarca para Tarsis, vale decir: para Andalucía, en el propósito pueril de esquivar "la presencia de Yahveh". Éste, empero, envía una tempestad terrible sobre el buque al punto que los marineros asustados, temerosos de la ira de los poderes desconocidos, echaron suertes para saber quien era aquél a quienes los dioses perseguían, desencadenando los elementos. La suerte, naturalmente, cae sobre Jonás y éste, después de contarles su historia, les aconseja que lo tiren al mar. Dudan aún los marineros y hacen esfuerzos por acercarse a tierra pero, ante la inutilidad de sus tentativas, concluyen por invocar a Yahveh y, de acuer-

(1) II Reyes XIV, 25. Véase *De Amós a Jeremías*, letra a), pág. 23 y letra c), pág. 48.

do con su voluntad, tiran al profeta al agua. Jonás es tragado por un gran pez, que Yahveh había prevenido para ese efecto y durante tres días y tres noches permanece en sus entrañas. Desde ellas oró el profeta — y aquí se intercala un lindo salmo — y Yahveh, conolido, ordena al pez que vomite en una playa al reacio misionero. Este, entonces, se dirige a Nínive y le profetiza que dentro de cuarenta días será destruída. Al oírlo, se arrepienten los ninivitas, con su rey a la cabeza, se cubren de cilicios, se proclama un gran ayuno nacional y Dios, al ver su actitud humillada, decide volver sobre su decisión, les perdona. Es entonces cuando Jonás, personificación del judío estrecho, legalista, nacionalista y duro, muestra su verdadero carácter:

“¡Ah Señor! ¿no es esto mismo lo que yo decía mientras estaba en mi propio país? Por esto me apresuré a huir a Tarsis, porque sabía que eras un Dios clemente y compasivo, lento en iras y grande en misericordias y que te arrepientes del mal...”.

Enojado y pidiendo a Dios que le quite la vida, se fué Jonás de la ciudad y se sentó debajo de una enramada para ver lo que iba a ocurrir con Nínive. Hacía un sol terrible, el feroz calor del Asia Central, y Jonás se sentía muy contento de tener cerca una calabacera que le daba sombra. Pero un gusano, por orden del Señor, hirió la planta, y cuando ésta se secó, Jonás desfallecía y reiteraba a Dios el pedido de que le sacara la vida. Es entonces cuando viene la lección suprema del libro, su objeto y con la cual termina:

“Y respondió Yahveh: ¡Tú tienes lástima de la

calabacera, por la cual no trabajaste y a la cual no hiciste tú crecer, la que creció en una noche y en una noche pereció, y ¿no había yo de tener lástima de Nínive, esta gran ciudad, en la cual hay más de sesenta mil seres humanos que no sabe discernir su mano derecha de la izquierda, y también mucho ganado?''.

Por su estilo, el libro de Job, se parece mucho con el de las primeras historias contenidas en el libro del Génesis. Su lenguaje, lleno de gijos aramaicos, es claramente del final del dominio persa o principio del dominio griego en la Palestina. Su propósito, inspirado en los grandes principios universalistas contenidos en el libro de Isaías, es la antítesis misma de los propósitos que guiaban a aquellos legisladores y estadistas que hacían una cuestión de vida o muerte de la segregación absoluta del pueblo judío respecto a la humanidad entera.

El Dios del libro de Jonás es ya aquel Padre amoroso que "hace que su sol se levante sobre los malos y los buenos y llueve sobre justos e injustos" a quien Jesús predica. La religión que allí se preconiza es la que enseña a llamar a todos los hombres hermanos. Y frente a la estrechez y dureza del profeta, que no quiere predicar para que los hombres no se arrepientan y se salven, el alma popular, que creó esta leyenda deliciosa, apunta hacia la actitud magnánima de los marineros fenicios que no querían sacrificar a Jonás, la humildad de los ninivitas que escuchan su mensaje — aún cuando salía de labios extranjeros.

La crítica volteriana, que tantas carcajadas ha soltado frente al espectáculo del profeta arrojado por el

monstruo marino, vivo después de tres días y tres noche de estar en su estómago, no ha comprendido el espíritu de este hermoso cuento de las *Mil y una noches*.

Tiene razón en combatir la obstinación sectaria de aquellos que se empeñan en imponer como historia lo que no es sinó una creación del alma popular. Pero es ciega al no percibir que tal creación ha brotado precisamente de un sentimiento idéntico al suyo: de oposición a las hegemonías teocráticas que pretenden dividir a los hombres en dos bandos, los santos y los réprobos, según se las acata o se las desobedece.

